



**Benito Jerónimo Feijóo**

## **Cartas eruditas. Antología**

### Índice

Entierros prematuros

Con ocasión de haber enterrado, por error, a un hombre vivo en la villa de Pontevedra, reino de Galicia, se dan algunas luces importantes para evitar en adelante tan funestos errores

Adición

Introducción de voces nuevas

Sobre la multitud de milagros

La elocuencia es naturaleza y no arte

Sobre el nuevo arte del beneficio de la plata

El Judío Errante

Si hay otros mundos

Causa de Savonarola

Ingrata habitación la de la Corte

Si es racional el afecto de compasión respecto de los irracionales

Descubrimiento de la circulación de la sangre

Notas

Sobre la España Sagrada del Rmo. P. M. Fr. Enrique Flórez  
Sobre la invención del arte que enseña a hablar a los mudos  
Nuevas noticias sobre el asunto de la carta de arriba  
Primera adición  
Segunda adición  
Respondiendo a una consulta sobre el proyecto de una Historia General  
de Ciencias y Artes  
Noticia curiosa relativa a un punto de la carta antecedente  
Responde el autor a un tertulio que deseaba saber su dictamen en la  
cuestión de si en la prenda del ingenio exceden unas naciones a otras.  
Nota sobre la carta antecedente  
De los filósofos materialistas  
Danse algunos documentos importantes a un eclesiástico  
A cierto amigo que le reprendió porque no daba a luz muchas cartas  
laudatorias que suponía haber recibido.  
El estudio no da entendimiento

### Entierros prematuros

Con ocasión de haber enterrado, por error, a un hombre vivo en la villa de Pontevedra, reino de Galicia, se dan algunas luces importantes para evitar en adelante tan funestos errores

«Señor mío: Con ocasión de la tragedia que acaba de suceder en ese pueblo, se lastima vuestra merced, de que leyendo todo el mundo con gusto mis escritos, en ninguna manera se aprovecha de sus más importantes advertencias. El caso es, sin duda, lamentable. Un vecino de esa villa, que tenía el oficio de escribano, acometido de un accidente repentino, dio consigo en tierra, privado de sentido y movimiento. Después de las comunes pruebas para ver si estaba vivo o no, fue juzgado, muerto y le enterraron, pasadas catorce horas no más después de la invasión del accidente. Al día siguiente se notó que la lápida que le cubría estaba levantada tres o cuatro dedos sobre el nivel del pavimento. Esta novedad dio motivo para descubrir el cadáver, el cual, en efecto, se halló en distinta postura de aquella con que le hablan colocado en el sepulcro; esto es, ladeado un poco y un hombro puesto en amago de forcejar contra el peso que le oprimía, de que se coligió que la imaginada muerte no había sido más que un profundo deliquio, volviendo del cual el paciente, después de sepultado, había hecho el inútil esfuerzo que manifestaba su postura y la elevación de la losa.

Un sujeto de virtud y letras, que frecuentaba mi celda cuando yo estaba escribiendo el quinto tomo del Teatro y se divertía algunos ratos en la lectura del manuscrito, habiendo en uno de ellos leído el sexto discurso de aquel tomo, encareció su utilidad, diciendo, que cuando yo no hubiese producido al público otra obra que aquel discurso, debería todo el mundo quedarme muy agradecido, y que él sólo bastaba para hacer famosa mi pluma. Yo hice, sin duda, en él todo lo que pude para que no se reiterasen en el mundo los funestos ejemplos de sepultar los hombres vivos, sobre las falsas apariencias, que tal vez engañosamente los representan difuntos;

asunto ciertamente utilísimo al linaje humano. Pero los ejemplos se repiten, y la utilidad no se logra, por la inatención del vulgo a mis avisos.

Digo que se repiten los ejemplos, y no tan pocos como a primera luz puede parecer. No afirmo que sean frecuentes, pero tampoco son extremadamente raros. Prueba de esto es que hablando yo uno de estos días con dos sujetos sobre el asunto de la carta de vuestra merced, los dos refirieron dos tragedias recientes de la misma especie (cada uno una) que habían sucedido en los pueblos donde a la sazón se hallaban. Acaeció la una en la ciudad de Florencia, la otra en esta de Oviedo. En aquélla, un hombre que habían sepultado en bovedilla, en la iglesia de un convento de monjas, dio voces de noche, que oyeron algunas religiosas; pero con timidez y aprehensión propias de su sexo, juzgándolas preternaturales, huyeron del coro medrosas. Comunicada la especie a la mañana a gente más advertida, se abrió la bóveda, y se halló al hombre sepultado, verdaderamente muerto ya, pero con señas claras de que un rabioso despecho le había acelerado la muerte, esto es, mordidas cruelmente las manos, y la cabeza herida de los golpes que había dado contra la bóveda. El caso de Oviedo fue perfectamente semejante al de esa villa. Un mozo caído de alto, habiendo sido juzgado muerto, fue enterrado, y al día siguiente se notó también bastante elevación en la losa. Fue mayor este error, porque los que asistieron al entierro observaron nada alterado el color del rostro, o nada distinto del que tenía en el estado de sanidad. Yo me hallaba entonces en esta ciudad y oí la desgraciada caída del mozo, pero nada de las señas de haber sido enterrado vivo. Refiriómelas un caballero muy veraz, que conocía mucho al mozo y asistió a su entierro.

No hay lágrimas que basten a llorar dignamente la impericia de los médicos, a quien son consiguientes tales calamidades. Horroriza la tragedia y horroriza la ignorancia que la ocasiona. ¿No están estampados en muchos autores de su facultad muchos de estos casos? ¿No he citado algunos en el expresado discurso? ¿No se halla en algunos de dichos autores el aviso de que en los accidentes de caída de alto, de síncope, de apoplejía, de toda sofocación, o ya histérica, o ya por sumersión, cordel, humo de carbones, vapor de vino, embriaguez, por herida de rayo, inspiración de aura pestilente y otros análogos o semejantes a éstos, que es lo mismo que comprenden todos los accidentes repentinos y casi repentinos, se haga más riguroso examen, y se espere mucho más largo plazo para dar el cuerpo a la tierra? También he citado algunos en el lugar señalado. Nada de esto sirve. La vida temporal y aun la eterna de un hombre, pues una y otra se aventuran en uno de estos lances, son de levísimo momento para muchos médicos. Lo que sobre negocio tan importante previnieron los maestros de la facultad, se estampó para que lo leyese y tuviera presente el padre Feijoo, pero no los profesores. Y ¿no podemos discurrir que tal vez no la ignorancia, sino la codicia, causa este desorden? ¿Será temeridad pensar que uno u otro médico no se detengan en la exacta exploración de si un hombre está vivo o muerto, por no perder entre tanto el estipendio de algunas visitas que sin riesgo pudieran ocurrir? No lo sé.

Es natural que se escuden con el riesgo de la putrefacción de los cadáveres, y el daño que de la infección puede resultar a los vivos. Pero,

¡oh qué piadosos son por una parte, cuando tan despiadados por otra! ¿Tan presto adquiere un cadáver aquel grado de corrupción en que puede dañar a los circunstantes? Permítase que suceda así en los que llegan a la muerte por los trámites ordinarios de una enfermedad conocida, donde se puede hacer juicio que la corrupción empezó algunos días antes de la extinción. Pero es ajeno de razón discurrir el riesgo expresado en toda muerte violenta y aun casi en todas las que son ocasionadas de accidentes repentinos. En el que murió por haber caído de una grande altura, es necedad temer alguna infección nociva en el espacio de dos ni tres días. Los mismos melindrosos físicos que están preocupados de tan injusto temor, sin melindre ni asco comen el carnero, la vaca y otras carnes, tres, cuatro o cinco días después de muertas.

La misma indemnidad se puede considerar en toda o casi toda muerte repentina. ¿Qué más tiene morir del rompimiento de un aneurisma que de una estocada? En toda sofocación, ¿qué vicio tenían antes de ella los líquidos ni los sólidos del cuerpo? ¿O qué vicio induce ella, por el cual se pueda recelar una pronta corrupción? Lo mismo se puede decir en la muerte inducida por pavor u otro cualquier afecto vehemente, en la que es causada por cualquiera disrupción de arteria o vena interna. En las disecciones que se han hecho de apopléticos, apenas se ha descubierto jamás vicio que tuviese conexión con corrupción de líquidos o sólidos. Aun en los que mueren por apostema, juzgo mal fundado el miedo que comúnmente se tiene a la infección. Se horroriza la gente cuando el cadáver arroja la materia de la apostema. Y ¿qué hay que temer entonces del cuerpo, ya libre de aquella materia corrupta? Pero ni aun detenida dentro de él puede ofender a los circunstantes, pues ni aun inficiona los cuerpos de los mismos pacientes que la contienen dentro de sí, como se ha visto en muchos que sanaron por la expulsión del pus, después de muchos días de engendrado éste. Etmulero refiere que curó a una mujer pleurítica impiemática más de dos meses después que estaba engendrada y formada la apostema, haciendo expeler por tos la materia con el cocimiento de hojas de tabaco, no obstante ser la apostema tan grandiosa que en el espacio de tres días arrojó más de seis libras de materia purulenta. Pues si aquella materia en tanta copia y en tanto tiempo no inficionó al mismo cuerpo continente, ¿qué fundamento hay para temer que en dos o tres días apeste a cuerpos extraños? Vanisimos terrores que inspira y fomenta en el vulgo la inconsideración de los médicos.

Convengo en que cualquier cadáver a segundo o tercer día exhalará algunos fétidos efluvios; pero, o pocos, exceptuando el caso de tiempo muy caliente, o de un hedor muy remiso; de modo que sólo serán sensibles a personas de un olfato muy delicado, y ni aun a éstas harán daño alguno. ¿No estamos oliendo y aun comiendo diariamente carnes y pescados tres y cuatro días después de muertos, cuando ya se percibe su olor a cuatro o seis pasos de distancia, sin que esto nos ofenda? Es cierto que aquel olor señala ya una corrupción incipiente; pero esta corrupción nada tiene de nociva, antes se puede decir que mejora las carnes y es como madurez que les da el más alto grado de sazón. Pero, dado caso que los efluvios fétidos de los cadáveres incomodasen ya al segundo día, ¿no es fácil precaver este daño con sahumerios de espliego, romero y otras yerbas olorosas?

Es, pues, contra toda razón, es inhumanidad, es barbarie, dar los cadáveres a la tierra, por tan mal fundados miedos de infección, antes de explorar debidamente si son verdaderos cadáveres o sólo aparentes. Soy de vuestra merced, etc.»

## Adición

«Aunque para el intento de persuadir al vulgo la dilación de sepultar los cadáveres hasta asegurarse de que realmente lo son, podría ser conducente confirmar la común persuasión de que los que son enterrados vivos, volviendo del deliquio en el sepulcro, mueren desesperados, y su rabioso despecho los conduce a la condenación eterna, en obsequio de la verdad y para minorar el desconsuelo de los que son noticiosos de tales tragedias, manifestaré que soy en el asunto de dictamen opuesto al común. Voy a dar la razón.

Cualesquiera extremos que hagan los que se ven en aquella angustia los juzgo indemnes, por lo menos, de pecado mortal, porque es imposible que procedan de una perfecta deliberación. Es común entre los teólogos que en un breve espacio de tiempo, inmediatamente posterior al sueño, por estar aún bastante ofuscada la razón, no hay la advertencia necesaria para cometer pecado grave. Si esto sucede al salir de un sueño ordinario, ¿qué será al despertar de un letargo profundísimo? Es natural que queden como atonados por un buen rato. Doy que la perturbación del espíritu, en el que vuelve de un deliquio, no dure más que un minuto, sexagésima parte de la hora: basta esto para que nunca llegue a lograr perfecto uso de la razón el que despierta en el sepulcro; pues antes de cumplirse el minuto, estorbada la respiración por la tierra y la lápida que le oprime, empezará a sofocarse, cuya angustia le causará otra ofuscación o perturbación de la mente, mucho mayor que la que padecía al salir del desmayo. Bien se sabe que los que se ahogan, o por sumersión o por lazo, en menos de la sexta parte de un minuto pierden enteramente el uso de la razón. No hay que pensar, pues, que puedan cometer pecado grave los que se hallan en aquella infeliz situación. Y aun leve se puede dudar; porque me parece que en aquel estado la ofuscación de la mente es igual o mayor que la que padece un perfecto ebrio.

La reflexión hecha procede de los que son enterrados al modo ordinario. En orden a los que son enterrados en bovedilla, no es tan corriente la decisión. Es cierto que también éstos llegarán a sofocarse, porque el ambiente contenido en una concavidad estrecha, con las repetidas inspiraciones del que está en aquella concavidad, dentro de breve tiempo se adensa de modo que se hace inútil para aquel uso, que pide la conservación de la vida. Pero este breve tiempo no lo es tanto que no haya el suficiente para que el sepultado en bóveda, después de salir del accidente, recobre enteramente el uso de la razón. Con todo pretendo que, ni aun éste, llegando el caso de despedazarse furiosamente con dientes, manos y golpes, peca gravemente.

Esto infieren las razones con que en el tomo IV del Teatro, discurso I, paradoja XV, probamos que, rara o ninguna vez, hombre que tenga libre

el uso de la razón se mata a sí mismo. Después de escrita aquella paradoja, me dijo un compañero mío, que había leído una consulta, hecha en Salamanca, sobre si se daría sepultura eclesiástica a uno que se había quitado la vida ahorcándose y que uno de los hombres más sabios de aquella escuela había apoyado el dictamen benigno (el cual se siguió), pronunciando la absoluta sentencia, de que *nemo sanae mentis se ipsum interimit*. Puse en el lugar citado la limitación de que el que se mata no padezca error contra la fe, o no haya vivido ateísticamente, de cuya extraordinaria circunstancia prescindimos ahora.

Pero, ¿no admitimos, en el caso propuesto, recobrado el uso de la razón? Respondo que aún no llegó el caso de admitirlo ni negarlo. Lo que únicamente se ha dicho es que hay bastante tiempo para recobrarlo, y que, efectivamente, lo recobraría el paciente en igual espacio de tiempo si hubiese vuelto del desmayo colocado en su lecho. Pero recobrado el aliento en la angustia del sepulcro, es harto dudoso que se recobre también la razón, porque al empezar a meditar sobre el sitio en que se halla, ¿qué confusión, qué asombro, qué estupor no se apoderará de su espíritu? Pero demos que se recobre. Es cierto que no procederá a la extremidad de despedazarse hasta que comprenda el calamitoso estado en que le ha constituido su suerte infeliz; porque hasta entonces, ¿qué motivo tiene para tan horrible ejecución? Llega, pues, el caso de conocer que le han enterrado vivo. Da voces; no es oído. Empieza a afligirse, repite los clamores; es en vano. Crece la aflicción. Al mismo tiempo empieza a padecer una respiración congojosa por la densidad del ambiente que le circunda. Ya mira cerca de sí la muerte, con el más horrible semblante que jamás se puede presentar al discurso. ¿Quién, en la funesta situación de este hombre, no divisa el último término del uso de su razón? ¿Qué se puede ya considerar en su ánimo, sino un tumultuante movimiento de las más violentas pasiones, de ira, tristeza, miedo, horror y angustia, de las cuales cada una por sí sola bastaría para conducirlo a una bruta insensatez y despojarle enteramente del dominio de sí mismo? Aún podemos contemplar más apuradas las cosas, porque desde aquí hasta su entera sofocación aún restan no pocos momentos, y yo con toda claridad veo en este intermedio la razón tan perdida como lo está la del más desconcertado frenético. De modo que desde que empiezan las angustias hasta que se acaban podemos considerar a aquel miserable en dos estados: el primero, en que ofuscada bastante la razón, carece de la claridad y advertencia que es menester para cometer pecado grave; el segundo, en que ya la ceguera es tan grande que le falta aún aquella tenue luz que se necesita para el leve. Teniendo estos dos estados, en que no se le puede imputar a pecado grave cualquier destrozo que haga en sí mismo, y siendo, por otra parte, sumamente difícil, si no moralmente imposible (exceptuando el caso de error capital contra los primeros fundamentos de la fe), que un hombre que goza entero el uso de la razón se quite la vida, tengo por totalmente irracional el temor de la perdición eterna por aquel acto de desesperación.

Digo por aquel acto de desesperación, pues, por otra parte, habrá muchas veces muy grave motivo para temerla, esto es, siempre que el accidente caiga sobre sujeto de vida poco ajustada, suponiendo que el insulto fue tan feroz y tan pronto, que no le dio lugar para el

arrepentimiento. ¿Quién no ve que este riesgo por sí solo obliga sobradamente la justicia y la piedad a dilatar el entierro hasta asegurarse de que el sujeto verdaderamente está difunto?

Me ocurre ahora que no faltarán quienes dificulten o juzguen imposible el hecho de que un hombre sepultado en la forma ordinaria, en la falsa suposición de muerte, recobre el sentido pasadas algunas horas después de enterrado, persuadiéndose a que luego que echen sobre él la tierra y la lápida, perderá la vida sofocado. Pero los que hicieren esta objeción podrán ver la solución de ella en el tomo V del Teatro, discurso VI, números 7 y 8. Dios nos libre a todos de infelicidad tan lamentable y guarde a vuestra merced muchos años, etc.»

### Introducción de voces nuevas

«Señor mío: El tono en que vuesa merced me avisa que muchos me reprenden la introducción de algunas voces nuevas en nuestro idioma, me da bastante a entender que es V. md. uno de esos muchos. No me asusta ni coge desprevenido la noticia, porque siempre tuve previsto que no habían de ser pocos los que me acusasen sobre este capítulo. Lo peor del caso es que los que miran como delito de la pluma el uso de voces forasteras, se hacen la merced de juzgarse colocados en la clase suprema de los censores de estilos, bien que yo sólo les concederé ser de la ínfima.

Puede asegurarse que no llegan ni aun a una razonable medianía todos aquellos genios que se atan escrupulosamente a reglas comunes. Para ningún arte dieron los hombres, ni podían dar jamás tantos preceptos, que el cúmulo de ellos sea comprensivo de cuanto bueno cabe en el arte. La razón es manifiesta, porque son infinitas las combinaciones de casos y circunstancias que piden, ya nuevos preceptos, ya distintas modificaciones y limitaciones de los ya establecidos. Quien no alcanza esto, poco alcanza.

Yo convendría muy bien con los que se atan servilmente a las reglas, como no pretendiesen sujetar a todos los demás al mismo yugo. Ellos tienen justo motivo para hacerlo. La falta de talento los obliga a esa servidumbre. Es menester numen, fantasía, elevación para asegurarse el acierto, saliendo del camino trillado. Los hombres de corto genio son como los niños de la escuela, que si se arrojan a escribir sin pauta, en borrones y garabatos desperdician toda la tinta. Al contrario, los de espíritu sublime logran los más felices rasgos cuando generosamente se desprenden de los comunes documentos. Así, es bien que cada uno se estreche o se alargue, hasta aquel término que le señaló el autor de la naturaleza, sin constituir la facultad propia por norma de las ajenas. Quédese en la falda quien no tiene fuerza para arribar a la cumbre; mas no pretenda hacer magisterio lo que es torpeza, ni acuse como ignorancia del arte lo que es valentía del numen.

Al propósito. Concédese que, por lo común, es vicio del estilo la introducción de voces nuevas o extrañas en el idioma propio. Pero ¿por qué? Porque hay muy pocas manos que tengan la destreza necesaria para hacer esa mezcla. Es menester para ello un tino sutil, un discernimiento delicado. Supongo que no ha de haber afectación, que no ha de haber

exceso. Supongo también que es lícito el uso de voz de idioma extraño, cuando no hay equivalente en el propio; de modo que, aunque se pueda explicar lo mismo con el complejo de dos o tres voces domésticas, es mejor hacerlo con una sola, venga de donde viniere. Por este motivo, en menos de un siglo se han añadido más de mil voces latinas a la lengua francesa y otras tantas, y muchas más, entre latinas y francesas, a la castellana. Yo me atrevo a señalar en nuestro nuevo diccionario más de dos mil, de las cuales ninguna se hallará en los autores españoles que escribieron antes de empezar el pasado siglo. Si tantas adiciones hasta ahora fueron lícitas, ¿por qué no lo serán otras ahora? Pensar que ya la lengua castellana u otra alguna del mundo tiene toda la extensión posible o necesaria, sólo cabe en quien ignora que es inmensa la amplitud de las ideas, para cuya expresión se requieren distintas voces.

Los que a todas las peregrinas niegan la entrada en nuestra locución, llaman a esta austeridad pureza de la lengua castellana. Es cosa vulgarísima nombrar las cosas como lo ha menester el capricho, el error o la pasión. ¡Pureza! Antes se deberá llamar pobreza, desnudez, miseria, sequedad. He visto autores franceses de muy buen juicio, que con irrisión llaman puristas a los que son rígidos en esta materia, especie de secta en línea de estilo, como la hay de puritanos en punto de religión.

No hay idioma alguno que no necesite del subsidio de otros, porque ninguno tiene voces para todo. Escribiendo en verso latino, usó Lucrecio de la voz griega *homaeomeria*, por no hallar voz latina equivalente.

Nunc Anaxagorae scrutemur

*homaeomeriam*

*Quam greci vocant, nec nostra dicere lingua*

*Concedit nobis patrii sermonis egestas.*

Antes de Lucrecio había ya tomado mucho la lengua latina de la griega, y mucho tomó después. ¿Qué daño causaron los que hicieron estas agregaciones? No, sino mucho provecho. Críticos hay y ha habido que, aún más escrupulosos en el idioma latino que nuestros puristas en el castellano, no han querido usar de voz alguna que no hayan hallado en Cicerón; nimiedad que dignamente reprende el latinísimo y elocuentísimo Marco Antonio Mureto, diciendo que el mismo Cicerón, si hubiera vivido hasta los tiempos de Quintiliano, Plinio y Tácito, hallaría la lengua latina aumentada y enriquecida por ellos con muchas voces nuevas, muy elegantes, de las cuales usaría con gran complacencia, agradeciendo su introducción o invención a aquellos autores: *Equidem existimo Ciceronem, si ad Quintiliani et Plinii et Taciti tempora vitam producere potuisset, et romanam linguam multis vocibus eleganter conformatis eorum studio auctam ac locupletatam vidisset, magnam eis gratiam habiturum, atque illis vocibus cupide usurum fuisse.*

A tanto llega el rigor o la extravagancia de los puristas latinos, que algunos acusaron como delito al doctor Francisco Gilolfo haber inventado la voz *stapeda* para significar el estribo. No había voz, ni en el griego ni en el latín que le significase; porque ni entre griegos, ni entre romanos, ni entre alguna nación conocida, se usó en la antigüedad de estribos para andar a caballo. Es su invención bastantemente moderna; ¿por qué no se había de inventar la voz, habiéndose inventado el objeto? ¿No es



mejor tener para este efecto una voz simple, de buen sonido y oportuna derivación como es *stapeda* (a stante pede), que usar de las dos del Diccionario de Trevoux, *scamilus epiphpiarus*, o de la voz *scandula* que propone también el mismo diccionario y es muy equivoca, pues en el Diccionario de Nebrija se ve que significa otras dos cosas?

En estos inconvenientes caen los puristas, así latinos como castellanos o de otro cualquier idioma, o carecen de voces para algunos objetos, o usan de agregados de distintas voces para expresarlos, que es lo mismo que vestir el idioma de remiendos, por no admitir voces nuevas, o buscarlas en alguna lengua extranjera. Hacen lo que los pobres soberbios que más quieren hambrear que pedir.

Quintiliano, gran maestro en el asunto que tratamos, dice que él y los demás escritores romanos de su tiempo tomaban de la lengua griega lo que faltaba en la latina, y asimismo los griegos socorrían con la latina la suya: *Confessis quoque graecis utimur verbis, ubi nostra dessunt, sicut illi a nobis nonnumquam. mutuuntur.* ¿Se atreverá vuestra merced u otro alguno a recusar, en materia de estilo, la autoridad de Quintiliano?

Lo más es que no sólo de los griegos (que al fin a éstos los veneraban, en algún modo, como maestros suyos) se socorrían los romanos en las faltas de su lengua, más aún de otras naciones, a quienes miraban como bárbaras. En el mismo Quintiliano se lee que tomaron las voces *rheda* y *petoritum* de los galos; la voz *mappa*, de los cartagineses; la voz *gurdus*, para significar un hombre rudo, de los españoles. Origen español atribuye también Aulo-Gelio a la palabra *lancea*. A vista de esto, ¿qué caso se debe hacer de la crítica austeridad de los que condenan la admisión de cualquiera voz forastera en el idioma hispano?

Diranme acaso, y aun pienso que lo dicen, que en otro tiempo era lícito uno u otro recurso a los idiomas extraños, porque no tenía entonces el español toda la extensión necesaria; pero hoy, es superfluo, porque ya tenemos voces para todo. ¿Qué puedo yo decir a esto sino que alabo la satisfacción? En una clase sola de objetos les mostraré, que nos faltan muchísimas voces, ¿Qué será en el complejo de todas? Digo en una clase sólo de objetos, esto es, de los que pertenecen al predicamento de acción. Son innumerables las acciones para que no tenemos voces ni nos ha socorrido con ellas el nuevo diccionario. Pondré uno u otro ejemplo: no tenemos voces para la acción de cortar, para la de arrojar, para la de mezclar, para la de desmenuzar, para la de excretar, para la de ondear el agua u otro licor, para la de excavar, para la de arrancar, etc. ¿Por qué no podré, valiéndome del idioma latino para significar estas acciones, usar de las voces *amputación*, *proyección*, *conmixtión*, *conmisección*, *excreción*, *undulación*, *excavación*, *avulsión*?

Asimismo padecemos bastante escasez de términos abstractos, como conocerá cualquiera que se ocupe algunos ratos en discurrir en ello. Fáltannos también muchísimos participios. En unos y otros los franceses han sido más pródigos que nosotros, formándolos sobre sus verbos o buscándolos en el idioma latino, ¿no sería bueno que nosotros los formemos también, o los traigamos del latín o del francés? ¿Qué daño nos hará este género peregrino, cuando por él los extranjeros no nos llevan dinero alguno?

Así, aunque tengo, por obras importantísimas los diccionarios, el fin

que tal vez se proponen sus autores de fijar el lenguaje ni le juzgo útil ni asequible. No útil, porque es cerrar la puerta a muchas voces cuyo uso nos puede convenir; no asequible, porque apenas hay escritor de pluma algo suelta que se proponga contenerla dentro de los términos del diccionario. El de la Academia francesa tuvo a su favor todas las circunstancias imaginables para hacerse respetar de aquella nación. Sin embargo, sólo halla dentro de ella una obediencia muy limitada. Fuera de que, verosímilmente, no se hizo hasta ahora para ninguna lengua diccionario que comprendiese todas las voces autorizadas por el uso. Compuso Ambrosio Calepino un diccionario latino de mucha mayor amplitud que todos los que le habían precedido. Vino después Conrado Gessner, que le añadió millares de voces. Aumentóle también Paulo Manucio, y, en fin, Juan Paseracio, La Zerda, Chifflet y otros; y después de todo, aún faltan en él muchísimos vocablos que se hallan en autores latinos muy clásicos.

Luego que en el párrafo inmediato escribí la voz asequible, me ocurrió mirar si la trae el Diccionario de nuestra Academia. No la hay en él. Sin embargo, vi usar de ella a castellanos que escribían y hablaban muy bien. Algunos juzgarán que posible es equivalente suyo, pero está muy lejos de serlo.

Ni es menester para justificar la introducción de una voz nueva la falta absoluta de otra que justifique lo mismo: basta que lo nuevo tenga o más propiedad, o más hermosura, o más energía. Monsieur de Segrais, de la Academia francesa, que tradujo la Eneida en verso de su idioma nativo, y es la mejor traducción de Virgilio que pareció hasta ahora, llegando a aquel pasaje en que el poeta, refiriendo los motivos del enojo de Juno contra los troyanos, señala por uno de ellos el profundo dolor de haber Paris preferido a su hermosura la de Venus

Manet alta mente repostum  
Iudicium Paridis, spretaeque injuria formae.

Trasladó el último hemistiquio de este modo:

Sa beaute meprisèe, impardonable  
injure.

Repararon los críticos en la voz impardonable, nueva en el idioma francés; y hubo muchos que por este capítulo la reprobaron, imponiéndole su inutilidad, respecto de haber en el francés la voz irremisible que significa lo mismo. No obstante lo cual, los más y mejores críticos estuvieron a favor de ella, por conocer que la voz impardonable, colocada allí, exprime con mucha mayor fuerza la cólera de Juno y el concepto que hacía de la gravedad de la ofensa, que la voz irremisible. Y ya hoy aquella voz, que inventó monsieur de Segrais, es usada entre los franceses.

Pero es a la verdad para muy pocos el inventar voces o connaturalizar las extranjeras. Generalmente, la elección de aquellas que, colocadas en el periodo, tienen o más hermosura o más energía, pide numen especial, el cual no se adquiere con preceptos o reglas. Es dote puramente natural, y el que no la tuviere, nunca será ni gran orador ni gran poeta. Esta prenda es quien, a mi parecer, constituye la mayor excelencia de la Eneida. En virtud de ella, daba Virgilio a la colocación de las voces, cuando era

oportuno, aquel gran sonido con que se imprime en el entendimiento o en la imaginación una idea vivísima del objeto. Tal es aquel pasaje, cuya parte copié arriba:

Necdum etiam causae irarum,  
saevique dolores  
Exciderant animo: manet alta mente reposium  
Iudicium Paridis, spretaeque injuria formae.

Dentro de pocas voces, ¡qué pintura tan viva, tan hermosa, tan expresiva, tan valiente, de la irritación de la diosa, y de la profunda impresión que había hecho en su ánimo la injuria de anteponer a la suya otra belleza! Donde es bien advertir que el *repostum* es de invención de Virgilio, y no introducido sólo a favor de la libertad poética, sino aquella nueva voz, o nueva modificación de *repositum*, da más fuerza a la expresión.

No sólo dirige el numen genio particular para la introducción de voces nuevas o inusitadas, más también para usar oportunamente de todas las vulgarizadas. Ciertos rígidos Atistarcos, generalísimamente quieren excluir del estilo serio todas aquellas locuciones o voces que, o por haberlas introducido la gente baja, o porque sólo entre ella tienen frecuente uso, han contraído cierta especie de humildad o sordidez plebeya; y un docto moderno pretende ser la más alta perfección del estilo de don Diego Saavedra, no hallarse jamás en sus escritos alguno de los vulgarísimos que hacinó Quevedo en el Cuento de cuentos, ni otros semejantes a aquéllos. Es muy hermoso y culto ciertamente el estilo de don Diego Saavedra, pero no lo es por eso; antes afirmo que aún podría ser más elocuente y enérgico, aunque tal vez se entrometiesen en él algunos de aquellos vulgarísimos.

Quintiliano, voto supremo en la materia, enseña que no hay voz alguna, por humilde que sea, a quien no se pueda hacer lugar en la oración, exceptuando únicamente las torpes u obscenas: *ominibus fere verbis, praeter pauca, quae sunt parum verecunda, in oratione locus est*, y poco más abajo, sin la limitación de la partícula *fere*, repite la misma sentencia: *omnia verba (excepta de quibus dixi) sunt alicubi optima, et humilibus interdum, et vulgaribus est opus*. Y en otra parte pronuncia que a veces la misma humildad de las palabras añade fuerza y energía a lo que se dice: *Vim rebus aliquando, et ipsa verborum humilitas affert*.

Un sujeto por muchas circunstancias ilustre leyendo en el primer tomo del Teatro crítico aquella cláusula primera del discurso que trata de los cometas: «Es el cometa una fanfarronada del cielo contra los poderosos del mundo», la celebró como rasgo de especial gala y esplendor. Convendré en que haya sido efecto de su liberalidad el elogio; pero si en la sentencia hay algún mérito para él, todo consiste en el oportuno uso de la voz fanfarronada, la cual por sí es de la clase de aquellas que pertenecen al estilo bajo; con todo, tendría mucho menos gracia y energía si dijese: «Es el cometa una vana amenaza del cielo», etc. Siendo así que la significación es la misma, y la locución vana amenaza nada tiene de humilde o plebeya. Vea vuestra merced aquí verificada la máxima de Quintiliano: *Vim rebus aliquando, et ipsa verborum humilitas affert*.

De esto digo lo mismo que dije arriba en orden a inventar voces o

domesticar las extranjeras. No pende del estudio o meditación, sí sólo de una especie de numen particular, o llámese imaginación feliz, en orden a esta materia. El que la tiene, aun sin usar de reflexión, sin discurrir, sin pensar en ello, encuentra muchas veces las voces más oportunas para explicarse con viveza o valentía, ya sean nobles, ya humildes, ya paisanas, ya extranjeras, ya recibidas en el uso, ya formadas de nuevo. El que carece de ella no salga del camino trillado, y mucho menos se meta en dar reglas en materia de estilo. Pero en esto sucede lo que en todas las demás cosas. Condena los primores quien no sólo no es capaz de ejecutarlos, mas ni aun de percibirlos; que también el discernirlos pide talento, y no muy limitado.

Creo haber dejado a vuestra merced satisfecho sobre el asunto de su carta, y yo lo estaré de que vuestra merced tiene el concepto debido de mi amistad, si me presentare muchas ocasiones de ejercitar el afecto que le profeso, etc.»

#### Sobre la multitud de milagros

«Muy señor mío: He visto la carta de vuestra merced a su amigo don N., en que después de participarle con grande extensión los muchos milagros que Dios obra por la intercesión de María Santísima, con los que vienen a implorarla, adorando devotos su sagrada imagen que se venera en esa iglesia, le interesa que pase a mí esas noticias, a fin de persuadirme que los verdaderos milagros no son tan pocos como yo imagino y como manifiesto en mis escritos. El mal es, que el mismo medio que vuestra merced toma para la persuasión, me la hace más difícil. Aquí tiene lugar el axioma escolástico, que argumento que mucho prueba, nada prueba. Paréceme que el más crédulo podrá entrar en alguna desconfianza de la atestación de vuestra merced a vista de la multitud de milagros que amontona. Ni es esto impugnar la veracidad de vuestra merced, sino su crisis. Convendré en los hechos enunciados, esto es en las muchas curaciones que vuestra merced refiere, pero suponiéndolas, o todas o por la mayor parte, naturales, no milagrosas, como vuestra merced pretende. Pensar que todos los que convalecen de sus dolencias, después de implorar en su favor la intercesión de nuestra Señora o de cualquier otro santo, sanan milagrosamente, es discurrir la Omnipotencia muy pródiga, y la naturaleza muy inepta. La baja opinión que el vulgo tiene formada de ésta, es muy útil a los médicos; porque, como si nada pudiese el vigor nativo del cuerpo, donde el médico es llamado, siempre que el enfermo sana se atribuye a la medicina. A la naturaleza se debe las más veces la victoria, pero al arte se da la gloria del triunfo. Y ¡oh cuántas veces ésta no hace más que estorbar y descaminar aquéllas! ¡Cuántas veces los errores del médico, parciales a la enfermedad, conspiran con ella a la ruina del enfermo! ¡Cuántas veces por este camino, o por este descamino, dolencias veniales se hacen mortales!

De este riesgo carece a la verdad el recurso a la intercesión de los santos, el cual nunca puede ser nocivo; y acaso entonces es más provechoso, cuando por él no se alcanza la convalecencia deseada; siendo muy verisímil, que se aplica a algún bien de el alma aquel ruego, que se

buscaba para la salud de el cuerpo. También se logra ésta algunas veces; pero pensar que siempre que se logra, se logra por este medio, es un exceso de la piedad que pica en superstición. Lo mismo digo de la multitud de milagros que el indiscreto vulgo sueña sobre otros asuntos.

Pero ¿quién es culpable en este error? ¿El vulgo mismo? No por cierto, sino los que teniendo obligación a desengañar el vulgo, no sólo le dejan en su vana aprensión, más tal vez son autores del engaño: Pastores eorum seduxerunt eos (Jeremías, 50). ¡Cuántos párrocos por interesarse en dar fama de milagros a alguna imagen de la iglesia, le atribuyen milagros que no ha habido! No es mi ánimo comprender a vuestra merced en esta invectiva, porque tengo noticia de su desinterés y buena fe. Mas no por eso le eximo de toda culpa, pues debiera tener presente para su observancia, la sabia disposición del santo concilio de Trento, que manda no admitir milagro nuevo alguno, sin preceder examen y aprobación del obispo: Nulla etiam admittenda esse nova miracula nisi eodem recognoscente et approbante episcopo.

Dirá vuestra merced que tampoco otros infinitos, ya pastores ya no pastores, esperan la aprobación del obispo para creer, preconizar y campanear nuevos milagros, y que apenas ha visto hasta ahora poner en práctica la regla establecida por el Concilio en orden a este punto. Creo que en esto dirá vuestra merced verdad. Pero de esta verdad me lastimo yo, y me he lastimado siempre mucho; porque de la inobservancia de aquella regla toman ocasión los herejes para hacer mofa de los milagros que califican la verdad de nuestra religión. Como son muchos los que siendo imaginación se publican como verdaderos, o por un vil interés, o por una indiscreta piedad, ellos pudieron asegurarse de la falsedad de algunos y de aquí pasan a la desconfianza de todos. No resultaría este inconveniente si se observase inviolablemente la disposición del Concilio. Son inicuos sin duda los herejes en atribuir al cuerpo de la Iglesia la fraudulenta ficción o ciega credulidad de algunos particulares. Es visible su mala fe en esta acusación, porque no ignoran lo que el Santo Concilio de Trento estableció sobre el asunto, ni tampoco ignoran que aquel es el órgano por donde explica su mente la Iglesia; mas no por eso dejan de ser muy culpables los que con sus ficciones de milagros dan algún aparente pretexto a las insultantes invectivas de nuestros enemigos.

El severo cuidado que los padres del Concilio quisieron se pusiese en el examen de los milagros, muestra que consideraron de una suma importancia para el crédito de la Iglesia evitar los fingidos, pues no contentos con intimar que ninguno nuevo se admitiese sin la aprobación de los obispos, añadieron que a esta aprobación precediese consulta de varones sabios y piadosos como se ve en la cláusula inmediatamente siguiente a la arriba alegada. Qui (episcopus) simul atque de his aliquid compertam habuerit, adhibitis in consilium theologis et aliis piis viris, ea faciat, quae veritati et pietati consentanea judicaverit. Donde me parecen dignas de reflexión aquellas palabras veritati et pietati. El título hermoso de piedad es quien hace sombra a los milagros fingidos, para que se le dé pasaporte corriente en los pueblos. Este es el sagrado sello con que se imprime el silencio en los labios de todos aquellos que, enterados de la verdad, cuando empieza a preconizarse algún imaginario portento, quisieran desengañar al público. Pero ¿es esto conforme al

espíritu de la Iglesia? Antes diametralmente opuesto. La piedad que la Iglesia pide, la que promueve en sus hijos, la que caracteriza a los buenos cristianos, es aquella que se junta y hermana con la verdad: *veritati et pietati*. No dijeron los padres *veritati aut pietati*, como que cualquiera de los dos títulos divisivamente bastase para autorizar las relaciones de milagros, sino *veritati et pietati*, como que es menester que concurren unidos entrambos. Piedad opuesta a la verdad, es una piedad vana, ilusoria, de mera perspectiva, más propia para fomentar la superstición, que para acreditar la religión: *Veri adoratores adorabunt. Patrem in spiritu et veritate: nam et Pater tales quaerit, qui adorent eum* (Joan., cap. IV).

Indemniza en esta materia al rudo vulgo su sencillez. Pero ¿qué disculpa tienen los que tal vez engañan al vulgo, o causando o fomentando su error? Doy que el fin sea bueno, no por eso la acción deja de ser mala. Ningún teólogo negará, que aunque hubiese entera certeza de que con un milagro falso se había de convertir todo el mundo a la religión católica, no podría fingirse sin pecar; y no como quiera, sino gravemente, porque esta acción, según los teólogos, es de su naturaleza pecado mortal de aquella especie de superstición que llaman culto indebido. ¿Qué hacemos, pues, con que el fin de inventar o publicar un milagro sea autorizar de milagrosa alguna imagen o promover el culto del santo representado en ella? Abominable será en los ojos de Dios la ficción, y merecedora de la condenación eterna, si no la disculpa la ignorancia.

Pero más abominable será si procede del motivo de algún interés temporal, como sin duda sucede algunas veces. En el Concilio Senonense, celebrado en el año 1528, se halla un decreto (y es el 40 de los pertenecientes ad mores) que establece en orden a la admisión de milagros nuevos lo mismo que después, para toda la Iglesia, ordenó el Tridentino. Sólo tiene de particular una expresión, que supone, que muy ordinariamente es la codicia quien excita a la invención de milagros apócrifos. El decreto es como se sigue: *Ex multorum fide relatione didicimus, simplicem populum aliquando levi assertione miraculorum ad unum et alterum locum populariter concurrisse, candelas et alia vota obtulisse. Ut igitur credulae simplicitati nobis commissae plebis consulamus, et novis, impudentioribusque hominum mente corruptorum ad quaestum occasionibus obviemus, sacro approbante provinciali concilio, districte prohibemus, ne quis posthac miraculum de novo factum praetendat; neve intra aut extra ecclesiam, titulum, capellam aut altare praetextu novi miraculi erigat, aut populi concursus in miraculi gratiam et venerationem recipiat: nisi prius loci episcopus de negotio quid sentiendum tenendumque sit, causa cognita, decreverit.*

En este contexto se proponen dos motivos del decreto: el primero, precaver el error del simple vulgo en creer milagros falsos; el segundo, quitar la ocasión a las detestables negociaciones de hombres corrompidos, que hacen pábulo de su codicia la ficción de milagros. En la expresión del primer motivo se ve que los padres del Concilio no miraron como conveniente para el servicio y gloria de Dios dejar a la plebe continuar en aquel error; antes consideraron su vana creencia como una enfermedad espiritual, a que se debía aplicar remedio. De aquí se colige cuán descaminados van aquellos que cuando se esparce en el pueblo algún milagro

falso, si alguno, averiguada la patraña, quiere desengañar al público, revestidos de una espiritualidad engañosa, se le opone, diciendo que se debe dejar al público en su buena fe; que aquella creencia, aunque mal fundada, enfervoriza su piedad, que con ella se firma más en los ánimos la religión; que en ese error se interesa la gloria y culto de Dios y de sus santos. ¡Oh protestas del embuste con capa de celo! Numquid Deus indiget vestro mendacio ut pro illo loquamini dolos?

En la expresión del segundo motivo, sobradamente dan a conocer aquellos grados que la ansia de un vil interés es quien impele no pocas veces a la fábrica de milagros falsos, en que de muchos modos pueden hallar su ganancia los artífices, como a cualquiera será fácil discurrir; aunque por la mayor parte pienso que sólo un celo falso o piedad indiscreta interviene en estas ilusiones, haciendo tomar, por verdadero prodigio cualquiera leve apariencia de milagro. Pero que proceda de este, que de aquel principio, todo hombre imbuido de sólida piedad debe interesarse en que se observe el Santo Concilio de Trento. La Iglesia, dirigida siempre por el Espíritu Santo, sabe lo que conviene a la gloria de Dios, al culto de los Santos, a la edificación de los fieles, aumento de la piedad y firmeza de la religión.

Como vuestra merced, ni por el expresado motivo de interés, ni por otro alguno vicioso (a lo que yo creo), sino con muy buena fe, ha calificado de milagrosas las muchas curaciones de que me habla en su carta, es natural, que desengañado ya, en virtud de mis razones, desee alguna regla para discernir las curaciones sobrenaturales de las que se deben a la naturaleza o a la medicina, y no puedo yo darle otra, ni más segura, que la que, siendo aún cardenal, y poco antes de subir al solio pontificio, manifestó al público nuestro santísimo padre Benedicto XIV en el tomo IV de su grande obra de *De servorum Dei beatificatione et beatorum canonizatione*. En la noticia de este tomo que dan los autores de las *Memorias de Trevoux* en el mes de marzo del año de 1740, he visto copiada dicha regla, la cual consta de las siguientes advertencias.

La primera que la enfermedad curada sea grave y naturalmente incurable, o por lo menos de muy difícil curación. La segunda que no vaya en declinación. La tercera que no se hayan hecho remedios, o que si se hicieron, no hayan tenido efecto. La cuarta que la curación sea repentina o instantánea, y juntamente total o perfecta. La quinta que no haya precedido crise natural. La sexta que sea constante o durable; esto es, sin recaída.

Cuando vuestra merced halle alguna curación circunstanciada del modo dicho y me lo dé bien atestiguado, yo seré el primero a firmar que es milagrosa. Y si mil hallare con las circunstancias expresadas, de todas mil firmaré lo mismo. Deseo a vuestra merced larga vida y perfecta salud, etc.

La elocuencia es naturaleza y no arte

«Muy señor mío: Pregúntame V. md. qué estudio he tenido y qué reglas he practicado para formar el estilo de que uso en mis libros, dándome a

entender que le agrada y desea ajustarse a mi método de estudio para imitarle. Siendo este el motivo de la pregunta, muy mal satisfecho quedará V. md. de la respuesta, porque resueltamente le digo que ni he tenido estudio, ni seguido algunas reglas para formar el estilo. Más digo: ni le he formado ni pensado en formarle. Tal cual es, bueno o malo, de esta especie o de aquella, no le busqué yo; él se me vino; y si es bueno, como V. md. afirma, es preciso que haya sido así, como voy a probar.

Sólo por dos medios se puede pretender la formación de estilo; el de la imitación y el de la práctica de las reglas de la Retórica y el ejercicio. Aseguro, pues, que por ninguno de estos medios se logrará un estilo bueno. No por el de la imitación porque no podrá ser perfectamente natural, y sin la naturalidad no hay estilo, no sólo excelente, pero ni aun medianamente bueno. ¿Qué digo ni aun medianamente bueno? Ni aun tolerable.

Es la naturalidad una perfección, una gracia, sin la cual todo es imperfecto y desgraciado, por ser la afectación un defecto que todo lo hace despreciable y fastidioso. Todo, digo, porque entienda vuestra merced que no hablo sólo del estilo. A todas las acciones humanas da un baño de ridiculez la afectación. A todas constituye tediosas y molestas. El que anda con un aire o movimiento afectado; el que habla; el que mira; el que ríe; el que razona; el que disputa; el que coloca el cuerpo o compone el rostro con algo de afectación, todos estos son mirados como ridículos y enfadan al resto de los hombres. El que es desairado en el andar, o torpe en el hablar, algo displacerá a los que le miran u oyen; mas al fin sólo eso se dirá de él que es desairado en lo primero y torpe en lo segundo. Pero si con la imitación de algún sujeto que es de movimiento airoso y locución despejada, afecta uno y otro, sobre no borrar la nota de aquellas imperfecciones, se hará un objeto de mofa y aún le tendrán por un pobre mentecato.

Sólo una excepción se me ofrece hacer en esta materia, y es a favor de la adulación. Este diabólico hechizo siempre se queda hechizo, de cualquier modo que se confeccione. Necesariamente entra en él la afectación, y, con todo, siempre agrada. Por más que se coloque la lisonja en voces desentonadas, para los oídos del adulado es más dulce que el canto de las Sirenas.

A todo lo demás inficiona y corrompe la afectación. Es preciso que cada uno se contente en todas sus acciones con aquel aire y modo que influye su orgánica y natural disposición. Si con ese desagrade mucho más desagradará si sobre ese emplasta otro postizo. Lo más que se puede pretender es corregir los defectos, que provienen, no de la naturaleza, sino o de la educación o del habitual trato con malos ejemplares. Y no logra poco quien lo logra. En esto fácilmente se padece equivocación tomando uno por otro. De algunos se piensa que enmendaron la naturaleza, no habiendo hecho otra cosa que desnudar un mal hábito.

Es una imaginación muy sujeta a engaño la de la pretendida imitación del estilo de este o aquel autor. Piensan algunos que imitan y ni aun remedan. Quiere uno imitar el estilo valiente y enérgico de tal escritor y saca el suyo áspero, bronco y desabrido. Arrímase otro a un estilo dulce, y, sin coger la dulzura, cae en la languidez. Otro al estilo sentencioso, y en vez de armoniosas sentencias, prefiere fastidiosas vulgaridades.



Otro al ingenioso, como si el ingenio pudiera aprenderse o estudiarse o no fuese un mero don del autor de la Naturaleza. Otro al sublime, que es lo mismo que querer volar quien no tiene alas, porque ve volar al pájaro que las tiene. ¿Y qué sucede a todos éstos? Lo que ya advirtió Quintiliano, que caen con su imaginada imitación en un estilo peor que aquel que tuvieran, siguiendo al propio genio, sea el que fuere; porque, al fin, éste podía ser bajo; aquél, sin dejar de ser bajo, toma la deformidad de ridículo: *Plerumque declinant in peius, et proxima virtutibus vitia comprehendunt, fiuntque pro grandibus tumidi, pressis exiles, fortibus temerarii, laetis corrupti, compositis exultantes, simplicibus negligentes.*

Es verdad que Quintiliano da una instrucción para que no se caiga en este inconveniente, que es que cada uno examine sus fuerzas, para no emprender más que lo que ellas pueden: *in suscipiendo onere, consulat suos vires.* Pero esto es proponer un medio, o imposible, o punto menos. ¿Quién hay que mida exactamente la extensión de sus fuerzas? En orden a las facultades corpóreas esto es fácil, porque es visible y palpable. Pero en orden a las espirituales muéstrese el hombre que no piense de sí más de lo que puede. Si esta regla padece alguna excepción, es sólo en los grandes ingenios cuya penetración es capaz de la reflexión más difícil de todas, esto es, la justa reflexión sobre sí mismos. Pero aun estos se engañan, si al ingenio no acompaña, o una superior ilustración gratuita, o una índole medrosa y desconfiada. De ahí abajo todos se engañan en una proporción inversa de la presunción con la habilidad, quiero decir que tanto padecen mayor engaño en lo que presumen, cuanto es menos lo que alcanzan.

Un ejemplar que muestra cuán expuestos están los hombres a errar en el concepto de que imitan tal o tal estilo, me presenta cierto escritor moderno, por otra parte muy capaz, que está persuadido a que su pluma es fiel copista de la de D. Diego Saavedra, cuando los demás hallan de uno a otro estilo, la diferencia que hay del noble al humilde, del enérgico al flojo y del vivo al muerto. Acaso escribiría mejor si se sacudiese de esa literaria servidumbre, que así la llamo siguiendo a Horacio de quien es aquella invectiva: *oh imitatoris servum pecus!* En esto, como en otras muchas cosas, cada hombre tiene su carácter que le distingue y hace distinguir por los que son dotados de algún conocimiento, de los cuales disciernen muy bien lo que es copia y cuánto dista ésta de la perfección del original. El discreto conde de Erizeyra, que escribió la vida de Jorge Castrioto, se propuso, como él mismo confiesa, imitar el estilo castellano de nuestro D. Antonio de Solís, y no negaré que le imitó, pero quedando un grande intervalo entre los dos. Siguió sus pasos, pero de lejos. Digo lo mismo: que acaso deleitaría más a los lectores, aquel prócer portugués, si entregase enteramente su pluma a la dirección de su genio.

Y si aún los que son bastante hábiles, degeneran tan sensiblemente del modelo que se proponen, ¿qué sucederá a los que nacieron con un talento que aún no llega a la mediocridad? Lo que a los grajos que pretenden remedar el gorjeo de los ruiseñores; lo que al pastor que quiere con la zampoña emular la armonía de la lira. En caso que logren alguna ruda semejanza del ejemplar que atienden, será una semejanza como la del mono con el hombre que eso mismo le hace más feo que otros brutos. ¿Y qué

son realmente estos imitadores sino unos ridículos monos de otros hombres?

Si el componer el estilo por imitación sale mal, el formarle por la observancia de las reglas aún sale peor. Las reglas que hay escritas son innumerables, ¿quién puede hacérselas presentes todas al tiempo de tomar la pluma? Mientras piensa en una o dos o tres, se le escapan todas las demás. No sólo cada período, aun cada frase, y cada voz ha de proporcionar a quinientas normas diferentes. No basta que no discrepe de éste o de aquélla; es menester que de ninguna discrepe.

Lo peor es que aunque hay tanto escrito de reglas, aún es muchísimo más lo que se puede escribir, porque no hay regla que no padezca sus excepciones; y para las mismas excepciones hay otras excepciones.

El genio puede en esta materia lo que es imposible al estudio. A un espíritu que Dios hizo para ello, naturalmente se le presentan el orden y distribución que debe dar a la materia sobre que quiere escribir; la encadenación más oportuna de las cláusulas, la cadencia más airosa de los periodos; las voces más propias, las expresiones más vivas, las figuras más bellas. Es una especie de instituto lo que en esto dirige al entendimiento. Más por sentimiento que por reflexión distingue el alma estos primores. En la invención de ellos está ocioso el discurso, dejándolo todo a cuenta de la imaginación.

Nadie con razón me podrá oponer el símil de las artes factivas, donde el estudio y observancia de las reglas hace artifices peritos y sin ellas ninguno lo es. No hay paridad de uno a otro. ¿Quién no ve que si el símil fuese justo, así como sin el estudio de las reglas de la Pintura, nadie se hace ni aún Pintor mediano, así sin el estudio de las reglas de la Retórica nadie sería ni aún medianamente elocuente? Sin embargo, cada día se ve lo contrario. Auriot de la Housaye dice que Gastón, duque de Orleáns, que nada había estudiado, hablaba en el Parlamento siempre que se ofrecía tan bien como un buen orador; y Luis, príncipe de Condé, que estaba instruido en las reglas de la retórica apenas acertaba a formar dos cláusulas oportunamente.

Hay una gran diferencia en cuanto a la aplicación entre las reglas ordenadas a artificios materiales y las que dirigen en materias puramente intelectuales. En las primeras es por lo común evidente y visible la conformidad o disconformidad con las reglas, v. gr., si una línea es recta o torcida, si la curvatura de un arco es tanta o cuanta, la aplicación de la regla o el modelo quita toda duda. En el uso de las segundas todo va, digámoslo así, a buen ojo. No hay geometría para medir, v. gr., si una metáfora salió ajustada o no a las reglas. De aquí la frecuente oposición de opiniones entre los retóricos facultativos, cuando se trata de censurar alguna pieza de elocuencia. Y es que el acierto en esto, como en otras muchas cosas, pende puramente de una facultad animástica, que yo llamo tino mental. El que tiene esta insigne prenda, sin alguna reflexión a las reglas, acierta, y cuando con mayor perfección la posee, tanto con más seguridad se pone en el punto debido. El que carece de ella, por más que ponga los ojos en las reglas, desbarra; porque es también menester el Tino mental para discernir si el rasgo que tira es conforme o disforme a las reglas, y ese le falta; juzgará que se eleva al estilo sublime y caerá en el oscuro y violento; que forma un hipérbole magnífico y le sacará monstruoso, etc.

El símil más justo (aunque no absolutamente perfecto) que en cuanto al uso y utilidad hallo para el arte de la Retórica es de la Lógica o arte Sumulística. Da estas reglas para razonar bien como aquel para hablar bien. Pero del mismo modo que el que no tiene bastante entendimiento para discurrir bien, discurre defectuosamente por lo común, por más que haya estudiado las reglas sumulísticas, y el que le tiene discurre con acierto, aunque las ignore; ni más, ni menos el que no tiene genio nunca es elocuente por más que haya estudiado las reglas de la retórica, y lo es el que lo tiene, aunque no haya puesto los ojos ni los oídos en los preceptos de este arte. He visto (¿y quién no los habrá visto?), muchos escolásticos que tenían en la uña todas las reglas de las Súmulas y apenas razonaban justamente en materia alguna; al contrario experimenté muchos sujetos que razonaban admirablemente, sin noticia alguna de los preceptos de la Lógica. Éstos, sin haber oído jamás hablar de apelaciones, suposiciones, ampliaciones, restricciones, conversiones equipolencias, modalidades, etc., guiados de la luz nativa de su entendimiento, prueban lo que proponen, sin incurrir en alguno de los vicios que van a precaver aquellas reglas. Y aquellos, después de quebrarse mucho la cabeza en mandarlas a la memoria, tropiezan contra ellas a cada paso. Lo cual consiste en que para hablar y discurrir con acierto, más vale un buen golpe de ojo del entendimiento que muchos repases de las reglas, ya porque si no hay bastante capacidad, se yerra muchas veces el uso de ellas, ya porque mientras se pone la atención en alguna o algunas, se pasan por alto todas las demás. ¿Quién en cada cláusula, en cada proposición que ha de formar, puede tener presente tanta copia de preceptos para no discrepar de ninguno de ellos?

Lo más que yo podré permitir (y lo permitiré con alguna repugnancia), es que el estudio de las reglas sirva para evitar algunos groseros defectos. Mas nunca pasaré que pueda producir primores. La gala de las expresiones, la agudeza de los conceptos, la hermosura de las figuras, la majestad de las sentencias, se las ha de hallar cada uno en el fondo del propio talento. Si ahí no las encuentra, no las busque en otra parte: ahí están depositadas las semillas de esas flores, y ese es el terreno donde han de brotar, sin otro influjo que el que, acalorada del asunto, les da la imaginación. Quiero hacer sensible esto con la experiencia.

Propóngase a uno que tuvo estudio y carece de genio, para que discurra sobre él, no filosófica, sino retóricamente, este trivialísimo asunto: La obligación que tienen los nobles a imitar a sus ascendientes. Considéresele, desde luego, repasando con la memoria las reglas y ejemplos que leyó en las Instrucciones Oratorias de Quintiliano, en el Tratado de Elocuencia, del Padre Causino, y en el Canochiale Aristotélico, de Manuel Thesauro. ¿Qué hará con todo esto? Aseguro que nada. Las reglas son unas luces estériles, como las sublunares, que alumbran, y no influyen. Dan un conocimiento vago y de mera teórica, sin determinación alguna para la práctica. Los ejemplos son hazañas de otros ingenios que no puede imitar sino quien tenga valentía igual a la suya. ¿Qué importa que yo vea cómo se remonta el águila a la segunda región del aire? ¿Podré por eso elevarme a la misma altura, no teniendo las mismas alas y la misma fuerza?

Mas, al fin, un retórico de estudio hará su composición, en que naturalmente habrá mucho de follaje afectado, con nada de gala o ingenio;

porque yo nunca puedo esperar más de quien para la Retórica no tiene otro auxilio que el estudio del arte. Sea lo que fuere, pretendo que su producción se coteje con el rasgo siguiente que sobre el mismo asunto produjo por diversión un sujeto de alguna habilidad, pero que jamás había estudiado ni una hoja de retórica.

Es la nobleza semilla de la virtud. Siémbrase en el cuerpo y fructifica en el alma. Quien comunica la sangre, comunica los espíritus. Aun a largas distancias conserva su purpúreo raudal la dirección que le dio la excelsa fuente de donde se deriva. Del fervor que la inflama, se levanta la llama que la ilustra. Sirve la gloria heredada de estímulo contra las perezas del corazón. Preséntase en la memoria, y puesta en la memoria, es despertador de la voluntad. Ofrécele aquel objeto al noble un original de quién ha de sacar en sí mismo la copia; un espejo, donde vea, no lo que es, sino lo que debe ser: una escuela mental, en quien sus progenitores son sus maestros. El que degenera de ellos, se constituye extraño respecto de los mismos que mira como suyos. Se hace forastero o huésped intruso en su propia casa. No le queda de la prosapia otra cosa que el apellido y aun ése debe hacer la cuenta que se le adapta como bastardo. Cuando hablas de sus ilustres predecesores, no diga que descende de ellos, sino que baja, o no sólo que baja, sino que cae. La distancia que hay entre el heroísmo y la vileza, es el espacio que mide con la caída. La fealdad del vicio duplica su deformidad en quien debiera apropiarse como hereditaria la virtud. Cuantos ascendientes gloriosos jacta, tantos fiscales de su conducta se cuenta. Aquella gloria es su ignominia. Lo mismo que le ensoberbece, le abate, porque no le toca de aquella luz sino el humo. Considérese en el árbol genealógico, que tanto ostenta, como una rama marchita a quien el aire de la vanidad agita para nada más que hacer ruido. En la Filosofía ética, la nobleza que no obra, no existe. Los escudos de armas que adornan sus paredes, ennoblecen el edificio y desdoran la persona. La memoria de triunfos pasados, que abrió el cincel en la frente de la casa, acuerda a todos que está muerta en el corazón de su dueño.

Yo me persuado a que en este discurso hallarán los inteligentes sentencias ingeniosas, alusiones oportunas, figuras elegantes y otros primores de retórica que en este arte tienen sus nombres y definiciones; pero no sólo las definiciones, pero aun los nombres creo ignoraba el que lo hizo: que en esta materia sucede que el buen genio acierta con las cosas sin saber ni aun los nombres; y el estudio sin genio, teniendo en la memoria nombres, definiciones y divisiones, no acierta con las cosas. Acuérdome de haber leído, que queriendo un Príncipe hacer un suntuoso palacio, llamó para ello dos arquitectos famosos. El uno era un gran dogmático en su arte, del cual tenía en la uña infinitos preceptos que había aprendido en varios libros; el otro, de poco estudio teórico, pero dotado de insigne numen para la práctica. Llegando el caso de proponerles el Príncipe la obra que intentaba, habló el primero en la materia con mucha erudición, llenando de mil voces geométricas y arquitectónicas un largo razonamiento. Habiendo acabado le preguntó el Príncipe al segundo, qué tenía que decir sobre el caso: Señor, respondió él, yo no tengo que decir otra cosa, sino que haré todo lo que ha hablado mi compañero. Bien claro está al asunto la aplicación.

Y si en lo que mira a hablar o escribir con exornación, gala y agudeza basta el genio y sobra el estudio, como me parece dejo bastante probado, con más razón se podrá asegurar lo mismo en orden a la parte más importante y esencial de la elocuencia, que es la persuasiva. ¿Quién no ve que ésta meramente es obra de un entendimiento claro, de una perspicacia nativa, la cual representa las razones más oportunas y eficaces para mover, atentas las circunstancias, a los oyentes o lectores sobre el asunto que se propone? Supongo que conduce mucho para ello la claridad y el orden. Pero estoy siempre en que esto lo hará mucho mejor el genio que el estudio. Lo mismo digo de las expresiones patéticas para excitar los afectos. Aunque pienso que en cuanto a la eficacia de éstas están algo engañados, no sólo los oradores comunes, más aún los mismos maestros de la oratoria. Hace, sin duda, mucho al caso que las razones se propongan con fuerza y energía, porque penetran así y hacen más profunda impresión en el ánimo; pero la virtud excitativa de los afectos, que consiste precisamente en las voces, es de un influjo muy pasajero que apenas espera para disiparse a que los oyentes desocupen el Teatro.

Sólo resta ya decir algo en orden al ejercicio. Veo éste generalmente recomendado y parece que con razón. Porque, ¿qué materia hay en que el ejercicio no habilite las potencias y les preste facilidad y despejo para ejecutar con más presteza y perfección? Sin embargo, mi experiencia me hace desconfiar algo de este medio. Diez y siete años ha que estoy ejercitando la pluma en todo género de estilos, porque de todos géneros lo pedía la variedad de los asuntos, el sublime, el mediano, el humilde, el exhortatorio, el narrativo, el increpatorio, tal vez el festivo, etc., y veo bien claro que con todo este ejercicio en nada he mejorado el estilo, ni creo que nadie le hallará poco ni mucho más perfecto en mis últimas producciones que en las primeras.

Quédame, no obstante (por confesarlo todo), un leve recelo, de que en mi genio, o llámese disposición del temperamento, haya algún estorbo oculto, para que en orden a la elocuencia me sirvan los auxilios que aprovechan a otros. Sé con toda certeza que me es imposible acomodarme a la imitación de otro algún escritor. La poca y ligera lectura que por mera curiosidad he tenido uno u otro breve rato en algunos autores que han tratado de Retórica, me ha dado a conocer, con la misma evidencia, que la aplicación al uso de las reglas, en vez de ayudarme me embarazaría. Acabada la Gramática, me dieron unas pocas lecciones de Retórica, que olvidé enteramente; y si más hubiera estudiado, más procurara olvidar por la razón expresada, que me estorbaría en vez de aprovecharme. En orden al ejercicio, ya tengo dicho. Acaso otros tendrán mejores disposiciones para que la imitación, el ejercicio y el estudio, les sirvan. Pero a todos aconsejaré que no se fíen al propio dictamen en orden al concepto que deben hacer de las ventajas que han adquirido con esos auxilios. Es facilísimo engañarse cada uno a sí mismo en esta materia. ¿Cuántos, pensando que con la imitación han mejorado de estilo, le han empeorado con la afectación?

Si alguna cosa puede aprovechar en esta materia, es, en mi dictamen, el frecuentar buenos ejemplares, así en la lectura como en la conversación. Pero esto no se haga con la mira de imitar a alguno o algunos, de que resultaría los inconvenientes que he expresado. Tampoco se

ha de poner estudio en mandar a la memoria las voces o frases que se oyen o leen. Sucederá que éstas, en el contexto del que las profiere, están colocadas de modo que hacen un bello efecto, y traspuestas a otro, tendrán mal sonido. ¿Pues qué fruto se puede sacar de los buenos ejemplares sin este cuidado? No será muy mucho, pero será alguno. Insensiblemente se va adquiriendo algún hábito para hablar con orden. Sirven también las voces y frases de los buenos ejemplares que se frecuentan, no poniendo cuidado en estudiarlas ni usar de ellas. Sin eso se quedarán muchas veces en la memoria y como espontáneamente se vendrán a veces, sin llamarlas a la lengua o a la pluma. De este modo vendrán bien y caerán en su lugar, como si fuesen producciones del propio fondo. Este es, en mi sentir, el único medio que hay para ayudar en el estilo la naturaleza con el arte, porque en él toma el arte el modo de obrar de la naturaleza. Es cuanto sobre el asunto puedo decir a V. md. cuya persona guarde Dios, etc.»

### Sobre el nuevo arte del beneficio de la plata

«Muy señor mío: Recibí con mucho gusto, y leí con mucho más, el impreso intitulado: Arte del nuevo beneficio de la plata, hallado por don Lorenzo Felipe de la Torre Barrio y Lima, dueño de minas en el Asiento de San Juan de Lucanas en el reino del Perú que V. md. me hizo el honor de remitir. ¿Y qué Español no sentirá igual complacencia a la que yo siento, al ver estampada la noticia de un invento tan portentosamente útil a toda España? ¿Ni quién rehusará amar y venerar al inventor como uno de los más gloriosos y magníficos bienhechores que en toda la serie de los siglos produjo el cielo a esta monarquía?

Dice Plinio que los antiguos colocaron en el número de las deidades a algunos inventores de cosas útiles a la vida humana: Singula quosdam inventa Deorum numero addidere y aunque en todo deliró la Idolatría, creo que éste fue su menos culpable error. Con alguna apariencia se puede decir que los inventores son unos segundos criadores de los entes. La creación da la existencia a las cosas, la invención el uso; y sin el conocimiento del uso quedaría en muchas, por la mayor parte, inútil la existencia. A título, pues, de una aparente segunda creación parece que atribuyó el gentilismo a los inventores una especie de divinidad.

Si la religión nos impide atribuir a los inventores el grado de deidades, nos permite colocarlos en una clase superior a los demás hombres; y esto que la Religión permite, la razón lo persuade.

Guillermo Bulkeldio fue un flamenco que no tuvo por donde distinguirse entre sus Compatriotas, más que por haber inventado el modo de preparar los arenques, pececillo humilde, pero muy útil, para que pueda conservarse mucho tiempo. Pero esto fue un capítulo de distinción tan ilustre, y le hizo merecedor de un magnífico sepulcro, y, lo que es más, que su sepulcro fuese muy de intento visitado por el emperador Carlos V y por su hermana la Reina de Hungría, haciendo este honor a las cenizas del descubridor de aquel secreto, que no se dignaron hacer a las de alguno de tantos héroes, cuyos sepulcros brillan en muchas partes de Europa.

Y con mucha razón. Yo miro esos que el mundo llama Héroes,

denominación que ya se hizo propia de todos los que tienen la cualidad de guerreros insignes, como unas llamas elementales, que abrasan otro tanto como brillan. Y al contrario, los inventores de cosas útiles, como lumbreras de superior esfera, astros benéficos que influyen y alumbran, pero no queman.

Esas mismas minas de la América que dieron materia a la gloria de inventor que logró nuestro don Lorenzo, nos ofrecen el justo paralelo que debemos hacer entre estas dos clases de hombres famosos. Esas mismas minas de la América, digo, que dieron materia a la gloria de inventor que adquirió nuestro don Lorenzo, esas mismas fueron objeto y asunto de las proezas con que varios españoles adquirieron en el mundo el glorioso atributo de héroes. No tiene duda que estos llenaron a España de riquezas, pero después de inundar la América de sangre, no sólo de bárbaros indios, más de los españoles. ¡Qué Teatro tan lleno de lástimas ofrece a la consideración aquel gran trozo del mundo en las historias de aquellos tiempos! Con más propiedad se aplicaría a las guerras de Indios y Españoles aquel profético entusiasmo de la Sibila Cumea, bella, hórrida bella, que en el vaticinio que pronunció al héroe troyano. Batallaban los Españoles con los indios y con los españoles batallaban los indios y los elementos, y con igual furor que los elementos y los indios, unos españoles con otros. No desoló tantas Provincias la ambición en Europa, Asia y África en el largo espacio de veinte siglos, como la codicia en la América en uno sólo. Siendo tanto el estrago de los vencidos, no padecieron menos los vencedores. Ninguna gente sufrió tantas ni tan duras calamidades como aquellos conquistadores. El menor daño que recibieron fue el de las flechas enemigas. Mucho mayor destrozo hicieron en ellos el frío, la hambre, la sed y la fatiga. ¡Cuánta multitud se quedó helada en los tránsitos por aquellas altísimas nevadas cumbres! ¡Cuánta, después de devorar los propios caballos, se hizo pasto de hierbas venenosas y de las más inmundas sabandijas! ¡Cuánta, aun faltando éstas, y, por consiguiente, todo alimento, se quedó exánime por los páramos a ser pasto de aves y fieras! No sé si fue aún más lastimoso que todo esto el que en varias ocasiones unos españoles fueran pasto de otros. Así como algunos iban muriendo de hambre, con sus descarnados cadáveres daban alimento a los que restaban vivos. Pero lo que causa el mayor horror es ver ensangrentados como feroces bestias unos españoles en otros. Cuantas calumnias, perfidias, crueldades pueden inspirar la envidia, el odio, el furor, tantas se vieron recíprocas frecuentemente entre los conquistadores de la América, llegando más de una vez la enemiga rabia al extremo de prohibir la administración del sacramento de la Penitencia a los que, muy de pensado y sobre seguro, se condenaba a muerte.

Tan trágica fue la conquista de la América que hicieron nuestras armas. A tanta costa se descubrieron sus minas. No hay vena de oro o plata en ellas, que no haya hecho verter arroyos de sangre de humanas venas. El careo del hallazgo de las preciosidades de la América, que hizo la fuerza de las armas, con el descubrimiento que en orden a esas mismas preciosidades debemos hoy a nuestro don Lorenzo Felipe de la Torre, pone visible lo que dije arriba: que la gloria de los inventores es sin comparación mayor que la de los conquistadores; que aquellos son unos astros de luz pura, destinados por la Providencia a esparcir benéficos

influjos sobre la tierra; éstos fuegos elementales que, cebándose en Provincias y Reinos, como en propios combustibles, a costa de ruinas granjean sus esplendores.

Dentro de las mismas minas descubre otras minas el ingenio de D. Lorenzo, mostrando el modo de aumentar la utilidad del mineral. Digo que a su ingenio debemos este precioso descubrimiento, pues aunque él con una rarísima modestia nos insinúa, al parecer, que su invención fue como efecto de la casualidad, en el mismo rebozo de que usa su modestia, veo con bastante claridad, que el descubrimiento fue parto de su peregrina penetración. La rebeldía que experimentó en un trozo de mineral, resistiéndose éste al beneficio, por más arbitrios que discurrió para reducirle, le ocasionó el recurso a la Colpa (especie de mineral cuya descripción nos da, y en cuyo uso halló, no sólo lo que deseaba para aquél caso, más para aumentar la cantidad y mejorar de ley toda la plata que suministran las Minas). Oigamos cómo se explica sobre esta última tentativa después de experimentar inútiles todas las antecedentes.

Cuando el pensamiento -dice- se va a fondo, suele valerse de cualquiera tabla; y así, ofreciéndoseme el de echar mano del material de la COLPA, por parecerme que podría ser de algún provecho, hice con él ensayos por menor y, desde luego, reconocí su actividad. Estas expresiones suenan que el autor casi enteramente debió a la fortuna, sin intervención del discurso, este feliz encuentro, que fue un presente que la casualidad hizo a la idea: una ocurrencia no precedida de meditación alguna, sería que la mereciese, sin arrojo de la imaginativa, más que esfuerzo de la razón. Esto suenan las expresiones, porque el autor quiso servirse de expresiones que sólo esto sonasen. Mas a poca reflexión que se haga, se hallará que este descubrimiento es una de aquellas producciones que sólo se logran a influjo de los más sublimes ingenios.

Vese por el contexto de la relación, que el autor, después de experimentos vanos, para su intento, cuantos medios le sugirió su consumada pericia en el Arte del beneficio de las Minas, sin vaguear tentativamente por otros innumerables materiales que pudieron presentarse a su imaginación, únicamente echó mano de la COLPA. Ésta fue una elección de medio, la cual necesariamente supone conocimiento de su conducencia para el fin; y tal conocimiento en tal materia, aun cuando sólo le supongamos probable o conjetural, no siendo hijo de la experiencia, como aquí no lo fue, sin duda dimana de una especialísima penetración filosófica: especialísima digo, porque cuando la experiencia no previene con alguna luz, envuelta en densísimas tinieblas está la actividad de las causas y la recíproca proporción de los agentes con los pasos.

En efecto, en todo el discurso de su escrito, muestra D. Lorenzo que es un excelente filósofo. Con mucho gozo y con no poca admiración, he visto cómo reduce a un clarísimo mecanismo todas las acciones y efectos de los agentes que intervienen en la purificación de los metales: materia tan ignorada de infinitos que obtienen en el mundo el nombre de filósofos, que no pueden hablar en ella sino las voces no significantes de simpatía y antipatía. ¿Quién podría esperar de un sobrestante de minas aquél conocimiento de la filosofía corpuscular y de la espargírica que brilla en todo su escrito, y que sólo logran los que única y enteramente se dedican a estas especulaciones en la laboriosa tarea de las Academias? Ni es menos



admirable que esto, que quien está aplicado a un ministerio donde la esperanza de la utilidad suele arrastrar hacia ella toda la atención, se halle dotado de todas aquellas cualidades que constituyen un noble escritor, como son un bello método, una explicación clara, una dicción pura, una frase elegante. Ciertamente es don Lorenzo uno de aquellos pocos hombres a quienes Dios hizo, si no para todo, por lo menos para mucho.

Mas, al fin, hombres doctos, discretos, agudos y elocuentes, siempre los tuvo España y siempre los tendrá. Por esta parte no es D. Lorenzo más que uno de tantos: es una de muchas águilas; mas por su peregrino ingenio es singular y único Fénix. Un inventor célebre basta por sí solo para ennoblecer una nación entera. Pero D. Lorenzo es tal inventor, que ennoblece y juntamente enriquece a la nuestra. Y para cúmulo de su gloria hace uno y otro con tan generoso desinterés, que no sólo no pide a la Corona o a la Patria premio alguno por el gran servicio que le hace, mas positivamente renuncia el derecho que tiene para pretenderle. Mas esto mismo le hace más merecedor de él. Con mucho menor motivo han conseguido otros de sus patrias estatuas de bronce y mármol, y, de mi dictamen, de plata debía erigírsela España a D. Lorenzo, porque sirva en la posteridad para su gloria la misma materia que dio asunto a su mérito.

Nuestro Señor guarde a V. md., etc.»

### El Judío Errante

«Muy señor mío: La especie del Judío Errante, que vuestra merced me pregunta si se encuentra en algún autor clásico y qué fe merece, no en un autor sólo se halla, sino en varios, y clásicos algunos de ellos, aunque con alguna variedad en una u otra circunstancia.

El primero que, según yo entiendo, la dio al público en historia formada fue el célebre historiador benedictino Anglicano Mateo de París, al año 1229. Según éste, vino por aquel tiempo (vivía en él el mismo historiador, que lo refiere) un obispo armenio a Inglaterra, recomendado por el papa para que le mostrasen las reliquias de santos que había en aquel reino y le diesen las demás noticias que él solicitase pertenecientes al culto divino que se practicaba en él. Sobre la especie, ya entonces algo vulgarizada, del Judío Errante, y que éste andaba por las regiones orientales, pareciendo a varios curiosos que este prelado, por tener su patria, habitación y diócesis en una de ellas, no podía menos de estar algo instruido en el asunto, le hicieron sobre él diferentes preguntas, y no sólo a él, más también a sus domésticos; esto es: si había realmente tal Judío Errante, si vivía aún, por dónde andaba, qué hombre era y qué decía de sus sucesos. Respondió el prelado que dicho judío realmente existía y andaba entonces por la Armenia. Pero de sus sucesos, quien dio más específica noticia fue un doméstico del prelado, acaso porque podía explicarse mejor con los ingleses o en el idioma del país, o en el latino.

Este refería que el Judío Errante antes de su conversión, se llamaba Catafilo y había sido portero de la casa de Pilatos, con cuya ocasión, cuando sacaron a Cristo, Señor nuestro, del pretorio para crucificarlo,

para que saliese más prontamente, le dio una puñada en las espaldas, a lo cual el Redentor, volviendo el rostro, le dijo: «El Hijo del Hombre se va, pero tú esperarás a que vuelva.» El portero se convirtió luego, y fue bautizado por Ananías, que le puso el nombre de José. El sentido de la profecía de Cristo era que este judío no había de morir hasta que él viniese a juzgar vivos y muertos; la que, en efecto, en este sentido se estaba verificando, pues llevaba ya más de mil y doscientos años de vida, aunque padeciendo a cada cien años unos amagos de muerte; porque a este plazo una gravísima enfermedad le dilataba hasta representarle moribundo, pero luego sanaba y se rejuvenecía, restituyéndose al vigor y apariencia de treinta años de edad, que era la que tenía cuando Cristo murió.

Añadía el familiar del obispo, que este judío José era muy conocido de su amo y había sido convidado por él y huésped suyo, pero antes de emprender su peregrinación.

El historiador citado dice que este hombre respondía puntualmente y con severo y grave modo a las preguntas que le hacían en orden a cosas antiguas, como de los difuntos que resucitaron cuando Cristo murió y de las historias de los Apóstoles; que mostraba siempre un gran temor de que estuviese cerca el juicio final, por ser éste el plazo de su vida, y se horrorizaba cuando hacía memoria del sacrílego desacato que había cometido con el Redentor, aunque esperaba ser perdonado por la mucha parte que en él había tenido su ignorancia.

Jacobo Basnage, autor protestante, en su Historia de los Judíos, cuenta tres judíos errantes. El primero, más antiguo, llamado Samer, en pena de haber fundido el becerro en tiempo de Moisés; otro, el Catafilo de arriba, gentil y portero de Pilatos; el tercer judío, llamado Asuero, y zapatero en Jerusalén. De éste dice que el año 1547 apareció en Hamburgo, y que publicaba de sí, aunque variando nombre y tal cual circunstancia, lo mismo que los armenios, del que decían haber conocido en su tierra. Este refería que antes de su conversión se llamaba Asuero y ejercía el oficio de zapatero a la puerta de Jerusalén, por donde Cristo salió para el Calvario; en cuya ocasión, queriendo el Salvador, por sentirse muy fatigado, reposar un momento en su oficina, él, dándole un golpe, le repelió, y entonces Cristo le dijo: «Yo luego descansaré, pero tú andarás sin cesar hasta que yo vuelva»; que desde aquel punto empezó el cumplimiento del vaticinio, y se fue, continuando siempre, porque siempre andaba peregrinando, sin parar en provincia alguna. Era de estatura prócera, representaba la edad de cincuenta años, y prorrumpía en frecuentes gemidos que los circunstantes atribulan a la tristeza que le causaba la memoria de su delito.

Nuestro gran expositor Agustín Calmet, en su Diccionario bíblico, testifica tener en su poder una carta escrita de Londres por la señora Mazarino (supongo que habla de la duquesa Hortensia Mancini, sobrina del cardenal Mazarino, tan famosa por sus aventuras y trabajos como por su hermosura) a la duquesa Bulloni, en la cual se refiere que por aquel tiempo arribó un extranjero a Londres con la misma cantilena. Decía que había servido en el diván de Jerusalén cuando Cristo fue sentenciado a muerte, y pareciéndole que no salía con la priesa que él deseaba, le dio un gran empujón, diciéndole: «Despacha, sal cuanto antes, ¿por qué te detienes?» La respuesta del Señor fue la misma que se dijo arriba. Este

aseguraba (dice la señora Hortensia) que había conocido a todos los apóstoles, e individuaba las facciones y vestido de cada uno; que había peregrinado por todas las regiones del orbe, y no dejaría de peregrinar hasta el fin del mundo. Se jactaba de que con el tacto curaba los enfermos.

Sabía muchas lenguas, y refería con tanta exactitud los sucesos de todos los siglos, que todos le oían con admiración. Habiendo un caballero, insignamente erudito, hablándole en lengua arábica, al momento le respondió en el mismo idioma. Apenas se le nombraba personaje alguno famoso en los anteriores siglos, a quien no afirmase haber conocido. Decía que se había hallado en Roma cuando fue incendiada por Nerón; que había tratado con Mahoma y conocido a su padre, visto al Saladino, al Tamerlán, a Bayaceto, a Solimán el Grande, etc. Añádese en la carta que la gente simple le atribuía muchos prodigios, pero los prudentes le tenían por impostor.

El autor del Espi3n Turco (sea el que fuere, que a3n pienso que no est3 averiguado) en varias cartas hace memoria del Jud3o Errante. En la Ep3stola XXXIX del tomo II, escrita a Ibrahin y que corresponde al a3o de 1643, todo se ocupa en referir que en Par3s vio a dicho jud3o, convers3 con 3l, y le hizo mil preguntas de cosas antiguas. D3jole que su nombre era Michob-Ader, que hab3a sido portero del div3n de Jerusal3n, y todo lo dem3s que Calmet cita de la duquesa Mancina o Mazarina; que hab3a andado muchas tierras, le3do mucho, y sab3a lenguas. Con todo, el Espi3n hizo juicio de que era loco o impostor.

El mismo autor, en el tomo V, ep3stola L, escrita a Nathan-Ben-Saddi, jud3o, el a3o de 1666, le cuenta todo lo que el Jud3o Errante le hab3a dicho en Par3s tocante a los jud3os del Asia Septentrional y que cree son reliquias de las diez tribus dispersas.

El mismo, en el tomo VI, ep3stola VI, el a3o de 1672, a Guillermo le dice, a lo 3ltimo, que por todas partes se habla de un Jud3o Errante, y que en aquel tiempo estaba en Astrac3n y all3 predicaba que el cristianismo ser3a reformado el a3o de 1700. Y en la ep3stola VII, escrita a Codabafraad-Kheik, mahometano, el mismo a3o de 1672, le da cuenta de todo lo que el Jud3o Errante predicaba y vaticinaba en Astrac3n. Dice que hab3a all3 un pariente suyo (del Espi3n), llamado Fonsi, gran viajero, mercader, etc., y que de 3l hab3a recibido poco antes una carta con las noticias del Jud3o Errante.

Vaticinaba, dice el Espi3n, que hacia el a3o de 1700 de la h3gira de los cristianos inundar3an los otomanos toda la Europa, o toda la cristiandad de la tierra firme; que los cristianos recurrir3an a Inglaterra como asilo y all3 se levantar3a un gran personaje, que hecho caudillo de los cristianos, conquistar3a a Jerusal3n; que entonces los jud3os abrir3an los ojos y reconocer3an a Jesucristo por el verdadero Mes3as. Pero el Espi3n lo refiere, no lo cree.

No obstante lo cual, 3l mismo, en la carta XVII del mismo tomo, escrita el a3o de 1674 al turco Ali-Basa, a lo 3ltimo da a entender, que crey3 la profec3a del Jud3o Errante, acaso para adular a los mahometanos, pues dice de ellos que inundar3an la Europa el a3o de 1700.

Finalmente el padre Luis Babenstuber, benedictino alem3n, en un tomo dividido en tres libros, que imprimi3 en Ausburg, el a3o de 1724, con el titulo *Prolusiones academicae* en que instituye y trata cincuenta y una

cuestiones Quodlibeticas curiosas, en la prolusión XVI del tercer libro, propone la cuestión de «si, fuera de Elías y Henoch, hay en el mundo algún hombre de mayor edad o más larga vida que Matusalén». En ella, después de tratar de Ellas y Henoch, entra en la especie del Judío Errante, en que habiendo referido casi lo mismo que Jacobo Basnage, con la diferencia de decir que el que le examinó en Hamburgo, el año de 1547, se llamó Paulo Eizio, teólogo, añade lo siguiente: Visus est autem hic Judaeus ab innumeris mortalibus in multis Europae partibus, nempe anno Christi 1547 Hamburgi, anno 1575 Matriti in Hispania, anno 1599, Viennae in Austria, anno 1610 Lubecae, anno 1634 in Moscovia. Alia plura loca sciens praetereo.

Estas son todas las noticias que pude adquirir del Judío Errante. Por las cuales tiene vuestra merced que este hombre, de dos modos peregrino el año de 1229 pareció en Inglaterra; el año de 1557 en Hamburgo; el de 1575 en Madrid; el de 1599 en Viena de Austria; el de 1610 en Lubeck; el de 1654 en Moscovia; el de 1643 en París; el de 1672 en Astracán y pocos años después en Londres. Digo pocos años después, sin determinar cuál, porque Calmet no nos dice la data de la carta de la duquesa Hortensia. Pero esta señora, como consta de su Vida escrita por monsieur de Saint Evremont, en el tomo IV de sus Obras, pasó a Inglaterra el año de 1675 y murió en aquel reino el de 1699; conque en este intermedio es preciso poner la segunda aparición del Judío Errante en Inglaterra.

Pero ¿podemos dar alguna fe a estas noticias? juzgo que ninguna, moviéndome al disenso, no tanto la variedad de los escritores en algunas circunstancias, pues esto sucede también a no pocas verdades históricas muy calificadas, cuanto el que la noticia más antigua que se halla en los historiadores, es del año de 1229, data sin duda muy reciente para un hecho tan antiguo. ¿Cómo es creíble que de un suceso de tan extraña magnitud, tan peregrino, tan único en su especie, tan oportuno para apoyar la verdad de la religión cristiana contra los gentiles, no hiciese memoria alguno de los padres de los primeros siglos? Aun prescindiendo de esta gravísima importancia, porque añade un brillante de muy singular hermosura a la gloriosa pasión del Salvador, era digno el caso, no sólo de las plumas de los padres, más aún de los evangelistas.

Mas ¿cuál sería el origen de esta fábula, supuesto que lo sea? Nunca en inquirir el origen de las fábulas me fatigaré mucho, porque ordinariamente es un trabajo inútil, ya porque, aunque le tengan en algún suceso verdadero, que la ficción o mala inteligencia han desfigurado, ese suceso no ha llegado a nuestra noticia, ya porque frecuentísimamente las fábulas no tienen más principio que la inventiva de un embustero a quien se antojó fabricarlas. Y esto es comunísimo cuando el embustero tiene algún interés en ser creído, lo que, sin duda, sucede en nuestro caso. Un hombre muy hábil y sagaz, bien instruido en noticias históricas y en ocho o nueve lenguas, ¿qué vida más gustosa podría elegir que la de tunante, fingiendo ser el judío de que hablamos? Podría discurrir por todos los reinos de la cristiandad, con acceso libre aun a los solios de los príncipes, no sólo socorrido en lo necesario, más aún para lo superfluo, por personas de todas condiciones, estimuladas para ello de la curiosidad y de la piedad. ¿Qué más motivo, pues, es menester que éste, para que fingiese esta patraña el primero que la practicó y para que después le

imitasen otros bribones que quisieron hacer el mismo papel?

Pero si V. md. quiere algo más que este común principio de infinitas fábulas, digo algún principio particular de la del Judío Errante, le diré que ésta pudo tener su origen remoto en un hecho verdadero, y el próximo en otra fábula que desfiguró aquel hecho verdadero. El hecho verdadero, como conforme a la Escritura, a la tradición, y apoyado por los santos Padres, es la conservación del Profeta Elías sobre la tierra hasta el fin del mundo. Sobre este verdadero fundamento fabricaron los mahometanos una fábula, que refiere Bartolomé Herbelot en su Biblioteca Oriental, página 932, verbo Zerib, citando al autor del Nighiaristam.

En el sexto año de la hégira, después que los árabes tomaron la ciudad de Holvan o Hulvan, en la Siria, trescientos caballeros que volvían de aquella empresa, al acabarse el día, vinieron a campar entre dos montañas de aquella región. Su caudillo, llamado Fadhilah, intimó a la tropa hiciese, según el ritual mahometano, la oración vespertina, que empieza: Dios es grande, pronunciando en alta voz estas palabras. Pero no bien lo hizo, cuando las oyó repetir de un sitio donde no pareció persona alguna. Pensó al principio que fuese el eco. Mas prosiguiendo la repetición clara y distinta de todas las palabras al punto que iba prosiguiendo su oración, vino a caer en que algún personaje invisible era el repetidor. Por lo cual, dirigiéndose a él, le dijo: «Tú, que me respondes, si eres del orden de los ángeles, el Señor sea contigo; y si eres del género de los otros espíritus, te conjuro para que te vayas; mas si eres hombre como yo, hazte presente a mis ojos para que yo goce de tu vista y conversación». Al acabar de decirlo, pareció ante él un viejo calvo, con un báculo en la mano, que tenía todo el aire de un dervís o religioso mahometano; el cual, preguntado de su nombre y estado por Fadhilah, le respondió que se llamaba Zerib-Bar-Elia, y que habitaba aquel sitio por orden de Jesucristo, que le había dejado en este mundo para vivir en él hasta su segunda venida. Preguntóle Fadhilah cuándo sería la segunda venida. A lo que respondió Zerib que cuando varones y hembras se mezclasen sin distinción de sexo; cuando la abundancia de víveres no aminorase su precio; cuando los pobres no hallasen quién los socorriese, por estar totalmente extinguida la caridad; cuando se hiciese irrisión de la Sagrada Escritura, poniendo sus misterios en ridículas coplillas; cuando los templos dedicados al verdadero Dios fuesen ocupados por los ídolos, entonces estaría próximo el juicio final; y, dicho esto, desapareció.

Este cuento envuelve un manifiesto trastorno de lo que el sagrado texto dice del raptó de Elías, y de lo que, consiguientemente a él y a otros lugares de la Escritura, sienten, uniformes, cristianos y judíos, de la conservación de aquel profeta en la tierra hasta el fin del mundo. Elías tuvo aquel destino cerca de 900 años antes de la venida de Cristo y el cuento mahometano atribuye a Cristo esta disposición. ¡Horrendo anacronismo! Pero nada extraño en la crasa ignorancia de los mahometanos, los cuales, con su mismo falso profeta, en la inteligencia de la Escritura confunden tiempos y personas con la mayor extravagancia imaginable. En la sura o capítulo III del Alcorán identifica Mahoma en una misma persona a María, hermana de Moisés y Aarón, con María, madre de Jesús, Señora nuestra, siendo aquélla mucho más anterior a ésta, que Elías a Cristo. Y

en la sura XVII, según la explica su famoso comentador Galaledín, la invasión de Goliath y su ejército contra los israelitas, fue castigo de haber muerto éstos a Zacarías, padre del Bautista, y la de Nabucodonosor, de haber muerto al mismo Bautista.

A vista de estos y otros trastornos monstruosos de la Escritura, tanto del viejo como del nuevo Testamento, muy frecuentes en el Alcorán y en sus comentadores, me ha ocurrido como verisímil, que algunos mahometanos, confundiendo un Juan con otro, el Bautista con el Evangelista, aplicasen a una misma persona dos dichos de Cristo, uno respectivo al Bautista, otro al Evangelista. Dijo Cristo al bautista (Matth., capítulo XI): Ipse est Elias, qui venturus est, y del evangelista (Joan, capítulo XXI): Sic eum volo manere, donec veniam. Lo que entendieron los demás discípulos como un decreto de Cristo para la conservación de su vida hasta el juicio final. De esta confusión de diferentes personas en una misma, pudo originarse en los ciegos mahometanos la ficción o creencia de que Elías, por disposición de Cristo, está detenido vivo en la tierra hasta el juicio final.

La persuasión, pues de ser Elías de quien pronunció Cristo: Sic eum volo manere, donec veniam, abrió puerta (si queremos creerlo así) al cuento mahometano del Nighiaristan. Y este cuento, divulgado, excitó a algún picarón (mahometano acaso) la especie de atribuirse a sí mismo la disposición de Cristo para vivir hasta el fin del mundo, armado para esto con la narración que arriba se dijo del Judío Errante.

Pero vuestra merced atégase en todo caso a lo dicho arriba; que no es menester buscar en historias desfiguradas el origen de infinitas fábulas. La imaginación del hombre tiene una tan prodigiosa actividad para tales producciones, que es capaz de criar el todo de la mentira, el nada de la verdad.

Nuestro Señor guarde a vuestra merced, etc.»

Si hay otros mundos

«Muy señor mío: Si vuestra merced viviese en una aldea o pequeño pueblo, no extrañarían muchos recurriese a mi corto saber para enterarse de lo que realmente pasó en la consulta del arzobispo San Bonifacio al Papa Zacarías, y respuesta de éste sobre el error atribuido al presbítero Virgilio; porque, al fin, aunque mi saber sea corto, muchos le dan la amplitud que no tiene. Pero habitando en la corte, donde no puede menos de haber varios sujetos muy versados en la historia eclesiástica, a la cual pertenece el caso propuesto, irregular diligencia parece la de enviar la consulta desde Madrid a Oviedo. No ignoro lo que vuestra merced puede responderme, y acaso responderá, y es, que le cuesta menos trabajo escribir una carta dentro de su gabinete y enviarla por un criado a la estafeta, que ir personalmente a tal o cual comunidad o casa, a buscar a tal o tal sujeto, a riesgo de no hallarle y repetir la diligencia; siendo, por otra parte, cierto que el largo viaje que debe hacer la carta desde esa villa a esta ciudad, en ningún modo incomoda o fatiga al que la escribió. Pero, ¿quién quita a vuestra merced solicitar también por un

papel, que lleve un criado, de cualquier docto de la corte la satisfacción a su duda? Sirva esta advertencia, por si en adelante ocurriere a vuestra merced consultarme en otro asunto, pues por lo que mira al presente, el yerro, si lo fue, ya está cometido.

Entrando, pues, en materia, digo que el hecho de que se trata hizo más ruido entre los controversistas que debiera, porque los herejes se asieron ridículamente de él para impugnar la infalibilidad de los Sumos Pontífices en sus definiciones. El caso pasó de este modo: Habiendo llegado a noticia de San Bonifacio, estando este santo ocupado en el ministerio apostólico de la conversión de los infieles de Alemania, que el sacerdote Virgilio, el cual, al mismo tiempo ejercía el mismo ministerio en distinto país de la misma región, había publicado cierta doctrina en orden a los hombres habitantes de un mundo distinto del que nosotros habitamos, la cual pareció errónea a San Bonifacio, delató éste la doctrina y el autor al Papa Zacarías, quien, respondiendo al santo, condenó la doctrina como inicua y perversa, añadiéndole que si se certificase de que Virgilio enseñaba aquel error, le expeliese de la Iglesia, privado del honor del sacerdocio.

Sobre este hecho, más ha de dos siglos, empezaron a levantar el grito los herejes, y aún hoy le levantan, clamando que el Papa condenó, como error opuesto a la fe, el decir que hay antípodas, esto es, habitantes de otro continente opuesto al nuestro. Responden bien nuestros doctores, que no se trataba de antípodas en aquella cuestión. La carta en que Bonifacio delataba la doctrina de Virgilio, no sé que hoy subsista, ni impresa ni manuscrita. Pero la respuesta del Papa da bastante luz para reconocer que no hablaba de antípodas Virgilio, sino de hombres habitantes de otro globo total, distinto del que nosotros habitamos, y que, por consiguiente, no tenían el mismo origen que nosotros. Éstas son sus palabras, hablando de Virgilio: De perversa autem, et iniqua doctrina ejus, qui contra Deum et animam suam locutus est, si clarificatum fuerit, ita eum confiteri, quod ALIUS MUNDUS et alii homines sub terra sint, seu sol, et luna, hunc, habito consilio, ab Ecclesia pelle, sacerdotii honore privatum. Es claro que las voces otro mundo y otros hombres no se pueden explicar sin violencia de otro continente de nuestro mismo globo, ni de hombres descendientes del mismo padre común que nosotros. Es verdad que vulgarmente se llama a veces el nuevo mundo la América; pero es expresión impropísima, la cual, por consiguiente, es increíble tenga esa significación en la epístola doctrinal de un Papa y en el directo asunto de ella.

Pero lo que acaba de quitar toda duda, es la adición seu sol et luna, cuyas voces, cayendo también, como no deja dudas el contexto, debajo del adjetivo ahí, manifiestan que el Papa entendió la doctrina de Virgilio de hombres habitantes de otro globo, donde eran alumbrados de otro sol y otra luna. Esto es lo que responden, y bien, nuestros controversistas, a esta objeción herética. Pero yo, para que se vea más la flaqueza de ello, quiero admitirles que el Papa haya entendido que Virgilio hablase precisamente de nuestros antípodas, y que haya reprobado como doctrina inicua y perversa el afirmar que los hay. ¿Se sigue de ahí algo contra lo que afirman los doctores católicos de la infalibilidad del Papa? Nada. Los mismos herejes saben que en esta materia vale entre nosotros por muchas la

autoridad de Cano. Este ilustrísimo autor, dando solución a un argumento, que contra la infalibilidad de las definiciones pontificias se forma, de que Nicolao I, respondiendo a una consulta de los búlgaros, afirmó que el bautismo conferido precisamente in nomine Christi es válido, sobre lo cual definieron lo contrario otros papas, dice que los sumos pontífices suelen responder a las cuestiones propuestas por éste o aquél obispo, según su particular opinión, sin pretender que esto se admita como sentencia definitiva que obligue a los fieles a la creencia. Respondent enim saepe Pontifices ad privatas hujus aut illius Episcopi quaestiones, suam opinionem de rebus propositis explicando, non sententiam ferendo qua fideles obligatos esse velint ad credendum.

Este es puntualmente el caso en que estamos. Conque, aunque el papa Zacarías errase, reprobando en la respuesta al arzobispo de Maguncia la sentencia que afirmaba la existencia de los antípodas, nada obsta esto a la infalibilidad pontificia que reconocemos los católicos; siendo fácil decir que no habló ex cathedra, sino profiriendo su juicio como doctor particular y siguiendo la opinión dominante en su siglo, como también en los anteriores y en algunos de los posteriores, pues hasta que en el decimoquinto se descubrió la América, apenas, especialmente entre los cristianos, había quien asintiese a la existencia de habitantes de otro continente; porque considerando imposible la trasmigración del nuestro a aquél, juzgaban que de admitir antípodas se seguía la existencia de individuos de nuestra misma especie no descendientes de Adán, lo que es contrario a la Escritura. Todos saben que San Agustín, no por otra razón, negó que hubiese antípodas.

Esta secuela sería legítima, admitidos hombres habitantes de otro globo; pues siendo imposible el pasaje a él desde el nuestro, aquellos hombres no podían descender de Adán. Así el papa Zacarías, entendiendo en este sentido la doctrina de Virgilio, justísimamente la reprobó; pero cuál haya sido la mente de Virgilio ciertamente no nos consta. No nos ha quedado monumento alguno de este negocio, más que la respuesta del Papa a San Bonifacio. No hay tampoco en la historia eclesiástica noticia alguna del éxito de la cuestión, ni de diligencia que se hiriese para terminarla. Por la respuesta del Papa, sólo puede constar lo que le escribió San Bonifacio, mas no lo que sentía Virgilio. Vivían estos dos venerables varones, aunque dentro de una misma región, distantes cien leguas uno de otro. ¡Cuán natural es que a aquél llegasen muy alteradas las noticias de lo que éste sentía! Lo que sabemos con toda certeza es que Virgilio fue un gran siervo del Señor y un grande obrero evangélico, que convirtió a la fe de Jesucristo toda la Corintia y muchísimas almas en otras provincias; que fue, después de la delación de San Bonifacio, electo obispo de Salzburgo; y, finalmente, que está en el Catálogo de los santos canonizados por la Iglesia.

Acaso la doctrina de Virgilio, ni fue la que le atribuyen los herejes, ni la que suena en la respuesta del papa Zacarías, sino otra que se ha hecho algún lugar entre los modernos; esto es, ni habló de los antípodas, ni de los individuos de nuestra especie habitantes de otro globo, sino de individuos de otra u otras especies, bien que intelectuales, constituídos en otro u otros mundos.

Este pensamiento, como acabo de insinuar, ha enojado a algunos



modernos. Consideraron éstos, y con no leve fundamento, habitables los cuerpos planetarios. Sobre que puede vuestra merced ver lo que he escrito en el tomo VIII, discurso VII, desde el número 38 al 41 inclusive; de contemplarlos habituales pasaron a concebirlos habitados. Su motivo es meramente conjetural. Inútilmente, dicen, los haría Dios habitables para no hacerlos habitados. Esto sería poner en ellos una potencia ociosa, que nunca se reduciría a acto. Esfuerzan esta reflexión con otra. Ciertamente, añaden, si un príncipe u hombre muy poderoso edificase algunos palacios, más o menos magníficos y grandes unos que otros, nadie creería que sólo destinaba a ser habitado uno de los menores, dejando todos los demás sin otro empleo que recrear la vista de los que los mirasen de lejos. Este, dicen es el caso en que estamos. La tierra es una fábrica de mucho menor grandeza que cualquiera de los cuatro planetas superiores. Aun sacando al sol de la cuenta con la admisión precisa de que, a causa de su intensísimo ardor, no permita en su esfera algún viviente, quedan tres globos mucho mayores y más magníficos que el nuestro, capaces de ser habitados. No es creíble que Dios sólo haya querido dar habitantes a este pequeño palacio, dejando aquéllos para que sólo sirvan de objeto para nuestra vista.

Por otra parte, viendo que no podían señalar individuos de la especie humana por habitantes de los astros, porque es decisivo lo que se lee en los Actos de los Apóstoles, que dijo San Pablo predicando a los atenienses: *Fecitque ex uno omne genus hominum inhabitare super universam faciem terrae*, discurrieron en individuos de otra u otras especies intelectuales, y juntamente corpóreas, incógnitas, a la verdad, pero con suma verosimilitud consideradas posibles; porque aunque nosotros no conozcamos otras criaturas compuestas de cuerpo y espíritu que las de la especie humana, no se puede sin temeridad pensar que en los senos de la posibilidad no las haya, o lo que es lo mismo, que Dios no pueda producirlas. Si no viésemos en el mundo más que una especie de brutos, creerían muchos que ni entre los posibles había otra. Y no veo más repugnancia en que haya muchas especies de animales intelectuales, que en que haya muchas de animales brutos. Hagamos otro paralelo. Si no nos constase, ni por revelación ni por tradición, más que la existencia de una especie angélica, creerían muchos que ni entre los posibles había más que una especie de espíritus puros; y sólo sabemos que hay muchos posibles, porque sabemos que hay muchos existentes. Preguntaré yo: ¿qué más repugnancia se encuentra en que haya muchas especies de espíritus no puros o espíritus informativos de cuerpos orgánicos, que en que haya muchos espíritus puros? Clemente Alejandrino, Orígenes, Tertuliano y otros padres, que concibieron los ángeles corpóreos, erraron, sin duda, en ello; pero no erraron en considerar posibles espíritus de muchas especies distintas de la humana y ni formativas de cuerpos; y así, nadie los impugna por este medio.

Supuesta la imposibilidad de estos espíritus, o de animales de especie o especies distintas de la humana, no sólo la Escritura, que nos enseña que todos los individuos de nuestra especie descienden de Adán, mas también la filosofía, dicta que los pobladores de estos mundos no pueden ser de nuestra especie, sino de otras diversas. La razón es porque, como advertí en el discurso de la Corruptibilidad de los cielos, hay señas claras de que todos los cuerpos planetarios son de distinta constitución y

temperie que el globo terráqueo; por consiguiente, en ninguno de ellos podría vivir cuerpo animado alguno de la misma especie que los que sustenta nuestro globo. Pongo por ejemplo: la luna no tiene atmósfera sensible; de aquí se infiere con evidencia, que cualquier animal que de nuestro globo se trasladase a ella, perecería al momento, como todos perecen en la máquina neumática por faltarles allí esta atmósfera gruesa donde respiramos.

Es, pues, forzoso que los habitantes de los cuerpos planetarios tengan unos cuerpos de diversísima temperie y organización que los nuestros, a cuya diversidad específica de organización y temperie corresponden también, según buena filosofía, almas informantes de diversa especie. Diversa organización específica pide diversa forma informante, por cuya razón la organización específica de un bruto, no sólo es capaz de ser informado del alma racional, mas ni aun del alma sensitiva de otro bruto de distinta especie.

De este sistema es dependencia consiguiente que los habitantes de los planetas sean, no sólo de diversa especie que la humana, más también de diversidad específica, recíprocamente entre sí mismos, los que habitan diversos globos, pues los mismos globos son, en constitución y temperie, no sólo diversos de nuestro globo, mas también recíprocamente entre sí mismos. Y a esta proporción se debe discurrir, que cuanto los cuerpos planetarios sean más o menos diversos de nuestra tierra, sean también los habitantes de cada uno más o menos diversos de nosotros. Pongo por ejemplo: el planeta Marte es, como he dicho en el citado discurso, el que más simboliza con nuestro globo. De ahí es razón conjeturar que sus habitantes sean menos diversos de nosotros que los que moran en los demás planetas. Por la misma razón, tomada inversamente, es preciso que los habitantes del sol, si hay en el sol habitantes, sean sumamente diversos de nosotros, porque el intensísimo ardor del sol sólo puede permitir vivientes de una temperie y organización diversísima de la de todos los vivientes sublunares.

Los antiguos, que daban habitación a los astros, no sólo los ponían poblados de vivientes intelectuales, mas también de brutos y aun de plantas. No sé si dan esta extensión al sistema los modernos, porque ninguno he visto de los que tratan de intento esta materia, y ello, mirado por sí, es cosa de pura adivinación. Pero lo que se puede asegurar como cierto es, que si en los astros hubiese brutos y plantas, serían de otra clase diversísima de los brutos y plantas que hay por acá, por la razón que he dicho, de la diversísima constitución, naturaleza y temperie de aquellos globos.

Esto es, expuesto a mi modo, lo que he concebido de este sistema. Si vuestra merced me pregunta qué siento de él, digo que en cuanto a la posibilidad, no hallo el menor tropiezo; que en orden a la existencia, le juzgo un sueño bien concertado, y nada más. El fundamento en que estriba, sobre ser meramente conjetural, tiene la nulidad de ser una intrusión temeraria en los designios de la divina Providencia, como si sus soberanas ideas se hubiesen de ajustar a nuestras imaginaciones. ¡Qué discurso tan inepto de que los globos celestes estén desiertos, inferir que Dios sólo los hizo para objeto delicioso de nuestra vista! ¿De dónde consta que no tengan otro empleo? ¿De que no sabemos cuál es? Bella prueba. De dos, que

son el sol y la luna, se sabe el uso importante que ejerce respecto de nosotros; el sol, la iluminación y el influjo; la luna ciertamente ilumina, y probablemente influye. De los demás astros es tensísima la iluminación y muy dudoso el influjo. Pero aun cuando, respecto de nosotros no ejerzan algún oficio muy útil, ¿no podrán tener otros muy importantes a la constitución del universo? Sería sumamente necio el que entrando en la oficina de un arte que enteramente ignora, y viendo en ella varios instrumentos, cuyo uso conoce, sin otro motivo los condenase por inútiles. El símil no necesita de aplicación.

Tiene vuestra merced en esta respuesta mía más de lo que pedía la pregunta. En materia de erudición soy liberal de lo poco que tengo, y siendo pobre, me porto como rico.

Nuestro Señor guarde a vuestra merced. Oviedo, etcétera.»

### Causa de Savonarola

«Muy señor mío: Ya, con la que acabo de recibir, son tres las cartas en que vuestra merced me estimula a rebatir al religioso, valenciano, nuevo apologista de Savonarola; y yo puedo responder a ésta, lo mismo que a las dos antecedentes, que ni he visto esa apología, ni la veré, porque no pienso gastar dinero en su compra y tiempo en su lectura. Dícame vuestra merced, acaso para excitar mi sentimiento, y provocarme por este medio al combate, que ese religioso, en el modo de impugnarme, dista mucho de la moderación y urbanidad que yo observo en semejantes escritos. Pero eso está muy lejos de moverme. Si él es destemplado y yo contenido, tanto peor para él, y tanto mejor para mí, Ya por las noticias que dan nuestros diaristas matritenses de algunas pendencias literarias que ha tenido, comprendo que es de genio algo requemadillo; pero esto, no tanto debe excitar la ira, como la compasión de los mismos con quienes lidia. Algo hará padecer a éstos, pero él padecerá mucho más que ellos. Un natural adusto es un tormento de por vida del sujeto.

Aunque he dicho que puedo responder a la última de vuestra merced lo mismo que a las dos antecedentes en orden a no haber visto esa apología de Savonarola, puedo, no obstante, decir también que ya en algún modo la he visto de poco tiempo a esta parte; esto es, no en ella misma, sino en la recopilación que hizo de ella el reverendísimo y doctísimo padre maestro fray Miguel de San José, y en el segundo tomo de su Bibliografía crítica (verbo Hieronymus Savonarola). Habiendo el reverendísimo padre San José manifestado en varias partes de su obra, que es muy amigo del autor de la apología, se debe creer que en la recopilación, no sólo no omitió alguno de los fundamentos que podían hacer alguna fuerza a favor de la opinión de su amigo, mas también los representó con toda la energía que les pudo dar. Sin embargo, al fin deja la cuestión indecisa, sin atreverse a resolver, ni por la inocencia, ni por la culpa de Savonarola; lo que verisímilmente puedo interpretar a mi favor, porque teniendo la parte contraria ganada la gracia del juez, sólo la superioridad de mi razón pudo retraerle de pronunciar la sentencia. Y realmente esta indiferencia se debe reputar una mera cortesanía que observa con el apologista, pues antes se había

explicado contra Savonarola, diciendo que de derecho se debe presumir la equidad de los jueces que le condenaron, aunque no proponerse como irrefragable o infalible: *Quorum aequitas jure praesumi debet, sed non proponi, aut praedicari velut irrefragabilis, aut infallibilis*. Desde luego me contento con esta decisión, pues yo nunca he pretendido que fuese infalible la justicia de aquella sentencia. Fueron hombres los que testificaron la culpa, fueron hombres los que decretaron la pena; por consiguiente, no incapaces ni unos ni otros de error o dolo. En toda sentencia contra cualquiera delincuente hay esta absoluta falibilidad. Pero esto no obsta a que todas las que se pronuncian, observando las solemnidades esenciales del derecho, sean acreedoras a un positivo, prudente y racional asenso, si contra la justicia de ella no hay por otra parte argumentos concluyentes.

Pero, ¿qué argumentos hay contra la justicia de la sentencia de Savonarola? Bien lejos de ser concluyentes, los más miserables del mundo. Cita, lo primero, el nuevo apologista muchos escritores, que defienden o elogian a Savonarola. Esto, respecto de otro reo, podría significar algo. Respecto de Savonarola, nada. Tenía este religioso a su favor dos poderosísimos partidos, el de una gran religión y de un gran reino, aquél por la profesión, éste por coligación política. Tenía muchos y poderosos amigos dentro de la misma Italia; y en fin, todos los enemigos del papa Alejandro VI, que eran innumerables, estaban interesados en la justificación de Savonarola. ¿Cómo a un hombre de tales circunstancias podían faltar defensores, por delincuente que fuese? Es verdad que el apologista cita algunos autores desapasionados a favor de Savonarola, pero éstos son bien pocos, y es verosímil, que aun para juntar esos pocos, por encargo suyo, los que tienen el mismo interés que él, registrasen en varios lugares y provincias muchas bibliotecas. Yo cité contra Savonarola los autores que hallé a mano, y éstos son bastantes. Si escribiese a varias partes, como pude, solicitando noticias de otros autores al mismo fin, creo podría estampar un larguísimo catálogo. Añádese que los más de los escritores, que defienden a Savonarola, siguieron la apología de Juan Francisco Mirandulano, condenada después por la inquisición de España.

Lo segundo, procura el apologista sostener la legitimidad de la carta de san Francisco de Paula, que se alega a favor de Savonarola, contra las pruebas de suposición que propuse en el prólogo apologético del tercer tomo del Teatro, alegando el testimonio de Vicente María Perrimecio, exaltado de la religión de los mínimos al arzobispado Bostrense; el cual certifica, que el original de aquella carta tiene el sello de la orden, de que se infiere que no es supuesta. Pero un hecho, que al mismo tiempo confiesa, no pudiendo negarle este autor, arruina enteramente la pretensión del apologista. Es el caso, que la colección de cartas de san Francisco de Paula, o atribuidas al Santo, y publicadas por el padre Francisco de Longobardis, el año de 1655, en que está incluida la que se cita en favor de Savonarola, fue condenada por la santa congregación del Índice, el año 1659.

Para librarse de este mal paso el autor, dice, que aquella colección de cartas fue condenada por el motivo de tener muchas cosas apócrifas, falsas y fingidas; pero que de esta misma expresión se infiere que no todas las que hay en ellas son tales, a que añade que en muchas de

aquellas cartas, esto es, en las originales, se reconoce el sello de la orden.

Pero bien. ¿De qué sirve esta distinción entre las cartas que tienen el sello de la orden y las que no le tienen, si el sello no sirvió para que la sagrada congregación del Índice no envolvese en la condenación unas con otras? O el sello es una especie de salvaguardia o recomendación, que exime las cartas que le tienen de la nota de contener cosas apócrifas y falsas, o no. Si lo primero, la sagrada congregación debió discernir entre unas y otras, dejando a salvo las del sello, y no confundirlas en la condenación con las demás. Si lo segundo, carecen de toda autoridad para determinar por ellas la cuestión en que estamos y otra cualquiera. Cada carta es una pieza distinta, que debe examinarse por sí misma, si merece nota o no; por consiguiente, siendo en aquella colección muchas cartas instruidas del sello de la orden, o éste las hace más respetables que las otras, o no. Si lo primero, no pudo la congregación menos de hacerlas examinar con particular cuidado, y si habiéndolo hecho, con todo las envolvió en la condenación con las demás, dignas de ella la reconoció sin duda; si lo segundo, el que tengan el sello, ninguna autoridad particular les da para hacer argumento con ellas.

Que el que la sagrada congregación haya declarado que en aquella colección de cartas hay muchas cosas apócrifas y falsas, no infiere que todo el contenido de ellas lo sea, es muy cierto, pero juntamente muy inútil para la cuestión; porque aunque aquella condenación no falsifique las cartas en todo por lo menos, las desautoriza para todo. Cuando aquel santo tribunal, y otro cualquiera que tiene semejante autoridad, condena en un libro tal o tal posesión determinada, queda el libro indemne en todo lo demás, y en aquel grado de aceptación que los eruditos dan al ingenio y doctrina del autor, y en este grado puede citarse o alegarse el libro en todo aquello que no está condenado: pero cuando el libro se condena por entero, con el motivo de que contiene muchas cosas apócrifas y falsas, así como queda vedada enteramente su lectura, queda también postrada enteramente su autoridad. Es ciertísimo que no todo lo que escribieron Lutero y Calvino, y aun el mismo Mahoma, es falso. ¿Sería por esto tolerable que una nueva cuestión teológica, que empezase a agitarse entre nosotros, se alegase como de alguna importancia un pasaje de Mahoma, Lutero o Calvino?

Yo extraño mucho (y al mismo paso lo siento), que por el empeño de defender a Savonarola, se arriesgue, o el crédito del santísimo patriarca San Francisco de Paula, o el de la sagrada congregación del Índice. Una de las dos cosas es precisa; porque si el sello de aquellas cartas asegura que fueron obra del Santo, o éste en ellas escribió varias cosas apócrifas y falsas, o la sagrada congregación les impuso esta nota injustamente. ¿No sería más racional, y juntamente más cómodo, discurrir que aquellas cartas fueron supuestas al Santo, y el sello contrahecho por alguno de tantos impostores, como tiene y tuvo siempre el mundo, pues con esto quedaría puesto en salvo el crédito del Santo y el acierto de la sagrada congregación? ¿Quién no lo ve? ¿No debe ser hartos más precioso para cualquiera que tenga la piedad cristiana en el punto debido, el honor de aquel ilustre santo y de este venerabilísimo congreso, que el de un religioso particular, cual fue Savonarola? ¿Qué dictan, pues, la piedad,

la razón, la religión, sin que procuremos salvar aquellos, y dejemos el crédito de Savonarola a su buena o mala suerte?

Ni se me diga que la suposición de carta y sello es una quimera, o por lo menos un accidente totalmente inverosímil. No lo es; pues lo que sucedió a San Bernardo, pudo suceder muy bien a San Francisco de Paula. ¿A San Bernardo? No hay cosa más cierta. En dos cartas escritas al Papa Eugenio III, que son la 284 y la 298, según el orden de la edición de Mabillon, testifica el mismo santo que un notario contrahizo su sello y usó de él para escribir muchas cartas fingidas y llenas de patrañas, en su nombre, a varios sujetos, entre ellos al mismo Papa Eugenio. ¿Por qué no podría, pues, padecer la misma alevosía San Francisco de Paula?

Finalmente, yo en ningún modo me intereso en la cuestión de si esas cartas son o no del santo. Para mi intento basta que estén condenadas por la santa Congregación. Sean de quien fueren, pues con ese grande borrón sobre sí, ya no sirven, ni pueden alegarse, ni para la defensa de Savonarola, ni para otro algún asunto. Los hijos de aquel santo patriarca verán si deben tolerar que el honor de su fundador se exponga para salvar la fama de un particular de otra orden.

Opóneme, lo tercero, el apologista, como argumento ad hominem, que la confesión que hizo Savonarola en la tortura no le prueba delincuente; pues yo tengo escrito y probado (en el tomo VI del Teatro crítico, discurso I) que la tortura es un medio sumamente falible para la averiguación de los delitos: Pero esta objeción sería del caso, si yo hubiese probado los delitos de Savonarola con la confesión que él hizo en la tortura. No habiendo alegado tal prueba, el argumento es totalmente fuera de propósito.

Finalmente, pretende que los que fueron diputados para examinar la causa de Savonarola eran enemigos suyos. Yo no sé si por estos examinadores entienden los mismos jueces que pronunciaron la sentencia, y parece que así debe ser; porque en todo tribunal examinan el delito los mismos que han de juzgar al reo. Ahora bien, los jueces deputados por el Papa para la causa de Savonarola fueron, el general de su orden y el obispo Romulino. Creo que a favor de éste, la dignidad episcopal basta para fundar un prudente juicio de que por ninguna pasión humana incurriría en la horrenda iniquidad de condenar a muerte a un inocente. Pero, sea lo que fuere de éste, ¿a quién se hará creer que su propio general cometió tan grave maldad? Pudieron, a la verdad, los testigos, por enemistad que tuviesen con Savonarola, deponer contra él falsamente. Pero, ¿no le darían en este caso los jueces lugar a la recusación, y no la admitirían, siendo legítima?

Mas, ¿para qué me canso en satisfacer objeciones vanas? Es evidente que cuanto se ha dicho hasta ahora en favor de Savonarola, cuanto se dice y cuanto se podrá decir en adelante, todo es querer con un puño de polvo obscurecer la luz meridiana en todo un hemisferio. Hablo con toda esta satisfacción, porque a lo menos dos delitos gravísimos de Savonarola fueron de pública notoriedad; y así, ni sus mismos defensores se atreven a negarlos. Uno fue, su inobediencia y desprecio a el precepto y censuras pontificias con que se le había mandado abstenerse de la predicación. Otro, haber solicitado ardientemente, que el rey de Francia, Carlos VIII, entrase con ejército en Italia a subyugar sus provincias, con el pretexto

de reformar la corte de Roma y costumbres de los eclesiásticos. De este segundo y enormísimo delito, cuando no constase por otra parte, hace entera fe Felipe de Comines, que vale en esta materia por mil testigos, por su acreditadísima sinceridad, y porque siendo de la íntima confianza del rey Carlos, no pudo padecer error en el asunto. Así, pues, pudo ser que los enemigos de Savonarola falsamente le imputasen otros delitos; pero los dos expresados están puestos fuera de toda duda. El primero, convengo en que no mereció el acerbo castigo que se le aplicó. Del segundo, júzguenlo los legistas. Quedo a la obediencia de vuestra merced, etc.»

#### Ingrata habitación la de la Corte

«Muy señor mío: Supone V. S., y supone bien, que me sería fácil dejar este país y fijar mi habitación en la corte, si lo desease. En consecuencia de lo cual, admirándose de que no lo solicite y ejecute, me pregunta por qué quiero vivir en este retiro. A lo que, siendo yo escritor de profesión, pudiera satisfacer con la respuesta de Horacio.

*Scriptorum chorus omnis amat nemus et fugit urbes.*

Porque al fin, aunque el pueblo que habito no puede decirse desierto, respecto de una corte poco desdice de soledad. Pero más me cuadra la respuesta lacónica de que quiero vivir en este retiro porque quiero vivir.

De un hombre ilustre llamado Similis, que fue prefecto del Pretorio en tiempo del emperador Adriano, refiere Xifilino que, habiendo hecho voluntaria dimisión de aquella magistratura, se retiró a la campaña, donde vivió siete años de persona privada; y viendo al fin de ellos acercársele la muerte hizo este epitafio para que se le pusiese en el sepulcro: Aquí yace Similis, que murió de una edad muy larga, pero sólo vivió siete años. Miraba aquel romano la vida áulica como un estado que más tiene de muerte que de vida, y del mismo modo la miro yo.

En el derecho civil los esclavos son reputados por muertos: *Servi pro nullis habentur*, dijo el jurisconsulto Ulpiano; y en otra parte, el mismo: *servitutem mortalitati fere comparamus*. ¿Y que es la vida cortesana sino una mal disfrazada esclavitud? Compónense las cortes de los que gobiernan y de los que pretenden. Y considero que hay una recíproca esclavitud de unos a otros. Los pretendientes son esclavos de los gobernantes, y los gobernantes de los pretendientes. Aquellos, porque ni aun de su propia respiración son dueños, debiendo compasarla según supersticiosamente adivinan, sea más grata al ídolo que veneran; éstos, porque por más que los opriman, sofoquen, angustien las inoportunidades de los pretendientes, se ven por mil motivos precisados a suplirlos, como el más vil esclavo al más imperioso dueño. De suerte que parece que una misma cadena, atando a unos con otros, ata a unos y a otros. Y sea norabuena cadena de oro la que aprisiona a los que mandan; otro tanto será más pesada; lo que sucedió a la infeliz reina Zenobia, que padeció mucho más que los demás esclavos en el triunfo de Aureliano, porque iba ceñida con cadena de oro y los demás sólo de hierro.

Hágome cargo de que, puesto en la corte, no me aprisionaría una ni otra cadena, porque mi demérito me aleja tanto del riesgo de mandar como mi genio del de pretender. Pero temo otra que acaso no sería menos pesada

que aquellas. Ésta es la que me echaría auestas la importunidad de los preguntadores y con que me atarían, no sólo el cuerpo más también el alma. La tal cual aceptación que han logrado mis escritos ha impreso a muchos un concepto de mi ciencia muy superior a la realidad de ella, pensando que sé mucho más de lo que sé, y aún tal vez más de lo que nadie sabe. Considerándome, pues, como que podría satisfacer todo género de dudas, lloverían sobre mi consultas a todo momento. Conque me vería precisado a estar al poste todo el día ejerciendo un magisterio sumamente laborioso sin sueldo alguno.

De esto hice experiencia el año de 28, que me detuve en Madrid un mes, y todo él estuve, sin intermisión, padeciendo esta impertinencia. Y era cosa de ver las cuestiones extrañas y ridículas que me proponían algunos. Uno, por ejemplo, dedicado a la historia, me preguntaba menudencias de la guerra de Troya, que ni Homero ni otro algún antiguo escribió. Otro, encaprichado de la quiromancia, quería le dijese qué significaban las rayas de sus manos. Otro, que iba por la física, pretendía saber qué especies de cuerpos hay a la distancia de treinta leguas debajo de tierra. Otro, curioso en la historia natural, venía a inquirir en qué tierra se crían los mejores tomates del mundo. Otro, observador de sueños, quería le interpretase lo que había soñado tal o tal noche. Otro, picado de anticuario, se mataba por averiguar qué especies de ratoneras habían usado los antiguos. Otro, que sólo era apasionado por la historia moderna, me ponía en tortura para que le dijese cómo se llamaba la mujer del Mogol, cuántas y de qué naciones eran las mujeres que el persa tenía en su serrallo. Digo, porque vuestra señoría no tome esto tan al pie de la letra que, o estas u otras preguntas tan impertinentes o ridículas como estas venían a proponerme algunos. Si cuando no había dado a luz más que dos libros padecía esta molestia, ¿qué sería ahora, cuando los libros se han multiplicado, siendo natural que por la mayor variedad de materias que en ellos toco me atribuyan mayor extensión de ciencia para resolver todas sus dudas por extravagantes que sean? ¿Y esto sería vivir?

Me ocurre ahora que los filósofos definen la vida actual movimiento ab intrinseco, diciendo que el viviente es el que se mueve ab intrinseco, de tal modo, que ese movimiento no se haga por determinación de otro agente distinto, ita ut motus ille ex alterius determinatione sit; y aunque algunos proponen otras definiciones, casi todas, en cuanto a la sustancia, vienen a coincidir a lo mismo. Si tomamos esta definición en sentido algo lato, hallaremos que habiendo tantos millares de habitantes en las cortes son muy pocos los vivientes que hay en ellas, porque son pocos los que se mueven por la atracción del príncipe, y esos mismos atraen a otros que son pretendientes respecto de ellos, y de este modo va bajando la atracción y el movimiento hasta los ínfimos. De modo que en las cortes se ve una representación del sistema newtoniano del universo, en que con la virtud atractiva los cuerpos mayores ponen en movimiento a los menores, y tanto más, cuanto es mayor el exceso y menor la distancia. Y como en las cortes están tan inmediatos los grandes a los pequeños, es mucho mayor el movimiento que dan aquellos a estos que el que pueden dar a los pequeños que están alejados por las provincias. De aquí viene a verse a cada paso sujetos que, viviendo lejos de la corte, no los mueve o mueve poco la ambición a pretender, y transferidos a la corte, la cercanía de



los mayores les agita fortísimamente. ¿Y qué sé yo si a mí me sucedería lo mismo? En todo caso, bonum est nos hic esse; mayormente, cuando, aunque no me moviesen por este camino, no me dejarían reposar por el que insinué arriba, y acaso por otros, siendo inverosímil que no sólo me inquietarían los curiosos como erudito, mas tal vez también los pretendientes como medianero.

Pero aunque todo lo dicho basta por sí mismo para hacerme displicente la habitación de la corte, mucho más me la hace odiosa por una como necesaria resulta que tiene; y es que donde hierven las pasiones hierven ciertas especies de vicios, con quien tengo especial ojeriza. La hipocresía, la trampa, el embuste, la adulación, la alevosía, la perfidia. Aborrezco la hipocresía, no sólo por razón, más aún por instinto, o llámese, si se quiere, antipatía.

Y nadie podrá negarme que donde concurre una multitud de pretendientes concurre una copiosa turba de hipócritas. ¿Qué es un pretendiente, sino un hombre que está pensando siempre en figurarse a los demás hombres distinto de lo que es? ¿Qué es sino un farsante, dispuesto a representar en todo tiempo el personaje que más le convenga? ¿Qué es sino un Proteo, que muda de apariencias según le persuaden las oportunidades? ¿Qué es sino un camaleón que alterna los colores como alternan los aires? ¿Qué es sino un ostentador de virtudes y encubridor de vicios? ¿Qué es sino un hombre que está pensando siempre en engañar a otros hombres? Es verdad que son muchos los que le pagan en la misma moneda; esto es, aquellos mismos que busca como arquitectos de su fortuna. Él miente virtudes y a él le mienten favores. Él va a engañar con adulaciones, y a él le engañan con esperanzas.

Éste es el comercio más válido y casi general en las cortes. Esta es la moneda que en ellas circula sin cesar. Moneda falsa, pero ninguna más corriente. No sólo corre, vuela; propiamente moneda de soplillo, porque toda es aire. Es un tráfico de embeleco, en que con comisiones engañosas se compran benevolencias aparentes. De una y otra parte intervienen promesas vanas. El poderoso hace esperar beneficios y el dependiente agradecimientos.

Pero de quienes se hallan al fin más burlados los pretendientes, no es de los que mandan, sino de ciertos faranduleros que hay en las cortes, a quienes creen que tienen introducción con los que mandan. Estos son unos vilísimos estafadores, hambrientas arpías, sedientas sanguijuelas que a los pobres incautos que de las Provincias acuden allí a sus pretensiones, a poco que se descuiden les chupan hasta la última gota de sangre, y al mismo tiempo que les persuaden, los harán bien recibidos en Palacio, insensiblemente los van llevando al hospital. Y lo más admirable en esto es que haya algunos tan neciamente crédulos que se dejan persuadir a que son capaces de levantarlos a mejor fortuna, los que no aciertan a mejorar la propia; necedad que coincide con la de aquellos que creen que son dueños del secreto de la Piedra filosofal; unos vagabundos que apenas tienen lo necesario para librarse del hambre. Sin embargo, no falta quien espera que le granjee cuatro mil ducados de renta quien no puede adquirir para si cuatrocientos; o que le introduzca en el gabinete quien no se atreve a subir a la antesala.

Mas todo lo dicho es nada en comparación de lo que pasa entre los

mismos pretendientes, sobre el empeño de desembarazarse recíprocamente unos de otros. El que ve a su lado un concurrente que puede disputarle la plaza a que él mismo aspira, ¿qué máquinas no mueve para desbaratarle? Todas sus acciones acecha y aún se adelanta a adivinarle los pensamientos. Estudia toda su vida, desde el nacimiento hasta la hora presente. Indaga quiénes fueron sus padres y abuelos, por si en su genealogía puede encontrar nota que le infame. Por medio de algún tercero procura indagar sus secretos para hacerlos públicos, poniéndoles a la margen las más odiosas interpretaciones. Consulta si puede a sus mayores enemigos, tomando de ellos los informes de vita et moribus. No hay escondrijo que no examine, ni noticia que no apunte de cuantas pueden servirle para echar a perder su reputación. ¿Y esto para qué? Para verterlo por sí o por sus emisarios en calles, plazas y paseos.

No dudo yo que hay muchos pretendientes timoratos y honestos que buscan su fortuna por medios permitidos. Doy que la mitad de ellos sean de esta clase. Siempre quedan fuera de ella los bastantes para llenar la corte de chismes e incomodar con ellos casi todas las conversaciones, aun las que se ejercen en los más solitarios retiros, porque los pretendientes todo lo andan.

Todo lo que hasta aquí he expuesto me enfada en la habitación de la Corte. Pero aún no he expuesto todo lo que me enfada. Falta una partida de gran consideración. Yo no sé si lo influye la Corte por ser Corte, o si por vía de contagio se comunica en la Corte. Hay un vicio de los pretendientes que se ha hecho común y como transcendente aún a los cortesanos, que no son pretendientes. Hablo de las expresiones fingidas de amistad o cariño. Si se cree lo que en esta materia se oye en la corte, se juzgará que aquella vecindad se compone de los genios más bellos, más dulces y más sociables del Mundo. Digo lo que vi muchas veces. Encuétranse dos personas en la calle o en el paseo, sin más conocimiento de uno a otro que el preciso para saludarse. ¿Y se contentan con saludarse? Nada menos. Recíprocamente se esmeran en las más expresivas protestas de una cordialísima amistad o un amor muy fino. Y esto no pocas veces se practica entre personas que no sólo se miran con una perfecta indiferencia, más aún, con positivo desafecto. Vi algunos de estos encuentros en ocasiones que yo acompañaba a este o aquel sujeto de bastante carácter, y en que, después de los más tiernos requiebros de parte a parte, luego que se separaban, el sujeto a quien yo hacía compañía, en confianza me manifestaba, que el otro a quien había requebrado, era uno de los que más le enfadaban en la Corte. No dejaba yo de significarle cuánto extrañaba, y aun cuánto me desplazaba un defecto tan grave de sinceridad. Pero a esto se me respondía que ése era el estilo de la corte. Será, según eso, replicaba yo, el estilo de la corte el dolo, la simulación y el embuste. No, me respondía, que aquello se tornaba por mera ceremonia, que nada significaba; y así, ni el otro le creía las expresiones de amor que le había hecho, ni él al otro las suyas. Pues si esos requiebros de nada sirven, respondía yo, ¿por qué no hablan unos hombres a otros como se deben hablar los hombres y no como hablan los jovencitos a las damiselas? -Porque este es el estilo de la corte, se me volvía a responder.

Sin embargo, yo con algún escrúpulo quedaba de que esta respuesta no

era más sincera que las ternuras cómicas que acababa de oír a los dos fingidos enamorados. Y me inclinaba bastante a pensar que recíprocamente tiraban a engañarse y acaso cada uno quedaba satisfecho de que había engañado al otro. Mucho tiempo ha tengo observado que una de las más comunes simplezas de los hombres es tener a los demás por simples. Todos los mentirosos por hábito, padecen esa simpleza, pues sólo en la confianza de la corta capacidad de los oyentes pueden esperar ser creídos, aun cuando las mentiras carecen de toda verisimilitud. En la materia en que estamos, se ve esto claro. ¿En qué puede fundar un hombre la esperanza de ser creído cuando a otro hombre a quien no debe servicio o beneficio alguno, le dice que le ama finamente, sino en el concepto que ha hecho, de que tal es sumamente inadvertido?

No niego yo que también fuera de las cortes hay los vicios que he representado como propios de las cortes, porque los hombres en todas partes son hombres, pero mucho más infrecuentes, porque son mucho más infrecuentes las ocasiones y los motivos. Como las cortes son los teatros donde la fortuna principalmente reparte sus favores o aflige con sus desdenes, también en ellas principalmente la condición humana influye la envidia, la emulación, el odio, la detracción, el embuste, las amistades fingidas, las alevosías verdaderas, los despechos, las desesperaciones y otros mil desarreglados afectos, que a quien como yo nada espera o solicita en la Corte, no puede menos de ocasionar mucho enfado. Nuestro Señor guarde a V. S. muchos años, etc.»

Si es racional el afecto de compasión respecto de los irracionales

«Muy señor mío: Lo que vuestra merced llama curiosidad agradezco yo como favor. Dice V. md. que entre varias particularidades de mi genio de que le informaron uno y otro sujeto de los que me han tratado, a una sola ha dificultado el asenso por no hallarla correspondiente al concepto que tiene hecho de mi persona; en consecuencia de lo cual, de mí espera saber la verdad. Digo que esta curiosidad agradezco como favor. Lo uno porque la contemplo indicio seguro del buen afecto que le debo, siendo cierto que el gusto de los hombres no se interesa en noticias tan individuales y menudas, sino respecto de hombres de quienes hacen alguna especial estimación, mirando con indiferencia cuánto de esta clase pertenece a aquellos que mira con indiferencia. Lo otro porque el deferir a mi informe en orden a una noticia que en caso de ser verdadera, no me la considera vuestra merced ventajosa o favorable, supone en V. md. un concepto muy firme de mi veracidad. Vamos al caso. Pintaron a V. md. mi genio tan delicadamente compasivo, que no sólo me conmueven a conmiseración los males o infortunios de los individuos de la especie humana, más aún los de las bestias. Y el motivo por que V. md. dificulta el asenso a esta noticia, es porque ella le representa un corazón afeminado, estando V. md., hasta ahora, en la persuasión de que le tengo muy valeroso, por las pruebas que he dado de fortaleza de ánimo, en la firmeza con que me he mantenido contra tantos émulos como me han atacado y aun sin cesar me están atacando.

Es cierto, señor mío, que mi genio en la propiedad de compasivo es cual a vuestra merced se le han pintado. De modo, que no veo padecer alguna bestia de aquellas que en vez de incomodarnos nos producen varias utilidades, cuales son casi todas las domésticas, que no me conduela, en algún modo, de su dolor; pero mucho más cuando, sin motivo alguno justo, sólo por antojo o capricho, las hacen padecer. Cuanto advierto que están para torcer el pescuezo a una gallina, o entrar el cuchillo a un carnero, aparto los ojos por no verlo. Pero esta compasión no llega al que acaso algunos llamarían necio melindre y otros grado heroico de conmiseración, de meterme a medianero para evitar su muerte. Veo que ésta es conveniente, y así me conformo a que la padezcan. Nunca en los muchos viajes que hice usé de la espuela con las caballerías que montaba, sino lo muy preciso para una moderada jornada, y miraba con enojo que otros, por una levísima conveniencia, no reparasen en sangrar estos pobres animales. Siempre que veo un muchacho herir sin qué ni por qué a un perro con una piedra, quisiera estar cerca de él para castigar con dos bofetadas su travesura.

¿Pero esto es ser de corazón afeminado? Nada menos. Dista tanto lo compasivo de lo apocado, que los filósofos que más observaron la conexión de unos vicios con otros, hallaron que la crueldad es, en alguna manera, propio de los cobardes. Y en las historias se ve que rarísimo hombre muy animoso fue notado de inhumano, siendo, al contrario, comunísima en príncipes cobardes la crueldad.

El apoyo de San Juan Crisóstomo es soberano a mi intento. Este santo Doctor fue dotado de una fortaleza sumamente heroica, de una grandeza de ánimo incomparable que nunca pudieron doblar las iras de la emperatriz Eudoxia, ni la conspiración de muchos eclesiásticos y seculares poderosos, cuyos desórdenes no cesaba de corregir con toda la valentía de un espíritu apostólicamente intrépido. ¿Y tenía el Crisóstomo por indigna de su gran corazón la misericordia en orden a los brutos? Antes la recomienda como propia de todo hombre virtuoso. Son las almas de los justos, dice el Santo, sumamente blandas y amorosas, de suerte que extienden su genio compasivo, no sólo a los propios, mas también a los brutos. -Sunt enim Sanctorum animae vehementer mites et hominum amantes, non solum erga suos, sed etiam alienos; ita ut hanc suam mansuetudinem etiam ad animantia bruta extendant.

El ejemplo de otro Santo Doctor de mi religión, esto es, San Anselmo, no es menos favorable que la doctrina del Crisóstomo. Dio San Anselmo las mayores pruebas del mundo de un valor verdaderamente heroico en la constante resistencia que hizo a dos reyes de Inglaterra, Guillermo el Conquistador y Eurico I, en defensa de la inmunidad eclesiástica. Pues el monje Eadmero, compañero suyo y escritor de su vida, nos dice que este santo tenía unas entrañas tan dulces y amorosas, que no sólo era de un trato benignísimo con todos los hombres, sin excluir los mismos infieles o paganos, más se extendía esta benignidad aun hasta las bestias, de que refiere algunos ejemplos. En una ocasión que viajaba el santo, una liebre, acosada de los perros, fue a guarecerse debajo de su caballería, y el santo se detuvo a protegerla, hasta que logró su fuga. En otra se le vio entristecerse mucho por lo que padecía un pajarillo con quien jugueteaba un muchacho, teniéndole preso con un hilo y alegrarse a proporción cuando vio que el pajarillo, rompiéndose el hilo, había recobrado su libertad.

Del gran patriarca San Francisco refiere cosas admirables a este propósito el seráfico Doctor San Buenaventura, como el redimir a los corderos que conducían a la muerte, soltar los peces cogidos en la red y los pájaros encarcelados en las jaulas. En lo cual, como en otras muchas virtudes, era digno hijo de este glorioso santo el ilustrísimo señor don Fray Damián Cornejo, cronista discreto de su religión, de quien hago grata memoria por haberle, siendo yo joven, conocido obispo de mi diócesis de Orense; y conocido asimismo su amabilísimo genio, por el cual puedo decir de él lo que la Escritura dice de Moisés: *Erat Moyses vir mitissimus inter omnes homines qui morabantur in terra* (Núm. 12). Estando aún este docto y piadoso varón en el claustro, sucedió fallecer en el mismo convento donde él vivía un Padre grave, que por ser muy aficionado al canto de los pájaros, tenía algunos de los de mejor voz colocados en varias jaulas. Pasó a la celda donde había morado este religioso, por ser más cómoda, el señor Cornejo, obtenida para ello la permisión del prelado, el cual, para su recreación, tuvo la complacencia de dejarle en ella los pájaros. Pero luego que los vio el señor Cornejo, mostró condolerse de que aquellas inocentes criaturas, sin haber cometido delito alguno, estuviesen encarceladas. Y diciendo y haciendo, abrió las puertas de las jaulas dejándolos volar, prefiriendo al deleite de gozar la dulzura de su voz el gusto de que los pajarillos recobrasen su amada libertad. En otra ocasión, siendo aún muy joven, redimió de la muerte cierta bestia, que en algún modo le pareció imploraba su protección, prometiendo pagar su valor (andaba a la sazón a la cuesta) de las primeras limosnas que recogiese, para lo cual suponía le daría licencia su prelado. Pero sin paga ni prenda obtuvo su demanda enamorando al dueño de la bestia con la muestra de su benignísima índole y singular gracia con que la explicaba.

Es para mí certísimo que este genio conmisericordioso hacia las bestias prueba un gran fondo de misericordia hacia los de la propia especie, en lo que me confirma también el Crisóstomo, citado arriba, cuando dice que quien es compasivo hacia un bruto, mucho más lo será respecto de otro hombre: *Qui misericordiam exercet in jumentum, majus illam exercebit in fratrem consanguineum*.

Y al contrario, siento que un corazón capaz de servicio hacia las bestias, no cabe mucha humanidad hacia los racionales. Ni puede persuadirme a que quien se complace en hacer padecer a un bruto, se doliese mucho de ver atormentar a un hombre. Los atenienses, que fueron los más racionales de todos los gentiles, no sólo miraron esto como indicio de corazón poco piadoso, más aún de positivamente cruel. Y así castigaron severamente, según Plutarco, al que desolló vivo a un carnero; y según Quintiliano, al muchacho que tenía por juguete quitar los ojos a las codornices. Y el Padre Famiano Estrada aprueba el dictamen de los que notando que el príncipe Carlos, hijo de Felipe II, siendo niño, se deleitaba en matar por su mano y ver muriendo palpitantes las liebrezillas pequeñas, hicieron concepto de su índole despiadada y feroz.

Plutarco, en la Oración segunda *De esu carni*, sospecha que en las muertes de los brutos se fueron poco a poco ensayando los hombres para matarse unos a otros. Al principio, dice, nadie comía carne; sólo se sustentaban de los frutos de la tierra. Sucedió que después, matando alguna fiera, se tentó a probar de aquel alimento. Pasaron luego a hacer

lo mismo con algún pez o ave indomesticable, cogidos en la red. Ya hechos a mirar sin horror la sangre de esas bestias, o enemigos o nada sociables, tuvieron menos que vencer en ensangrentar las manos en la inocente, pacífica y doméstica oveja, que en su lana les tributaba el vestido, parando últimamente la costumbre, ya inveterada, de verter sangre ajena, en enfurecerse contra la de la propia especie: *Atque ita crudelitas, illo gustu imbuta et in illis caedibus prius exercitata, ad ovem quae nos vestimentis induit et gallum gallinaceum domesticum progressa est. Et ita sensim collectis viribus ad hominum caedes, neces et praelia pervenit.*

Ya se ve que ya no estamos en tiempos de reducirnos a la dieta pitagórica, o culpar el uso de las carnes en la mesa. Pero me duele y me indigna ver que haya hombres tan excesivamente amantes de su regalo, que por hacer un bocado de carne más delicioso, no duden de atormentar cruelísimamente antes de matarle al pobre animal que les ha de prestar ese regalo. Y no quiero decir el modo, porque no lo sepan por mí los que lo ignoran. ¿Y qué diré de las damiselas que porque salga un perrillo más donoso respecto de su ridículo gusto, están ejerciendo con él la tiranía de una rigurosa hambre y sed por todo un año y no sé si más, y sobre esto oprimirle la espalda con un peso intolerable y quebrantarle la nariz, estrujando la figura que le dio el autor de la naturaleza, para hacer objeto de su placer una monstruosa fealdad? ¿Y éste es el sexo blando, dulce y compasivo? ¡Oh! ¡Con cuánto gusto redimiera yo, si pudiese, estos pobres animalejos de tan despiadada vejación!

Debe confesarse que hay mucha distancia del vicio de mortificar a un bruto por algún deleite que de ello puede resultar accidentalmente, a la sevicia de deleitarse en el mismo tormento del bruto, el cual puede ser tan horrible, v. gr., abrasar vivo a un perro, que algunos teólogos morales le dan por pecado grave, cuando no se hace por otro motivo que el bárbaro deleite de verle arder. Y yo suscribo, sin la menor perplejidad a la opinión de estos teólogos, por la gravísima disonancia que hace a la razón tan desafortunada barbarie, sin que obste que el que la padece no es hombre, sino bruto, pues tampoco, es hombre el cadáver del hombre y aun dista más del hombre por insensibilidad que el bruto; y con todo teólogos de mucha autoridad, hallan malicia grave en el furioso ultraje de los cadáveres humanos, como el que practicó Aquiles arrastrando tres veces el de Héctor atado a su carroza, alrededor de los muros de Troya, o el egipcio eunuco Bagoas con Artajerjes Occo, cuyo cadáver entregó para que le devorasen a una turba de gatos. Por lo menos pienso que nadie podrá negar que tales desafueros sean gravemente pecaminosos respecto de aquellos cadáveres a quienes se deba sepultura eclesiástica, por más que dichos cadáveres no lo sientan, ni se pueda verificar de ellos que son hombres.

Digo que hay mucha distancia de hacer padecer un bruto, porque de ello puede resultar por accidente alguna utilidad o gusto a la barbarie de deleitarse en el mismo tormento del bruto. Mas aunque la distancia en lo moral es mucha, el camino intermedio, considerado filosóficamente, es algo resbaladizo, siendo cierto que el objeto que el entendimiento eficazmente representa como útil, fácilmente se hace abrazar de la voluntad como amable.

Si vuestra merced desea apoyo más alto de mi dictamen y genio sobre

este punto, creo se la puedo dar en las Sagradas Letras. Aquella sentencia de Salomón *novit justus jumentorum suorum animas, viscera autem impiorum crudelia*, vierten los Setenta *Iustus miseretur animas jumentorum suorum* y realmente la contraposición que en la segunda parte de la sentencia se hace de la crueldad de los impíos, prueba que el *novit* de la primera tiene el significado que le atribuyen los Setenta, porque la crueldad no es contrapuesta al conocimiento, sino a la conmiseración.

En el capítulo 23 del Éxodo manda Dios que no se cueza el corderillo en la leche de su madre: *Non coques haedum in lacte matris suae*. ¿Cuál puede ser el motivo de este mandato, sino la disonancia que hace a la razón, el que aquel dulce licor, destinado a nutrir al cordero sirva a disponerle más para que le devore el apetito? Como que, aun con los cadáveres de los brutos, haya lugar al ejercicio de cierta especie de humanidad. Y en el 22 del Deuteronomio se ordena que el que en un nido hallase la ave con sus pollos o huevos, aprovechándose de estos, deje libre y con vida la madre: *Si ambulans per viam in arbore vel in terra, nidum avis inveneris, et matrem pullis vel ovis desuper incubantem, non tenebis eam cum filiis, sed abire patieris*. En que los expositores se hallan algo perplejos sobre el fin a que miró Dios en esta ley; y hay quienes recurren a algún sentido simbólico, pero me parece que se le puede dar bastante literal, diciendo que en ella quiso Dios dar a entender que aunque el hombre tiene jurisdicción para usar en provecho suyo de los brutos, esto debe ser con moderación y no extendiéndose a ser cruel o inhumano con ellos, de suerte que se dé algo a la clemencia en ese mismo uso.

Advierto a V. md. que lo que he escrito en esta carta en ninguna manera comprende a los filósofos cartesianos, los cuales en orden al asunto de ella son gente privilegiada, porque como sólo reconocen los brutos en cualidad de máquinas autómatas, desnudas de todo sentimiento, sin el menor escrúpulo o el más leve movimiento de compasión, pueden cortar y rajar en ellos, hacerlos jigote, abrasarlos, aunque sea a fuego lento; bien que deberán usar en ello de dos precauciones: la una, de no hacer ese estrago sino en los brutos que están a su disposición, pues si son ajenos, aunque estos como meros autómatas no lo sienten, lo sentirán sus dueños; la otra, que no se tomen esa diversión delante de los que no son sectarios de Descartes, por no moverlos a lástima o compasión.

Nuestro Señor guarde a V. md. muchos años.

Habiendo leído esta carta, luego que acabé de escribirla, mi amigo el Doctor don Lope José Valdés, Catedrático de Teología de esta Universidad, sujeto muy veraz, me dio una noticia que dijo haber leído en un libro poco ha impreso, lo cual me fue sumamente agradable por calificar mi dictamen y aprobar mi genio compasivo con el soberano ejemplo de nuestros dos soberanos. Estando el Rey nuestro Señor y la Reina nuestra señora, cuando estos dos príncipes no eran más que Príncipes, en la diversión del paseo, en una salida de Sevilla hacia la que llaman Torre de San Isidro del Campo, sucedió que una paloma herida vino a caer cerca de sus pies. Viendo el príncipe padecer la inocente avecilla y que verisímilmente duraría

algún tiempo su tormento, porque la herida no era de las más ejecutivas, compadecido de ella, mandó que al momento acabasen de matarla para dar fin a su dolor. Pero a esto acudió la Princesa diciendo que le parecía mejor salvarle, si pudiese ser, la vida, llamando a un cirujano que la curase. ¡Oh corazones verdaderamente regios! ¡Oh noble benignidad con que se debiera dar en rostro a otros príncipes que bien lejos de compadecerse de los afligidos brutos, ni aún se duelen de las angustias de aquellos míseros racionales que la Providencia colocó debajo de su dominio! ¡Ay de los vasallos de Reyes, que tienen por parte de la soberanía la inclemencia! ¡Y ay de esos mismos Reyes cuando comparezcan delante de aquel soberano que según la expresión de David, es terrible hacia los Reyes de la tierra!

#### Descubrimiento de la circulación de la sangre

«Reverendísimo padre y maestro. Amigo y señor: Raro es el fenómeno literario que vuestra reverendísima me comunica, y no menos curioso que raro. ¿Que es posible que un albéitar español haya sido el primer descubridor de la circulación de la sangre? Parece que no hay que dudar de ello. Escribeme vuestra reverendísima que un amigo suyo tiene un libro de albeitería, su autor el albéitar Francisco de la Reina, impreso en Burgos, en casa de Felipe de la Junta, el año de 1564, y él mismo vio otro semejante en la Biblioteca Regia; que, sin embargo, es libro raro, y acaso no habrá en España más ejemplares que los dos expresados. Remítame, pues, vuestra reverendísima, copiado, un pasaje del capítulo XCIV de dicho libro, tan claro, tan decisivo. en orden a la circulación de la sangre, que hace evidente que el expresado Reina la conoció. Aquella cláusula suya: Por manera, que la sangre anda en torno y en rueda por todos los miembros, excluye toda duda.

Veamos ahora si este hombre fue el primero que penetró este precioso movimiento, de que pende absolutamente la vida animal. El inglés Guillermo Harveo se levantó con la fama de dicho, descubrimiento a los principios, o poco después de los principios del siglo pasado, de modo que por algún tiempo a nadie vino el pensamiento de que otro le hubiera precedido en el conocimiento de la circulación. Pero la precedencia de nuestro albéitar respecto del médico inglés es notoria: imprimióse el libro del albéitar el año 1564; Harveo murió el de 1657, en la edad de ochenta años. Conque estaba impreso el libro del albéitar algunos años antes que naciese Harveo.

No sé si muerto ya Harveo, o antes de su muerte, uno u otro médico echaron la especie de que el famoso servita Pedro Pablo Sarpi, bien conocido por su satírica historia del concilio Tridentino, antes que Harveo había descubierto la circulación de la sangre; y esta noticia hizo bastante fortuna en la república literaria. Este religioso, según el Moreri, nació el año de 1552, doce años antes que se imprimiese en Burgos



el libro del albéitar La Reina. Nadie soñará que un niño veneciano, antes de llegar a la edad de doce años, supiese tanta anatomía que por ella pudiese rastrear el movimiento circular de la sangre, porque, en efecto, el Sarpi, según se dice, por una delicada observación anatómica arribó a este conocimiento. Y sobre ese, era menester dar antes de los doce años algún tiempo para que la noticia pudiese venir a España.

Otros pensaron hallar la noticia de la circulación en Andrés Cisalpino, famoso médico italiano que fue algo anterior al servita. No era a la verdad repugnante, supuesto el hallazgo de la circulación por Cisalpino, que de él viniese a España la noticia antes que nuestro albéitar escribiese de ella, pues echada la cuenta, el año de 1564, que fue el de la edición de su libro en Burgos, ya Andrés Cisalpino tenía algo más de cuarenta años. Pero esto nada obsta para que a nuestro albéitar se adjudique la primacía del invento. Lo primero, porque los mismos que atribuyen esta gloria a Cisalpino ponen por data de su descubrimiento el año de 1593, esto es, veintinueve años después de la edición del libro del albéitar. Lo segundo, porque aun cuando fuese la invención de Cisalpino anterior a la edición de este libro, ¿quién creerá que ocultándose a todos los médicos que entonces había en España, pues ninguno se halla que toque el punto, sólo a un albéitar llegase la noticia? Lo tercero, porque el pasaje de Cisalpino, de donde se quiere inferir que conoció la circulación, necesita de que la buena intención del que le lee ayude mucho la letra para hallar en él lo que pretende.

Otros pretendieron deslucir a Harveo, diciendo que este adquirió la noticia de la circulación de Fabricio de Aquapendente, célebre médico, cirujano y anatómico italiano, profesor de estas facultades por espacio de cuarenta años en la Universidad de Padua, donde tuvo por oyente a Harveo. Esto, por varias razones, se hace totalmente inverisímil. Mas cuando fuese verdad, perjudicaría al médico inglés, no al albéitar español, que fue no poco anterior a Fabricio.

No ignoro que hubo, y aún hay ahora, quienes quisieron decir, que más ha de veinte siglos conoció Hipócrates el movimiento circular de la sangre. Pero ésta fue una nueva afectación, hija en parte de la supersticiosa veneración de los hipocráticos que quieren que nada haya ignorado su jefe, y en parte de envidia a la gloria de Harveo. El hecho fue, que luego que Harveo publicó el descubrimiento de la circulación, todos o casi todos los médicos de Europa se echaron sobre él, llenándole de injurias, tratando su invento de ilusión y gritando contra esta inaudita novedad como contra una perniciosa herejía filosófica y médica. Harveo probó su novedad con argumentos tan evidentes, que casi todos los médicos se rindieron a ellos: pero entre éstos, algunos y no pocos, ya por amor de la gloria de Hipócrates, ya por desvanecer la de Harveo, no pudiendo ya negar la verdad de la circulación, negaron que esa fuera invento de Harveo, pues ya Hipócrates lo había descubierto; para lo cual produjeron dos o tres lugares de Hipócrates, que exprimiendo a viva fuerza la letra, vanamente quisieron que significasen la circulación.

En el suplemento al cuarto tomo del Teatro Crítico, página 364, en la cita (a), escribí, que en una observación de las actas físico-médicas de la Academia Leopoldina, copiada en las Memorias de Trevoux, del año de 1729, se lee que el célebre Heister, produjo dos pasajes: el primero, de

un antiguo escoliador de Eurípides; el segundo, de Plutarco, «en que formalmente se expresa la circulación de la sangre». Pero remirándolo ahora, hallo que realmente Heister no dijo o pretendió tanto; sí sólo que en uno u otro pasaje se leen algunos de los principios anatómicos, de donde se puede inferir la circulación, sin que los autores citados llegasen a conocerla distintamente. Y de Sarpi y Cisalpino tampoco dicen más que esto, los que quisieron hablar a favor suyo, sin faltar enteramente a la verdad.

En la misma parte del suplemento, página 367, en la cita (b), escribí, que el Barón de Leibnitz, en una de sus cartas, citada en las Memorias de Trevoux, del año 1727, afirma como cosa averiguada, que aquel famoso hereje antitrinaciano, Miguel Servet, fue el verdadero descubridor de la circulación de la sangre. La relación del Barón de Leibnitz, es como se sigue: «Yo tengo tanto mayor compasión de la infeliz suerte de Servet (Calvino le hizo quemar en Ginebra), cuanto su mérito debía ser extraordinario; pues se ha hallado en nuestros días que tenía un conocimiento de la circulación de la sangre, superior a todo lo que se sabía antes de ella.» Servet fue algo anterior a Cisalpino. Pero como no nos dice Leibnitz hasta qué punto llegó su descubrimiento, es verisímil que aunque alcanzase algo más que los que le precedieron, no excediese a Cisalpino o Sarpi, que le subsiguieron. Lo que se puede asegurar es, que no consta que antes de Harveo algún médico o filósofo haya hablado distintamente de la circulación, con la voz circulación, ni con otra equivalente, a excepción de nuestro albéitar, que claramente dejó escrito que «la sangre anda en torno y rueda por todos los miembros». Y en caso que Servet llegase a otro tanto, como este autor fue español, dentro de España queda siempre la gloria de su descubrimiento de la circulación, y de tal modo queda esa gloria en España por Servet, que, en ningún modo perjudica a la particular del albéitar; pues no pudiendo éste tener noticia del descubrimiento hecho por Servet, que, como insinúa el Barón de Leibnitz, se ignoró hasta muy poco tiempo ha, sólo en fuerza de un ingenio sagacísimo pudo arribar al propio conocimiento. No hubo menester tanta sagacidad Harveo, porque halló la ciencia anatómica mucho más adelantada que estaba en tiempo del albéitar, y sólo por observaciones anatómicas se podría descubrir la circulación.

Pero, ¿no es admirable, padre reverendísimo, que sólo por dos ejemplares del libro del albéitar La Reina, que se salvaron de las injurias del tiempo, se haya conservado la memoria de este feliz descubrimiento, y que sólo por el accidente de tener un amigo de vuestra reverendísima, uno de estos dos ejemplares haya llegado a vuestra reverendísima, y a mí la noticia? Verdaderamente, no hay voces con que ponderar la negligencia, el descuido y aun la insensibilidad de nuestros españoles en orden a todo aquello que puede dar algún lustre al ingenio literario de la nación siendo mucho más reprehensible esta negligencia respecto de los inventos útiles, en todos tiempos tan gloriosos, que los antiguos gentiles elevaran los inventores a la esfera de deidades.

Lo más notable en esto es, que los extranjeros aprecian las riquezas intelectuales que nosotros despreciamos, y tal vez nos venden como suyo lo que nosotros olvidamos, e ignoramos que fue y es nuestro. Buen ejemplar de esto tenemos en el singular sistema de la nutrición por el succo nerveo,

inventado por nuestra famosa D.<sup>a</sup> Oliva de Sabuco, que olvidado en España, le produjo después, como invento suyo, un autor anglicano. Aún mejor es el de nuestro benedictino fray Pedro Ponce, inventor de la admirable arte de enseñar a hablar los mudos, de que di noticia en el tomo IV del Teatro, discurso XIV, y que parece después se creía producción de Juan Wallis, insigne profesor de matemáticas en la Universidad de Oxford. Por lo menos, los autores de las Memorias de Trevoux, en el tomo III del año de 1701, página 85, donde hablando de un Tratado que sobre este arte dio a luz en Amsterdam, el año de 1700, Juan Conrado Amman, médico holandés, dicen que ya antes de éste había escrito del mismo arte, y hecho hablar algunos mudos, dicho Wallis, sin memoria de otro alguno, ni en común, ni en particular, tácitamente insinúan que a éste juzgaban ser el primero en la invención y en el uso del arte.

¿Y no pudo suceder con el invento de la circulación lo que sucedió con el del jugo nérveo y el del arte de hablar a los mudos; esto es, que Harveo, hallándole en el libro del albéitar español, se lo apropiase, como otros dos de su nación se apropiaron los otros dos inventos españoles? Que pudo suceder no hay duda, aunque no se podrá sin temeridad afirmar que sucedió.

¿Y qué queja podemos tener los españoles de los extranjeros porque ellos se aprovechen de lo que nosotros abandonamos? Nosotros no debemos quejarnos, y el mundo debe darles las gracias de que se conserve por su diligencia lo que, sin ella, se perdería por nuestra desidia. En el lugar citado de las Memorias de Trevoux se lee que el inglés Wallis y el holandés Amman enseñaron a hablar a muchos mudos. La invención fue del benedictino español, y ese español también enseñó a hablar a algunos. Pero ¿quién en España se aprovechó o aprovecha hoy de este arte? De ninguno tengo noticia. ¿No es esa una lamentable incuria? ¿Y no es aquéllo en los dos extranjeros una laudable aplicación de parte suya?

Creo que no pocos libros, muy buenos, de autores españoles se hubieran perdido, si no los hubieran conservado los extranjeros, que es a cuanto puede llegar nuestra, no diré ya negligencia, sino modorra literaria. Algunos nombra en su Biblioteca don Nicolás Antonio, de los cuales no tuvo noticia sino por autores extranjeros. No ha mucho tiempo que leyendo el tercer tomo del Spectador anglicano, en el discurso XLIX, hallé citado un libro, cuyo título es Examen de ingenios para las ciencias, y su autor Juan Huarte, médico español. Por lo que dice de este libro el escritor inglés, hice juicio de la excelencia de la idea y de la importancia del asunto, y como no tenía otra noticia anterior de él, fui a buscarla en la Biblioteca de D. Nicolás Antonio, como en efecto la hallé, a la página 543 del primer tomo de la Biblioteca nueva, y allí un amplísimo elogio que del libro y del autor hizo Escasio Mayor (escritor, según parece, alemán), que le tradujo en latín, y traducido, le imprimió el año de 1621. Copiaré aquí parte del elogio, trasladado a nuestro idioma: «Me ha parecido, dice Escasio de nuestro Huarte, con gran exceso el más sutil entre los hombres doctos de nuestro siglo, a quien el público debe tributar supremas estimaciones, y que entre los escritores más excelentes, cuanto yo conozco, tiene un gran derecho para ser copiado de todos.»

Como yo, antes de ver la noticia del médico Huarte en el Spectador,

no había leído ni oído su nombre, no dejé de extrañar, al ver este grande elogio suyo, que tan tarde llegase a mí la primera noticia de un autor español de tanto mérito, y aun esa primera noticia derivada a mí de un escritor anglicano. Pero cesó después mi admiración, llegando a reconocer que este autor español, al paso que muy famoso entre los extranjeros, casi está enteramente olvidado de los españoles. En el segundo tomo de la Menagiana, de la edición de París del año de 1729, a la página 18, donde, en nombre de monsieur Menage, son censurados de poco eruditos los españoles, hay al fin de la página la nota siguiente, de letra menuda, puesta por el adicionador: «Monsieur Merteud, en su Viaje, dice que en España no es conocido el doctor Huarte ni su libro del Examen de los ingenios».

¿Puede llegar a más nuestra desidia? O por mejor decir, ¿puede llegar a más nuestro oprobio, que el que los mismos extranjeros nos den en rostro con la desestimación de nuestros más escogidos autores? Es verdad que el censor no nombró más que uno, pero el nombrar este solo para confirmar la nota de la poca erudición española, significa mucho; significa que ese es un autor insigne, esclarecido, célebre; y significa, que pues los españoles, siendo suyo y tan grande le tienen olvidado, ¿qué concepto se puede hacer de la erudición de los españoles?

De lo que dice D. Nicolás Antonio, de las pocas ediciones que se hicieron de este libro en España, y de las muchas que se hicieron en las naciones extranjeras, se colige lo mismo con que nos da en rostro el adicionador de la Menagiana. Tres ediciones refiere hechas en España, la última del año de 1640; en los reinos extraños, la última el año de 1663. Y puede conjeturarse que después de la edición española de 1640, no se hizo acá otra, pues a haber alguna más cercana a nuestros tiempos, no estuvieran tan olvidados en España el libro y el autor; como asimismo se puede conjeturar que haciendo los extranjeros tanta estimación de unos y otro, hayan hecho repetidas ediciones sobre la de 1663.

De este y otros ejemplos que pudiera alegar se colige cuán injusta es aquella queja, que a cada paso se oye de la vulgaridad española, de que los extranjeros, envidiosos de la gloria de nuestra nación, procuran deprimirla y oscurecerla cuanto pueden. No hay acusación más ajena de verdad. Protesto que no tengo noticia de algún español ilustre, o por las armas o por las letras, que no se haya visto más elogiado por los autores extranjeros que por nuestros nacionales. Los que procuran deprimir la gloria de los españoles ilustres son los mismos españoles: Invidia haberet in vicino. Pero, padre reverendísimo, dejo un asunto tan odioso, porque si en él se calentase demasiado la pluma, podría derramar alguna sangre en vez de tinta, y concluyo rogando a vuestra reverendísima, que si puede agenciarme el libro del doctor Huarte, en cualquiera de las tres lenguas en que esté traducido, latina, italiana o francesa, me lo procure cuanto antes, pues supongo que en el idioma español y en España será difícil hallarle; y en caso que se pueda conseguir, sólo quien, como vuestra reverendísima, reside en el centro de España, podrá hacer diligencias cicaces para este hallazgo.»

## Notas

«La idea y asunto del doctor Huarte, en su libro de Examen de ingenios, es, que antes de destinar a los niños o jóvenes a este o el otro estudio particular, se investigue su inclinación y habilidad para ver en qué facultad podía aprovechar más. A cada paso se ven genios rudos para una y agudos para otra. Éste, que es inepto para las letras, es muy apto para las armas, y aquél, que si para las armas como para las letras es inhábil, es un rayo para la mercatura. He leído que el jesuita Cristoforo Clavio, mostrando al empezar sus estudios un ingenio, o obtuso o nada penetrante para la escolástica, un hombre docto en su Compañía, rastreando por algunas señas su capacidad para la matemática, dispuso que se aplicase a la geometría, en que salió tan eminente, que fue venerado de todos como el Euclides de su siglo, y uno de los mayores astrónomos, si no el mayor, de su tiempo. Todo el mundo sabe cuanto su insigne pericia astronómica sirvió a la Iglesia en la reforma del Calendario gregoriano, cuyo ilustre y utilísimo servicio nunca hubiera llegado a lograrle, si los superiores del padre Clavio se hubiesen obstinado en llevarle por el trillado camino de la literatura ordinaria. A nuestro grande héroe Hernán Cortés puso su padre al estudio de las letras, pero él, conociendo que su genio no era para ellas, tomó el rumbo de las armas. ¡Cuánto hubiera perdido España si hubiera seguido el primer destino!

Es, pues, evidente que florecería infinito cualquiera república en que se practicase el proyecto del doctor Huarte de examinar los genios e inclinaciones de sus individuos y aplicarlos a aquello a que fuesen más proporcionados. Creo yo bien que esto no llegará a lograrse, porque los padres, que comunísimamente determinan el destino de los hijos, miran a su interés particular, y no al público. ¿Quién hay que no quiera más ver en su familia un eclesiástico, rico que un gran soldado? Pero aunque del libro del doctor Huarte no pueda esperarse la grande reforma que él pretende, podrá ser muy útil para otros efectos, porque siendo el autor de un ingento supremamente sutil y perspicaz, como consta del elogio que hace de él Ascasio Mayor, se debe creer que da unas reglas de especialísima delicadeza para discernir los genios, talentos e inclinaciones de los sujetos. Y este discernimiento es convenientísimo para todos los que gobiernan repúblicas, y aun para cualesquiera particulares, etc.

Sé muy bien que el Expurgatorio manda borrar muchas cláusulas y expresiones de la edición castellana del dicho libro de Huarte, pero esto no debe estorbar que el libro sea apreciable y tenga cosas buenas. Nuestro Señor guarde a vuestra reverendísima muchos años.»

Sobre la España Sagrada del Rmo. P. M. Fr. Enrique Flórez

«Rmo. P. M.

Amigo y Señor: Este correo no recibí carta de V. Rma. y así no tengo a qué responder. Mas no por eso, me falta que escribir, y en asunto que será muy del agrado de V. Rma. Respecto de una carta, esto poco basta para exordio, y así vamos al caso.

Estos días pasados supe que el señor don Isidoro Gil de Jaz, Regente de esta Real Audiencia de Asturias, tenía unos libros nuevos, intitulados

España Sagrada, que su Señoría alababa mucho. No hube menester más informe para desear y solicitar su lectura, porque este Ministro, no sólo tiene altamente calificada la autoridad de su voto en las sentencias legales, mas también es dotado de un bello discernimiento para las críticas. Pedíle, pues, prestados a su Señoría los libros para leerlos y lo primero fue buscar en la frente el nombre del autor. Hallé que éste era el Rmo. P. M. Fr. Enrique Flórez, de la esclarecida orden de San Agustín. «Tate», dije hacia mi capote. «¿El maestro Fr. Enrique Flórez? ¿No es éste aquel padre maestro, que, de comisión del ordinario dio su aprobación a mi segundo tomo de cartas, y una tal aprobación que ella merece para sí misma, por su gracia, discreción y agudezas cuatrocientas mil aprobaciones? ¿No es este mismo aquel que con motivo de dicha aprobación, mi íntimo amigo el Rmo. P. M. Sarmiento, juez en materia de erudición cual sabe todo el mundo, me ponderó como erudito de primera clase y primer orden, especialmente en todo género de antigüedades sagradas y profanas, esto es, en la materia en que aún el ser mediocrementemente erudito es harto difícil?» El mismo es; porque el nombre, el apellido, la Religión y los títulos honoríficos los mismos son en la frente de estos libros, que en la cabeza de la Aprobación.

Supuesto este conocimiento, ya se echa de ver con cuánta ansia entraría yo en la lectura. Pero aun entrando con este conocimiento en la lectura, hallé en ella más de lo que esperaba, porque sobre una erudición de rara amplitud y profundidad, hallé un estilo noble, elegante, puro, igualmente grave, conceptuoso y elevado, que natural, dulce y apacible: un entendimiento claro que consigo lleva la luz que es menester para romper las densas tinieblas de la antigüedad; una crítica fina y delicada, que, en fiel balanza pesa hasta los átomos de las probabilidades; una veracidad tan exacta, que llegaría a pecar de escrupulosa, si en esta virtud cupiera nimiedad; un genio felizmente combinatorio, que hace servir la variedad y aun el encuentro de las noticias al descubrimiento de las verdades; una destreza tal para colocar en orden todas esas noticias, que la multitud queda muy fuera de los riesgos de la confusión.

Más ¿a qué propósito, escribiendo a V. Rma. le represento la excelencia de una obra que supongo ha leído y consiguientemente conocido su valor? No lo hago por informar a V. Rma. de lo que ya sabe, sino por complacerme a mí mismo de lo que acabo de saber. No es esto dar a V. Rma. la noticia, sino satisfacer mi propia inclinación. Explíceme. No ignora V. Rma. la náusea, la indignación, la pesadilla, que muchos años ha estoy padeciendo de ver tanto infelices escritos como en este siglo salen de nuestras prensas, que en vez de acreditar en otras naciones la literatura española, la infaman y desacreditan. ¿Qué me sucede, pues? Que cuando en España y de pluma española, sale uno u otro escrito excelente, con la complacencia que me infunden estos, me compenso de la displicencia que me inspiran los otros, mirando los buenos como unos justos vindicadores o restauradores del crédito que hacia los extranjeros nos prestan los malos. De aquí es, que prendado de la hermosura de aquellos, caiga en la flaqueza común de los enamorados, esto es, alabar y realabar opportune, importune, venga o no venga, el objeto que ha inflamado su cariño. Y de que lo haga así con los pocos escritos de alguna perfección, que produce tal cual ingenio español, doy por testigos a todos los que comúnmente me tratan y

trataron. No me contento con leer y estimar los buenos libros, cuando ellos son de algo sobresaliente nobleza; me apasiono extremadamente por sus autores y, efecto de esta pasión, es celebrarlos siempre que la ocasión se ofrece, y aún buscando yo la ocasión cuando ella no se me presenta. Así desahogo mi afecto ya que no puedo de otro modo.

Estos días pasados se padeció aquí una horrible tempestad, que hizo grandes daños en mar y tierra; en aquél, sumergiendo muchos navíos y barcos, de suerte que han quedado en estos puertos poquísimos pescadores, y aun esos pocos apenas tienen vasos para la pesca; en la tierra, arrastrando los ríos y arroyos muchísimo ganado de todas especies que se sepultaron en ellos o fueron a sepultarse en el mar vecino. Y ni aún perdonó el ímpetu de la corriente a las bestias más feroces, pues a la playa de Pravia arrojó el río Nalón dos osos, lo que dicen los naturales, nunca se vio.

Estando para firmar y cerrar esta carta, entró en mi celda (favor que muchas veces me hace y que yo le agradezco mucho) el señor don Manuel Verdeja, dignísimo ministro ahora de esta Real Audiencia y antes dignísimo Catedrático Primario de Leyes de Salamanca, y ofreciéndose en la conversación tocar al asunto de esta carta, que gustó de ver, tuve la complacencia de hallarle enteramente de acuerdo con mi dictamen en orden a las prendas del Rmo. P. M. Flórez cuyas obras había leído, y de que, entre otros elogios le oí uno que me cayó muy en gracia: A este autor, me dijo, por su penetración en los puntos más oscuros de la historia, se puede apropiar lo que mucho ha se dijo del famoso Ambrosio de Morales, QUE VEÍA DE NOCHE. Persuádome a que tendrá V. Rma. noticia del bello complejo de prendas de este sujeto, pues lo que suena mucho en Salamanca, no puede menor de oírse en Madrid; de que infiero, que será a V. Rma. muy grato este breve, pero bien expresivo Panegírico de su amigo, porque panegiristas de esta clase nunca sobran.

Nuestro Señor guarde a V. Rma. muchos años, etcétera.»

#### Sobre la invención del arte que enseña a hablar a los mudos

«Muy señor mío: Dos recibí de vuestra señoría, divididas en tres correos: la primera con fecha 3 de noviembre; la segunda de 17 del mismo; entrambas, así por la circunstancia del autor, como por el contenido, muy apreciables, y que, como tales, logran en mí una muy sobresaliente estimación. La primera contiene una cabalísima descripción de las dos mayores bestias terrestres, el rinoceronte y el elefante, pudiendo asegurar, que aunque de este segundo adquirí bastantes noticias en muchos autores, en ninguno las hallé tan individuales y exactas como las que en la suya me comunica vuestra señoría y tuve singular complacencia de que la caída del elefante, rompiendo la bóveda del subterráneo y la precaución que después practicaba de pulsar bien el pavimento, para no reincidir en el mismo infortunio, me asegura ser verdad lo que refieren algunos autores, de que en varias partes del Oriente, para coger los elefantes, se usa el stratagema de abrir en las selvas que habitan, unos hoyos bastante capaces, los cuales ocultan, sobreponiendo un suelo

artificial, semejante al natural de la selva; de modo que llegando incautamente el elefante a pisarlo, en fuerza de su mucho peso se hunde en el hoyo, y allí le aprisionan. Pero se ha observado, que cuando algún elefante tiene habilidad o dicha para salir del hoyo, ya no esperan cogerle, porque arrancando una rama gruesa de algún árbol, y asiéndola con la trompa, con ella va tentando el terreno antes de fijar en él el pie.

Por lo que mira a la dificultad que vuestra señoría me propone en su segunda carta, contra lo que en el cuarto tomo del Teatro crítico, discurso XIV, número 100 y número 101, escribí del arte de enseñar a hablar a los mudos, inventada por nuestro monje fray Pedro Ponce; la dificultad, digo, fundada en la aprobación del maestro fray Antonio Pérez, abad de San Martín de Madrid, al libro de Juan Pablo Bonet, dado a luz el año de 1620, respondo que dicho maestro fray Antonio Pérez, en lo que escribe sobre la materia, en ninguna manera da a entender que el inventor del arte fuese Juan Pablo Bonet, de quien sólo dice que «compuso un libro para enseñar a hablar a los mudos», lo que es verdad, o por lo menos pudo serlo. ¿Pero esto arguye que fuese inventor del arte? No por cierto. Como ni arguye que sea inventor del arte de la música cualquiera que haya compuesto un libro para enseñarla a los que la ignoran. Por otra parte, es indiscutible que el inventor del arte de enseñar a hablar a los mudos no fue Juan Pablo Bonet, sino el monje fray Pedro Ponce. Atienda vuestra señoría.

Consta por el testimonio de Ambrosio de Morales y del divino Valles, que este monje supo y ejerció este arte. Pregunto ahora: ¿pudo derivarse la noticia de él, de Juan Pablo Bonet al monje, o pudo el monje aprenderle en el libro que Bonet dio a luz? No. La razón se deduce de un evidente cómputo cronológico. Murió Ambrosio de Morales muchos años antes que Bonet diese su libro a luz; conviene a saber, el año de 1590, como vuestra señoría puede ver en el Diccionario de Moreri (V. Morales, Ambrosio) y en la Biblioteca Nova de D. Nicolás Antonio (V. Ambrosius de Morales); esto es, treinta años antes que saliese a luz el libro de Juan Pablo Bonet, cuya impresión se hizo el año de 1620. Añada vuestra señoría, que Ambrosio de Morales, como consta de don Nicolás Antonio en el lugar citado, concluyó su Historia de España siete años antes de su muerte; esto es, el de 1583, que vienen a ser treinta y siete años antes de la publicación del libro de Bonet.

Del divino Valles no se sabe qué año murió; pero se sabe que su libro Filosofía sacra, donde da noticia del arte y ejercicio de enseñar a hablar a los mudos, del monje fray Pedro Ponce, salió a luz muchos años antes que el libro de Bonet; pues D. Nicolás Antonio, en el primer tomo de su Biblioteca nova (V. Franciscus Vallesius) nos dice, que este libro de Valles fue impreso en León de Francia, el año 1588, esto es, treinta y dos años antes que produjese el suyo Bonet.

Añado, para el mismo, efecto, otro nuevo testimonio de igual fuerza a los dos alegados. Este es de nuestro monje el maestro fray Juan de Castañiza, el cual, en el libro que escribió de la vida de nuestro padre San Benito, dice, que fray Pedro Ponce, monje benedictino, hijo de la casa de San Benito de Sahagún, por su industria y sagacidad, descubrió el arte de enseñar a hablar a los mudos. Este libro del maestro Castañiza, dice D. Nicolás Antonio, en el primer tomo de su Biblioteca nova (V. Fr. Joannes



de Castañiza), que se imprimió en Salamanca el año de 1588, esto es, treinta y dos años antes de la impresión del libro de Juan Pablo Bonet.

Ve vuestra señoría cómo más de treinta años antes de dar a luz su libro Juan Pablo Bonet, estaba publicado por tres autores, que el monje Pedro Ponce tenía y ejercía el arte de enseñar a hablar a los mudos. Pero aún hallaremos mucho mayor la anterioridad de Ponce a Bonet, si hacemos reflexión a lo que Ambrosio de Morales refiere de D. Pedro Velasco, uno de los hermanos del Condestable, a quienes enseñó a hablar el monje. Dice que no sólo hablaba la lengua castellana, más también la latina, y no será mucho dar, que necesitase cuatro o cinco años para aprender estas dos lenguas; añádanse éstos a los treinta y siete que pasaron desde la impresión de la historia de Morales hasta la del libro de Bonet. Añádase también el tiempo que pasó desde que don Pedro aprendió las dos lenguas hasta su muerte, que dice Morales le sobrevino a los veinte años de edad, el cual tiempo necesariamente fue algo considerable, por lo que refiere el mismo escritor, que en aquella edad, no sólo sabía las dos lenguas, pero había adquirido noticias de otras muchas cosas; con que computado todo, resulta, que más de cuarenta y tres o cuarenta y cuatro años antes que Bonet diese a luz su libro, sabía y ejercía el monje el arte. Luego, si de uno a otro se derivó la noticia de él, necesariamente fue de Ponce a Bonet y no de Bonet a Ponce. Por consiguiente, si uno de los dos fue plagiarlo, lo fue Bonet y no Ponce.

Diráme acaso vuestra señoría, que aunque lo alegado prueba que Ponce no fue plagiarlo, en ningún modo convence que lo fuese Bonet; porque aunque aquel inventase el arte, pudo no llegar la invención a la noticia de éste; el cual, siendo así, en fuerza de su ingenio discurriría lo mismo que aquel discurrió en fuerza del suyo; y da motivo para pensarlo así lo que dice el maestro fray Antonio Pérez en su aprobación, que el padre Ponce nunca trató de enseñar a otro el arte.

Pero a esto, señor mío, repongo que o el maestro Pérez careció en esta parte de la noticia necesaria, o por el honor del autor, cuyo libro aprobaba artificiosamente, disimuló lo que sabía; porque es cierto que fray Pedro Ponce enseñó el arte a algunos; lo que consta primeramente de lo que dice el maestro Castañiza, el cual, después de referir cómo este monje, no sólo enseña a hablar a los mudos más también a pintar y otras cosas, prosigue así: «Como es buen testigo D. Gaspar de Gurrea, hijo del gobernador de Aragón, discípulo suyo y otros». Consta, lo segundo, de que era imposible enseñar a hablar a los mudos sin manifestarles enteramente el artificio con que esto se logra, pues el modo de conseguirlo es ser ellos ejecutores de todos los preceptos del arte, como comprenderá evidentemente cualquiera que tenga alguna idea de él; y en efecto, Ambrosio de Morales testifica haber visto la respuesta por escrito de don Pedro. Velasco (uno de los hermanos del Condestable a quienes enseñó a hablar el monje), dando noticia en lo que consistía el acto a uno que se lo había preguntado.

Pero ¿quiere vuestra señoría una prueba clara de que Bonet tuvo noticia exacta del descubrimiento del monje, y no hizo más que aprovecharse de él para escribir su libro? Se la daré. Note vuestra señoría que Ambrosio de Morales dice que el monje enseñó a hablar a dos hermanos y una hermana del Condestable, que eran mudos. Note también que

Bonet dice de sí, que servía en la casa del Condestable de secretario suyo. Pues a los ojos se viene, que dentro de aquella casa halló todas las noticias necesarias de la teórica y práctica del arte.

Y si he de decir todo lo que siento es para mí muy verisímil que Bonet, no sólo fue plagiario, más también impostor. Él dice, o da entender, que enseñó a hablar a un hermano del Condestable. Constandonos por Ambrosio de Morales que el monje Ponce enseñó a hablar a dos hermanos del Condestable, y que el uno de ellos, llamado D. Pedro murió muy mozo, lo que se hace conjeturar es, que cuando Bonet servía de secretario al Condestable aún vivía el otro, y Bonet se quiso atribuir la enseñanza que aquel caballero había mucho antes debido al monje. Y basta pues el asunto.

Lo que vuestra señoría me dice de las excelsas prendas de su majestad siciliana no es para mí novedad, ya porque por varias partes habían llegado acá las mismas noticias, ya porque desde el año de 28, en que logré el honor de besar la mano a su majestad, infante de España entonces, concebí muy altas esperanzas de lo que habrá de ser algún día, como expresé en la epístola dedicatoria del cuarto tomo del Teatro Crítico, que consagré a su majestad.

Estimo la oferta del libro de Huarte, que ya no necesito, porque ya he cobrado dos ejemplares de él, y realmente es mucho menos de lo que yo pensaba.

Puede vuestra señoría disponer de mi persona, debajo de la persuasión de que con fino afecto deseo servirle. Nuestro Señor guarde a vuestra señoría muchos años. Oviedo y enero, 8 de 1751.»

Nuevas noticias sobre el asunto de la carta de arriba

Primera adición

«Habiendo sabido el reverendísimo padre maestro, fray Íñigo Ferreras, general hoy de mi religión, que yo tenía escrito algo en prueba de que el monje fray Pedro Ponce fue el verdadero inventor del arte con que se enseña a hablar a los mudos, y constándole también que dicho monje, aunque recibió el hábito y la profesión en el real monasterio de San Benito de Sahagún, lo más de su vida habitó en el de San Salvador de Oña, y en él pasó de la temporal a la eterna, hallándose su reverendísima en este segundo monasterio, que es su casa de profesión, ordenó, que por si acaso yo quería extenderme más en el referido asunto, se me remitiese cualquiera monumento concerniente a él que se hallase en aquel monasterio, y así se ejecutó, remitiéndome los siguientes:

Lo primero, copiada, una partida de un libro antiguo de difuntos del tenor siguiente: *Obdormivit in Domino Frater Petrus de Ponce, huius Onniensis domus benefactor, qui inter coeteras virtutes quae in illo maxime fuerant, in hac praecipue floruit, ac celeberrimus toto orbe fuit habitus, scilicet mutos loqui docendi. Obiit anno 1584 in mense Augusto.*

Lo segundo, noticia de una escritura, otorgada en el monasterio de Oña, a 24 de agosto de 1578, en testimonio de Juan de Palacios, escribano real de la villa de Oña, en que se enuncia que el padre fray Pedro Ponce, hace, con las licencias necesarias, fundación de una capellanía, con ciertas misas, debajo de tales condiciones, y relacionando los motivos,

dice lo siguiente: «Los cuales dichos maravedís yo el dicho fray Pedro Ponce, monje de esta casa de Oña, he adquirido, cortando y cercenando de mis gastos, e por mercedes de señores, de quienes he sido testamentario, e bienes de discípulos que he tenido, a los cuales, con la industria que Dios fue servido de me dar en esta santa casa, por mérito del Señor San Juan Bautista y de nuestro padre San Íñigo, tuve discípulos, que eran sordos y mudos a nativitate, hijos de grandes señores e de personas principales, a quienes mostré hablar, y leer, y escribir, y contar, y a rezar, y ayudar a misa, y saber la doctrina cristiana y saberse por palabra confesar, e algunos latín, e algunos latín y griego, y entender la lengua italiana, y éste vino a ser ordenado e tener oficio y beneficio por la Iglesia y rezar las horas canónicas, y ansí éste y algunos vinieron a saber y entender la filosofía natural y astrología, y otro que sucedía en un mayorazgo e marquesado, y había de seguir la milicia, allende de lo que sabía, según es dicho, fue instruido en jugar de todas armas, e muy especial hombre de a caballo de todas sillas. Sin todo esto, fueron grandes historiadores de historias españolas y extranjeras, e sobre todo, usaron de la doctrina, política y disciplina de que los privó Aristóteles.»

Lo tercero, otra escritura otorgada por fray Pedro Ponce, en testimonio del mismo Juan de Palacios, en que, después del memorial de bienes de que: dispone, supuestas las licencias necesarias, dice que estos le fueron dados por la señora Marquesa de Berlanga y D. Pedro Velasco, su hijo, y por otros príncipes y señores, por las razones que expresa en la escritura antecedente, y luego añade lo siguiente: «E la industria que Dios fue servido de me dar en esta casa, fue por méritos del Señor San Juan Bautista e de nuestro padre San Íñigo», etc.

Últimamente, se me aseguró ser tradición constante en el monasterio de Oña, que dicho padre Ponce fue religioso de vida ejemplarísima, y es común en los monjes de aquel monasterio, cuando hablan de él, nombrarle el venerable fray Pedro Ponce. Confirmación puede ser de esta verdad lo que se expresa en la primera escritura, que, ganando con la enseñanza de su arte tanto caudal, no sólo dedicaba las sobras de su gasto ordinario a obras pías, más aún de ese gasto cercenaba para el mismo fin.

Añado, que siendo cierto que no hay cosa en el mundo que tanto lisonjee la voluntad de los hombres, como la reputación de ser dotados de un ingenio muy alto, y pudiendo el padre Ponce lograr esta fama a favor de la invención de su prodigioso arte, como sin duda se atribuiría ésta a una portentosa perspicacia intelectual, si él no descubriese que la debía a muy diferente causa, es prueba de una singular modestia despojarse o renunciar a tan apetecible honor, atribuyendo su descubrimiento a la gratuita recompensa de su devoción, que dicen era muy grande, a los dos santos, el Bautista y el San Íñigo, abad que fue y patrono que es del gran monasterio de Oña; creencia piadosa y muy connatural a un religioso humilde y modesto.

Estas noticias, comunicadas del monasterio de Oña, que se podían dar autenticadas, siempre que sea menester, constituyen, con los testimonios de los autores que he citado en el cuerpo de la carta, un globo de pruebas sobre el asunto, impenetrable a toda réplica y inaccesible a toda solución.»

## Segunda adición

«A los fines del siglo pasado parecieron dos hombres muy señalados y felices en el uso del arte de dar loquela a los mudos. Uno fue Juan Wallis, célebre filósofo y matemático inglés; el otro, Juan Conrado Amman, médico suizo, establecido en Holanda. Uno y otro escribieron, dando noticia de las reglas del arte, sin que uno a otro se debiesen la comunicación de ellas, y uno y otro las practicaron felizmente con muchos mudos. Escribió, primero Wallis; pero se dice, que cuando monsieur Amman vio o supo del escrito de Wallis, ya había enseñado a hablar a seis mudos. Y aun se añade que Wallis confesaba que Amman poseía el arte con más perfección que él. Así lo escriben los diaristas de Treboux, en el tomo III de sus Memorias del año 1701, donde dan un extracto del escrito de monsieur Amman, compendiando las reglas del arte que en él publicó este autor.

Este escrito de monsieur Amman, cuyo título es *Disertatio de loquela*, se reimprimió en Amsterdam el año de 48, con el motivo que voy a decir: En ese año, o poco antes, arribó a París un portugués llamado D. Juan Pereira, el cual publicó de aquella corte, y aún parece que luego empezó a probarlo con la experiencia, que poseía el arte de hacer hablar a los mudos.

La primera noticia que tuve de este fenómeno literario debí a D. José Ignacio de Torres, español, natural de Valencia, sujeto de admirables prendas, que está ejerciendo la medicina en París con singular aplauso, el cual se ha extendido a otras naciones; de modo que logró ser consultado sobre asuntos importantísimos de la facultad médica por algunos príncipes extranjeros, y gratificado nobilísimamente por ellos. Este sujeto, en carta que me escribió habrá como año y medio, entre otras noticias estimables que me daba en ella, me participó la que acabo de referir en la forma siguiente:

«A riesgo de enfadar a vuestra señoría con esta larguísima carta, determino, por si aún no lo sabe, participarle como la alta idea que vuestra señoría exhibe (*Teatro crítico*, tomo IV, discurso XIV), sobre la arte de hacer hablar a los mudos, produjo en el ingenio español D. Juan Pereira el deseo de cultivarla, y la gloria de poseerla actualmente en grado muy sublime. Un mudo de mucha distinción, a quien ha enseñado a hablar, ha llenado de tanta admiración la Real Academia de Ciencias, que su majestad Cristianísima ha querido dar a toda su corte el gusto de ver semejante prodigio. En cuya ocurrencia se admiró tanto la facilidad con que el mudo responde a cuanto se le pregunta, como la gran capacidad de su maestro español, a quien ha mandado su majestad gratificar, y no se duda que pensionará cuando le nombre para la cátedra que se trata ya de fundar en el Colegio Real de Francia, de enseñar a hablar a los mudos. Este establecimiento es glorioso a nuestra nación y especialmente a vuestra señoría, pues el mismo D. Juan de Pereira asegura, que jamás hubiera pensado en semejante cosa, si hallándose en Cádiz, no hubiera, por mera casualidad leído el cuarto tomo del *Teatro crítico*.»

No faltará acaso quien sospeche que algo de amor propio me ha

interesado en trasladar literalmente este pasaje, por lo que expresa la última cláusula. Pero realmente no es así, sino que esa misma cláusula es importante para la discusión de una duda concerniente al arte de monsieur Pereira, de que se tratará abajo.

La segunda noticia del mismo hecho hallé en el primer tomo de las Memorias de Treboux del año de 48, artículo VIII. La tercera tuve de D. Enrique Gómez Suárez, residente en Amsterdam, en carta que recibí suya, sobre varias especies contenidas en mis escritos, con fecha de 1º de Marzo del presente año de 52, en la cual me dice lo siguiente:

«En orden al arte de hacer hablar a los mudos, me parece que vuestra señoría no tiene noticia de lo que pasa actualmente en París. Un judío portugués, llamado Pereira, o sea que tuviese noticia del padre Ponce, o que leyese el Teatro, o de otra cualquiera manera, él se avisó de enseñar a hablar a un mudo, y cuando ya lo tuvo a medio camino, lo presentó a la Real Academia, por intermisión del académico monsieur de la Condamine. Los señores que componen dicha Academia manifestaron su grande admiración en las grandes alabanzas que le prodigaron, animándolo a la continuación, lo que hizo con tan feliz suceso, que al fin de algunos meses, los comisarios de dicha Academia lo presentaron al Rey, el cual le preguntó varias cosas, ya por acciones, ya por escrito, a las cuales respondió muy bien, y habiendo hecho un cumplimiento, se despidió. El monarca quedó tan satisfecho, que hizo a dicho Pereira una pensión anual de 800 libras. Esto fue a la entrada de este invierno; ahora tiene dos, que ya empiezan a hablar. Todo lo tengo de original propio y de monsieur de la Condamine, que lo comunicó al secretario de mi tertulia, con quien se corresponde.»

Es cierto que leí con mucho gusto las referidas especies, por su curiosa amenidad en este género de literatura, pero de leerlas me resultó igual disgusto, conjeturando por ellas cuán ignorado o cuán olvidado está en las naciones, que nuestro monje Fray Pedro Ponce fue el verdadero inventor del arte de enseñar a hablar los mudos. Es verdad que no ignoran esto los señores Torres y Suárez, que me escribieron de París y Amsterdam, pero lo saben únicamente por el cuarto tomo del Teatro crítico donde lo leyeron. Esto no me admira en dos particulares, que si manejan algunos libros, serán los de tal o tal determinada facultad. Pero debo extrañar la omisión de esta noticia en los autores de las Memorias de Trevoux, los cuales constituyen una sociedad bastante numerosa de hombres doctos, cuyo destino los precisa a la lectura de todo género de autores, facultades y asuntos. Las obras de los autores que dan noticia del descubrimiento de nuestro Ponce, esto es, la Historia de Ambrosio de Morales, Filosofía sacra de Valles, y la Biblioteca hispana de D. Nicolás Antonio, por la grande estimación que han merecido a todas las naciones, son comunísimas en sus grandes bibliotecas, con que se representa difícil, que todos aquellos eruditos ignorasen que el padre Ponce fue inventor del arte de enseñar la loquela a los mudos. Por otra parte, tratando de este arte con bastante extensión en dos partes de su dilatada obra, la primera, dándoles para ello ocasión los dos maestros de ella Wallis y Amman, y la segunda, el portugués Pereira, el asunto los llamaba naturalmente a dar noticia, si la tuviesen, de ser el primer inventor de este arte el monje español. Y uno y otro se hace extrañar igualmente, o el que ignorasen la especie, o el que sabiéndola, la omitiesen. Sin embargo, parece cierto lo primero,

pues dan el nombre de nuevo método al arte que ejercían Wallis y Amman, lo que no harían si supiesen por los tres autores referidos, que ese mismo método tenía ya más de ciento treinta años de antigüedad. Digo ese mismo método, porque la exposición que hacen del arte de Wallis y Amman los autores de las Memorias, es la misma que hacen de la de Ponce los tres autores españoles.

Pero no parece cierta esta identidad en cuanto al portugués Pereira, por cuanto éste publica en París, como consta de los autores de las Memorias, que su método de enseñar es diverso del que practicaban Wallis y Amman, y que se le debe únicamente a la fuerza de su ingenio; como también se nos asegura en las Memorias, que no quiere descubrir el método particular que ha inventado. No obstante, ciertas reflexiones que voy a proponer son capaces de retardar algo el asenso a uno y otro. A lo primero, que el mismo Pereira confiesa (así me lo escribe de París D. José Ignacio Torres) que el pensamiento de discurrir sobre el arte, le vino con ocasión de leer en Cádiz lo que yo escribí en el cuarto tomo del Teatro crítico, del descubrimiento que hizo Ponce. Y cómo en la misma parte manifiesto yo sumariamente el método de que usaba Ponce, se hace sumamente verisímil que Pereira caminase por el camino que yo hallé abierto, excusando la arduidad de romper otro nuevo; aunque es verdad que siempre le quedaba largo campo en que ejercitar su ingenio, si había de formar todas las reglas del arte sobre el fundamento que le prestaba aquella breve noticia. Mas D. Enrique Suárez escribe, que el mudo ya enseñado que presentaron al rey Cristianísimo, respondió muy bien a varias preguntas que se le hicieron, ya por acciones, ya por escrito. Nótese el ya por escrito. Si entendía lo escrito, parece que mediante la escritura le había instruido Pereira en la loquela. ¿Y no era ese mismo el método de que usaban Ponce, Wallis y Amman?

También se hace algo difícil lo segundo; esto es, que Pereira pudiese ocultar o hacer impenetrable su método de enseñar; porque sea este el que se fuere, parece imposible esconderle a los mismos a quienes se enseña, pues lo están viendo y tocando, y no tendrá mucha dificultad negociar con alguno de ellos que revele el secreto.

Puede ser que el orgullo del genio nacional influya algo en la jactancia de monsieur Pereira sobre su particular invento, mayormente cuando habla con alguna desestimación del arte y habilidad de monsieur Amman, llegando a dudar, equivalencia de negar, que haya logrado con ella los grandes efectos que refiere, siendo así, que este cita por ellos la ciudad de Harlen, con sus magistrados, y aún toda la Holanda, sin que desde el año de 1701 en que imprimió su disertación De loquela, hasta el de 48, que se reimprimió en Amsterdam, haya padecido contradicción alguna a las experiencias que alega. Así nos lo aseguran los autores de las Memorias alegadas, de cuya relación, sin violencia se puede colegir, que habiéndose sabido en Holanda el ruido que hacía en París monsieur Pereira con su arte, reimprimieron allí la disertación de Amman, para mostrar que el portugués no era más que copista del suizo, y picado aquel de que le quisiesen despojar de la gloria de inventor, hizo y hace lo que puede por acreditarse a sí y desacreditar a Amman. Mas a la verdad, entre tanto que no publica su método como publicó Amman el suyo, duda que logre el intento.

Sea lo que fuere de esto, lo que se ve es, que de París a Amsterdam y de Amsterdam a París se están cañoneando sobre quién es el inventor del arte, sin que nadie se acuerde de Fray Pedro Ponce, que lo fue indispensablemente. Conque, esto viene a ser el caso mismo de la circulación de la sangre, que descubrió un albéitar español, llamado Francisco de la Reina, y después, autores de varias naciones se han andado quebrando las cabezas sobre si el descubridor fue Cisalpino, Aquapendente, el servita Pedro Sarpi, Miguel Servet o Harveo, sin la más leve memoria de nuestro albéitar. Pero ¿quién tiene la culpa de este olvido de los extranjeros, sino el olvido y inatención de los mismos españoles, que miran con indiferencia, algunos con ojeriza, gran parte de lo que es gloria literaria de su nación?»

Respondiendo a una consulta sobre el proyecto de una Historia General de Ciencias y Artes

«Muy señor mío: Aún no del todo convalecido de una penosa fluxión que padecí estos días y me hizo retardar la respuesta a la carta de V. S., digo que recibí esta con singular estimación, por lo mucho que V. S. me honra en ella, suponiéndolo mera liberalidad al mérito que no tengo; en cuya cuenta entra también el considerarme apto para satisfacer a V. S. sobre la consulta que me hace en orden al gran Proyecto Literario que ha concebido de Historia General de Ciencias y Artes, y en que cuanto yo puedo hacer, es representar a V. S. la arduidad de la empresa.

Ésta, señor Conde, no es obra para un hombre sólo, ni para tres, cuatro o cinco, sino para muchos, y estos muy versados en las Facultades de cuya historia se intenta, uno en cada una, aunque podía hallarse tal o tal sujeto que cómodamente abarque tres o cuatro. No sería menester tanto, si hubiese historias particulares de todas esas facultades. Digo que no sería menester tanto. Pero siempre sería menester mucho, porque para extraer la historia particular de cualquiera Facultad, aunque no se requiere un perfecto conocimiento de ello, es necesario mucho más que aquello que se llama tintura.

En esto padecen, no pocos, un engaño notable; y es que, aunque no hayan estudiado ésta o aquella Facultad, juzgan que con tener libros de ella y aplicarse a su lectura, podrán suplir esta falta, por lo menos para imponerse en algunos puntos particulares cuya inteligencia desean. Si uno de éstos se introduce a escribir (como en efecto se introducen algunos) ¿qué absurdos no da a la prensa? Piensa el pobre que copia fielmente lo que leyó en el libro y lo que escribe es diversísimo de lo que leyó. Esto procede, ya de que la inteligencia de una especie pende del conocimiento de otras de la misma Facultad, las cuales él enteramente ignora; ya de que el autor en quien lee, habla debajo de alguna suposición, y él toma, como absoluto, lo que en el libro es hipotético, ya porque de arriba viene derivada alguna restricción que él no leyó, o de que no se hizo cargo, ya de que tomó algún término en la significación que tiene en el uso común y no en la que tiene dentro de aquella Facultad, ya de otros principios que es excusado enumerar.

Ya por estos principios, ya por aquellos, ya por los otros, ¡qué

monstruosidades y cuántas he visto salir a luz de las plumas de algunos de estos aventureros de la República Literaria! De Virgilio se dijo que sacaba oro del informe o rudo plomo de Eunio, u otra materia, que no es menester nombrar ahora, más vil que el plomo o la escoria. Mas, estos escritores, sin vocación, sin ingenio, sin estudio, como alquimistas al revés, el oro que encuentran en los libros transforman en hierro, en plomo, en escoria.

No niego yo que hay sujetos capaces de imponerse muy bien en una u otra Facultad, y aun poseerlas ventajosamente, sin voz viva de maestro mediante el mero auxilio de los libros: pero éstos son:  
...Pauci, quos aequus amavit Jupiter.

Son muy pocos, son raros. Pero son muchos aquellos entre quienes cada uno piensa de sí mismo que es uno de esos raros. De aquí viene verse tratados, o de intento o por incidencia, asuntos de que ni aun una superficial inteligencia tenían sus Autores y, por consiguiente, vertidos en ellos errores crasísimos. Y aun esos pocos que son capaces de instruirse solamente por los libros en esta o aquella Facultad, es menester que por los mismos libros tengan estudio metódico, empezando por los principios, tomando de ellos el hilo a las consecuencias inmediatas de ellos; de estas a las mediatas, distinguiendo con cuidado lo cierto de lo solamente probable, etc. Es verdad que aquellos a quienes Dios dotó de un entendimiento claro y reflexivo, no necesitan de que otro les haga esta advertencia. Ellos la sacan de su propio fondo. Y los que tienen tan cortos talentos que por sí mismos no advierten esto, poco o nada adelantarán, aunque se dediquen a estudiar metódicamente por los libros.

Pase esto por digresión; y volviendo al propósito, digo que aun fuera de lo mucho que V. S. podía hacer por sí misma, habrá en la Corte sujetos bastantes para extraer muy bien las historias que haya escritas de muchas Ciencias y Artes, ya que no de todas. ¿Pero querrán todos los que son hábiles para ello dedicarse a ese trabajo? Mucho lo dificulto. Unos estarán empleados en otras tareas, que considerarán más útiles para sus personas. Otros se hallarán ligados de obligaciones o Políticas o Morales que les impedirán trabajar para la imprenta. Otros tendrán otros obstáculos.

Aun vencida esta dificultad, si es posible vencerla, resta la de encontrar los libros necesarios para esa gran colección. Yo pienso que son pocos los que hay de Historias particulares de Ciencias y Artes. O por lo menos son pocos los que han llegado a mi noticia. No obstante apuntaré a V. S. lo poco que se me fuere ocurriendo conducente a su propósito.

Para la historia de la Filosofía hay en los dos tomos que escribió el inglés Tomás Stanley, debajo de este mismo título, cuanto se puede desear de la filosofía antigua. Para continuar desde allí la historia hasta nuestros tiempos hallará V. s. muchos materiales en varios discursos del Teatro Crítico, v. gr. Guerras Filosóficas, El gran magisterio de la experiencia, Mérito y Fortuna de Aristóteles, etc.

Pueden conducir al mismo asunto los tres libritos del Padre Regnault, cuyo título es Origen antiguo de la Física moderna.

La historia de la medicina escribió Daniel Leclero, docto médico de Ginebra. Es verdad que no se extiende más que hasta Galeno, pero hizo después un Plan de continuación hasta nuestros tiempos que puede servir de



mucho. Y algo hay conducente en mi discurso sobre la medicina.

Para la historia de la Geometría, Aritmética, Astronomía y otras ciencias Matemáticas, hay mucho en el Tratado Proemial De Progressu Matheseos et Illustribus Matoematicis que estampó el padre Dechales en el primer tomo de su Mundo Matemático.

De la Música se puede formar historia casi completa de los muchos materiales que hay para ella en la Historia y Memorias de la Academia Real de las Inscripciones y bellas letras. En el tomo undécimo que es índice de los diez precedentes, v. Musique, verá V. s. notados todos los lugares donde hay dichos materiales.

Los Coloquios sobre la vida y obras de los más excelentes pintores antiguos y modernos que compuso el señor Andrés Felibien, dan muchas noticias conducentes a la Historia de la Pintura, como para la de la Arquitectura, la Colección histórica que hizo Juan Francisco Felibien, hijo del referido, de la vida y obras de los más célebres Arquitectos.

Finalmente, en defecto de historias formadas, indicaré a V. s. tres fuentes copiosas de noticias para la historia de Ciencias y Artes, que son el Theatrum Vitae Humanae de Lorenzo Beyerlink, las Memorias de Trevoux y los tres tomos últimos de la Historia Antigua de Monsieur Rollin. En el primero no, hay sino buscar por orden alfabético el nombre de la Facultad de quien se desean las noticias, y debajo de él se hallarán. V. gr.: Quiere V. s. noticias conducentes para la historia de la jurisprudencia. En el cuarto tomo, página 748, verá el título Jus. Jurisprudencia, y consiguientes a él trece hojas llenas de especies pertenecientes a esta Ciencia. Es verdad que el autor de esta dilatada obra suele ser poco exacto: defecto común a los que toman por su cuenta muy abultadas colecciones.

Las Memorias de Trevoux contribuirán con grandes y más seguros socorros para el asunto; grandes, porque ésta dilatada obra fue y está dedicada a ese fin, y así le pusieron y ponen sus autores el título de Memorias para la Historia de las Ciencias y Bellas Artes; más seguros, por la mejor crítica y más ciencia de los Autores; porque como son muchos los que trabajan asociados en esta obra, dividiendo entre sí los asuntos, abarca cada uno sólo aquello que es proporcionado a su estudio, inteligencia y comprensión.

El modo de usar dichas Memorias es recurrir a la tabla que hay al fin de cada año, donde en distintas divisiones se coloca el índice de todos los escritos de que se dio noticia en los cuatro tomos pertenecientes a aquel año, poniendo las distintas materias debajo de los títulos correspondientes, v. gr. debajo del título Medicina se citan en sus respectivos lugares los libros pertenecientes a esta facultad de que se hizo crisis o extracto en aquellos cuatro tomos; lo mismo debajo de los títulos Poesía, Música, etc,

En los tres tomos últimos de la Historia Antigua de M. Rollin tendrá V. s. un servicio muy pronto, porque en ellos trata el autor de varias Ciencias y Artes, apuntando el progreso que han tenido desde la antigüedad hasta nuestros tiempos. Es autor muy exacto, claro y de bello juicio, aunque en esta materia no da muchos materiales, porque procede muy compendiariamente.

En caso que con los auxilios indicados y otros que ocurrirán,

agregándose sujetos aptos y en suficiente número para la obra, considere V. s. asequible su proyecto, le exhortaré no obstante, que no comprenda en él la Sagrada Teología, a menos que de su Historia se cargue algún teólogo muy docto y de gran extensión en esta Facultad. De otro modo, es próximo el peligro de caer en innumerables y crasísimos errores. Esto por las razones que apunté arriba. Piensa el que no es profesor que copia lo que leyó en el libro, y en vez de una doctrina muy buena, estampa un desatino.

Yo tuve algunos años ha, el pensamiento de escribir la Historia de la Teología, pero habiéndolo comunicado a algunas personas, cuyo juicio me era y es más respetable, me disuadieron de él, representándome que en España había mucha mayor necesidad de Literatura mixta, cuyo rumbo había yo tomado, destinada a desengañar de varias opiniones erradas que reinan en nuestra región y aún en otras, que de Historia Teológica. A esto se añadió considerar que el plan que yo me había formado para esta historia, se extendía a una tal amplitud, que era muy verisímil me faltase la vida o las fuerzas para concluirlo; porque había de comprender, no sólo la Teología natural, dogmática, escolástica, y moral, más también la que abusivamente se llama Teología; esto es, la errónea, en que se incluyen la heretical y gentílica antigua y moderna: tres campos vastísimos, y uno de ellos, esto es, el de la Teología gentílica antigua, cubierto de innumerables oscuridades.

Espero que V. s. me avise si da algún principio a la ejecución de su proyecto y con qué circunstancias, en cuya vista es posible suministre a V. s. algunas noticias o reflexiones conducentes a su prosecución, deseando complacer a V. s. en esto y en todo lo demás que quiera ordenarme. Nuestro Señor guarde a V. s. muchos años. Oviedo.»

#### Noticia curiosa relativa a un punto de la carta antecedente

Dije en ella que son pocos los que sin voz viva de maestro, mediante sólo el auxilio de los libros, pueden llegar a poseer ventajosamente esta o aquella facultad. Ahora digo, que entre esos pocos ocupa un lugar muy distinguido cierto doctísimo inglés moderno, de quien se da noticia en las Memorias de Trevoux del año de 1732, página 109, mediante una carta que escribió un miembro de la Sociedad regia de Londres, a uno de los Diaristas de Trevoux. La carta traducida es como se sigue:

«Un grande genio supera todas las incomodidades de la fortuna, del nacimiento, de la educación. Monsieur Stone es un raro ejemplo de esta verdad. Hijo de un hortelano del duque de Argile, llegó a la edad de diez y ocho años sin saber leer. Su padre no era capaz de enseñarle su oficio con aquel modo elevado que hace la cultura de huertos y campos una parte muy útil y noble de la Física.

Habiendo, por casualidad, un doméstico enseñado a leer al joven Stone, nada más fue necesario para hacer explicarse y salir a luz la rara fuerza de su genio. Él se aplicó, él estudió, él arribó a la inteligencia de la más sublime geometría y del cálculo sin maestro, sin conductor, sin otro guía que su propio entendimiento.

A la edad de veintiocho años ya había hecho todos estos progresos,

sin que nadie lo entendiére y aun se puede decir, sin entender él mismo los prodigios que pasaban en él, esto es, sin presumir que otro cualquiera no adelantaría lo mismo que él aplicándose del mismo modo.

Milord el duque de Argile, que junto a todas las virtudes militares y a todas las cualidades propias de un héroe, poseía un conocimiento universal de todo lo que puede adornar y perfeccionar el entendimiento de un hombre de su clase, paseándose un día en su huerta, vio sobre la hierba el famoso libro de los Principios matemáticos de la Filosofía natural, del caballero Newton, en latín; y llamando a alguno para que lo recogiese y llevase a su biblioteca, acudió al punto el joven hortelano diciendo que aquel libro era suyo. -¿Cómo tuyo?-replicó el duque ¿Pues sabes tú la Geometría? ¿Entiendes el latín? ¿Y, sobre todo, entiendes a Newton? -Algo de todo eso entiendo, respondió Stone con un aire de sencillez, procedido de la profunda ignorancia de sus propios talentos y del exceso de su saber.

Sorprendido el duque lo examinó, proponiéndole varias cuestiones, a que Stone dio respuestas tan claras, tan adecuadas y decisivas, que admirado el Milord le preguntó cómo había arribado a saber tanto.

-Señor -respondió Stone- ha diez años que un doméstico de la casa de V. s. me enseñó a leer; sucedió ver después hacer una obra de Arquitectura en vuestro Palacio; noté que el Arquitecto usaba una regla y un compás y que calculaba; y preguntando yo qué era aquello y de qué servía, vine a saber que hay una Ciencia que se llama Aritmética, otra que se llama Geometría y en general el uso que tienen estas ciencias. Compré, pues, lo primero, un libro de Aritmética y aprendí esta facultad; luego libros de Geometría y la aprendí también. Vine a saber después que había buenos libros de estas dos facultades en latín. Compré un Diccionario y aprendí la lengua latina. Supe también que había bellos libros de la misma facultad en francés. Compré un Diccionario de esta lengua, y la aprendí. Vea aquí, Señor, todo lo que he hecho; y a mí me parece que para aprender cuanto se quiera, no es menester conocer más que las veinticuatro letras del alfabeto.

Hechizado de esta relación el duque, sacó al nuevo geómetra de la oscuridad en que estaba, dándole un empleo en que podía subsistir muy honradamente y le dejaría todo el lugar necesario, para sus estudios y especulaciones. Descubrió en él igual excelencia de genio para la Música, para la Pintura, para la Arquitectura y otras Ciencias.

El resto de la Carta sobre los grandes elogios al soberano ingenio de Mons. Stone, por el cual hizo muchos nuevos descubrimientos en la más sublime Geometría, añade, que bien lejos de engreírse con la satisfacción de sus raros talentos, éste es un hombre de una sencillez, candor y modestia admirables.

Lo que en esta carta se dice del duque de Argile, nada tiene de raro en Inglaterra, donde los nobles de todas clases cultivan las letras mucho más que en Francia, ni en Italia, ni otra parte alguna del mundo, lo que puedo asegurar por haberlo leído en Autores franceses de la mejor nota.»

Responde el autor a un tertulio que deseaba saber su dictamen en la

cuestión de si en la prenda del ingenio exceden unas naciones a otras.

«Muy señor mío: Es muy propio de tertulia, y aún de una formal Academia, el asunto que V. md. participa haberse tratado en la que frecuente; esto es, si en el ingenio o habilidad intelectual hay exceso de unas naciones a otras, y, en caso de haber desigualdad, a cuál o cuales se deba adjudicar la preferencia. Duda es esta que me ha ocurrido algunas veces, pero pasé por ella ligerísimamente, haciendo poquísima reflexión, hasta ahora, que V. md., proponiéndome la materia como por vía de consulta, me ha excitado a meditar algo seriamente sobre ella. La cuestión consta, como se ve, de dos partes. Y en cuanto a la primera, parece ser se da por asentada, hablando en general, aquella desigualdad, pues la suponen necesariamente los mismos que discrepan sobre conceder la ventaja a esta o aquella nación, como asimismo los que califican ésta o aquella de sutil o de grosera. Los antiguos, comúnmente, reputaban los griegos por los más perspicaces de todas las naciones y, al mismo tiempo, dentro de la misma Grecia hacían una notable excepción en perjuicio de la Beocia, a quienes capitulaban de rudísimos, de donde procedió el injurioso sarcasmo de Sus Boeotica, por ser esta inmunda bestia una de las más torpes que hay en la amplísima prole de los irracionales.

Entre los modernos suponen la misma desigualdad, ya los muchos que a la propia nación conceden la ventaja, ya los pocos que, desnudos de pasión, la atribuyen a otra distinta, v. gr., unos a la inglesa, otros a la francesa, otros a la italiana, no faltando tampoco votos a favor de la española. En lo propio convienen los que notan de ingenios pesados los de algunas naciones, en que padecen, más que otros, los Holandeses, Alemanes y Suizos. A los primeros, ya les viene de la antigüedad la expresión injuriosa de Auris Batava. De la Alemania dudó el discreto padre Bouhours, si era capaz de producir algún bello espíritu. Y el cardenal Du-Perron, hablando del jesuita Gretsero, decía que para un alemán tenía bastante entendimiento. Ya se ve lo que significa esto. En orden a los Suizos fue muy celebrado el dicho del mariscal de Cramont, jefe de especial reputación en los reinados de Luis XIII y Luis XIV. Disputábase en una conversación cuál de los brutos, por la perspicacia o sagacidad, era más parecido al hombre, y después que uno votó por el perro, otro por el caballo, otro por el elefante, etc., cerró la plana el mariscal con este fallo:

Sienta cada uno como quisiere. Yo digo que el animal más parecido al hombre es el Suizo.

Lo que yo siento es que en esto se habla con más preocupación que validez. Y empezando por la Beocia, en aquella provincia nacieron Plutarco, uno de los mayores genios que tuvo la antigüedad, y el gran poeta Píndaro, a quien una mujer de la misma Beocia, la admirable Corina, disputó el principado de los poetas líricos, que no pudo cuestionarle poeta alguno de otra nación. Dícese que le venció en algunos certámenes, aunque no faltan quienes atribuyen este triunfo, más a su hermosura que a su ingenio.

La Holanda produjo excelentísimos gigantes literarios. Testigos: un Erasmo y un Grocio, en todo lo que es inconexo con la Religión. Un Cristiano Hughenio, en Filosofía y Matemática, y aquel que ya todo el

mundo llama el gran Boerhave en Medicina.

La Alemania, en nuestros días, tuvo al incomparable Sajón, Gofredo Guillermo, barón de Leibnitz, a quien los Diaristas de Trevoux, no obstante la diversidad de Religión, apellidaron el Legislador de las Ciencias, y con razón, pues apenas hubo alguna parte de ellas en que no fuese eminentísimo y en que no hiciese nuevos descubrimientos. Otros muchos grandes hombres produjo Alemania, como los Reuclinos, los Tritemios, los Clavios, los Kleperos, los Kirquierios; pero ninguno me ocurre que a la vista de este gigante no parezca pigmeo.

Por los Suizos hablen los dos Bernullis, de Basilea, Jacobo y Juan, tan profundos matemáticos, que con otros tres contemporáneos, uno francés, otro inglés y otro alemán, hicieron clase aparte, superior a todos los demás de esta profesión, que florecieron en aquel tiempo. Agréguese a éstos, otro Bernulli, Nicolás, hijo de Juan, de quien en el Suplemento, de Moreri, del año 35, se lee, que de ocho años hablaba, sobre la lengua nativa, la francesa, la flamenca, la alemana y la latina. Y hoy es un gran ornamento de la imperial Academia de Petresburg, adonde fue llamado como profesor ilustre de las matemáticas.

Mas porque como de los Suizos sólo he nombrado ingenios celebrados en la profesión matemática, podrá alguno discurrir en aquella nación alguna particular disposición genial, que únicamente los tiene aptos para las Facultades pertenecientes a esta línea. El cardenal Palavicino nos muestra en la persona del maldito heresiarca Ulrico Zuinglio, un Suizo de ingenio potentísimo para todas las Ciencias: Obscuro natus genere in Helvetia, sed ingenio aptissimo ad omnes disciplinas addiscendas. Y por lo que mira especialmente a las artes Política y Militar, ¿cómo se puede negar un gran conocimiento de ellas, por lo menos de la primera, a una nación poco numerosa, que, no obstante estar colocada entre dos poderosísimas, y, sin embargo de sus domésticas discordias en asunto de Religión, está conservando su libertad más ha de cuatro siglos?

Si se me dijere que de cada una de las cuatro regiones expresadas, he nombrado pocos ingenios, responderé, que ingenios de la estatura de los que he nombrado, en ninguna parte hay muchos. Y el que pretenda lo contrario, señálelos. Es verdad, que si se da estimación a algunos catálogos impresos de escritores de éste y aquél reino que andan por el mundo, y a los magníficos elogios con que los exaltan los que formaron esos Catálogos, se hallará que cada uno de esos reinos produjo un gran número de gigantes literarios, porque el catálogo de cada reino es obra de un natural del mismo reino, y cada uno habla de su patria como el payo que decía que el campanario de su aldea era mejor que la Giralda de Sevilla. Yo vi algunos de esos Catálogos, y en ellos altamente elogiados, sujetos, a quienes por sus escritos, muy a satisfacción, había tomado la medida, y conocido por ella que su estatura no excedía la medida ordinaria y muy ordinaria. Pero los que leen algunos de estos Catálogos, sin más noticia de los elogiados que las que les ministra el mismo Catálogo, dirán asombrados lo que los mentirosos exploradores de la tierra de Canaán: *Ibi vidimus monstra quaedam filiorum Enac de genere giganteo, quibus comparati quasi locustae videbamus*. Siendo tan falsa la literatura gigantesca de aquellos autores, como la corpulencia gigantesca de los Cananeos, que nada excedía a la de las regiones vecinas.

De modo, que el que leyere esos varios Catálogos, determinado a juzgar por su informe los sujetos, hallará que no hay provincia, por pequeña que sea, que en jurisprudencia no haya producido dieciocho o veinte Covarrubias; en Teología, otros tantos Suárez; en Historia, otros tantos Zuritas; en la predicación, otros tantos Vieyra; etcétera. Las de tales escritos, más parecen representaciones cómicas que narraciones serias. Representaciones cómicas digo, porque como en éstas un hombre ordinario representa un héroe, en aquellos escritos se hace que, un muy mediano literato, figure un sabio de primera clase y primer orden.

Realmente, vuelvo a decir, los muy ilustres y agigantados ingenios, en cualquiera reinos son raros. Es así que esta rareza puede ser mayor o menor en unos reinos que en otros, y acaso no habrá nación o naciones tan infelices, que no parezca en ellas alguno de esta clase. Que no parezca, digo, pues el que no le haya no puede saberse. ¡Cuántos talentos insignes que pasmarían al mundo, si salieran al teatro, quedan escondidos, porque su pobreza, o la de su patria, u otra circunstancia adversa les negó las ocasiones de manifestarse!

¿Y qué sé yo si el concepto común de que unas naciones son más ingeniosas que otras, procede, en gran parte, de que muy comúnmente se equivocan el ingenio con la ciencia y la rudeza con la ignorancia? Si en una nación no hay estudios, ni públicos, ni particulares, y falta en ella toda cultura, como en casi todas las de la África y la América, la voz común declara por rudos sus habitantes, como al contrario, los naturales de provincias, donde hay socorro abundante de todo género de literatura y enseñanza de las buenas artes, son reputados por muy hábiles. Uno y otro, sin bastante fundamento. Los griegos tan orgullosos a un tiempo con su saber, que trataban de bárbaros a todos los demás habitantes del mundo, hoy pueden ser tratados de bárbaros de aquellas mismas naciones a quienes llamaban bárbaros ellos. Transmigraron las Escuelas y las ocasiones de su uso, de la Grecia a otros reinos; con ellas transmigró de aquella gente a otras la reputación de hábiles para las Ciencias y las Artes.

¿Y qué estimación tenían tampoco los ingenios griegos en aquel tiempo anterior, en que ya los sacerdotes griegos, ya los magos orientales se juzgaban únicos depositarios de las ciencias? De modo que éstas, por varios accidentes, fueron rodando de unas naciones a otras, sin inmutarse el temperamento de cada una: aquel temperamento, digo, a que se atribuye el que sean más o menos hábiles los que nacen debajo de tal o tal clima. Con que subsiste siempre en un punto mismo la habilidad nativa, aunque con una desigualdad grande en las oportunidades para hacerla fructificar.

Pocos años ha eran tenidos los Moscovitas por gente sumamente estúpida y brutal, que conservaba toda la barbarie, y, aun acaso con algún aumento, de sus antiguos progenitores los escitas. Hoy florece entre ellos el estudio de la Filosofía, Matemática, Política, Arte militar, las liberales y mecánicas, sin que las cualidades del terreno o la atmósfera sean otras de las que eran antes; debiéndose mudanza tan prodigiosa únicamente al accidente feliz de lograr aquel imperio un monarca de habilidad, celo y aplicación. En otras naciones septentrionales se puede notar la misma variación, aunque con movimiento mucho más tardo. ¿Qué semejanza hay de los suecos y dinamarqueses de estos tiempos a aquellas fieras que, con el nombre de Godos, Vándalos y Alanos, vinieron del norte

a desolar nuestras provincias?

Estas reflexiones me hacen ahora vacilar en el concepto que antes tenía, de que cierta nación es superior en la penetración intelectual a todas las demás del resto de Europa. ¿Mas qué inconveniente habrá en que la nombre? Hablo de la Anglicana. Por lo que mira a los ingleses modernos, hay una razón visible para que entre ellos haya hombres más sobresalientes en las Ciencias naturales que en otra nación alguna, sin exceder a las demás en el ingenio, que es ser mayor o más común la aplicación al estudio. Monsieur Rollin, tan conocido en el mundo por las muchas y bellas historias que escribió, con algún dolor confiesa que dicha aplicación reina con grande exceso en Inglaterra, respecto de la Francia, lo cual conoció, en que habiendo tratado muchos gentilhombres, viajeros de aquella nación, apenas vio alguno que no fuese adornado de bellas noticias en alguna o algunas facultades. Y por otra parte, tengo entendido que muchos de los milordes o señorazos principales, si no los más, tienen excelentes bibliotecas de que se aprovechan y permiten aprovecharse a otros. Así puede muy bien suceder que, sin exceso particular en los nativos talentos, logre la Gran Bretaña sujetos más instruídos en las Ciencias y Artes, que otras naciones; al modo que una tierra, sin más copia o mejor calidad de jugo nutricio que otra, produce más y mejores frutos, sólo por el exceso del cultivo. A que se debe añadir, que es más fácil hallarse entre cuatro mil que entre dos mil que se apliquen, cuatro sobresalientes ingenios.

Es verdad que la Inglaterra ha mostrado no pocos genios tan altos o de tan superior nota, que ha movido a algunos literatos de otras naciones a concederle alguna ventaja genial sobre las demás. Heideggero, autor alemán, reconoció en los ingleses un genio más sutil que en las demás naciones. El gran Fontenelle (de quien se puede asegurar que ninguno estuvo más proporcionado que él para decidir en esta materia), aunque en ninguna parte dice con expresión esto mismo, en muchas habla con tal énfasis de los ingenios anglicanos, que sin violencia alguna se le puede atribuir la propia opinión. Y es muy de notar que son muchos los autores franceses que, no obstante la notoria emulación de las dos naciones, dan por sentada en la inglesa una mayor penetración y profundidad en el pensar, reservando para sí la gloria de explicarse mejor; y no puede negarse que en esto segundo son muy superiores los franceses a aquellos vecinos suyos, por lo que ya vino a hacerse como adagio lo de concepto inglés en pluma francesa.

Pero entre los autores franceses merece alguna consideración particular el P. Renato Rapin, no sólo por ser un crítico muy celebrado de los de su nación y aún de otras, más también porque siendo así que su mucha religiosidad es natural de inclinarse a mirar con ceño la audacia del genio inglés, tan intrépido en atropellar las máximas más seguras en que estriba la Religión, no por eso dejó de hacer justicia a ese mismo genio en cuanto a su penetración y profundidad filosófica, pues en sus Reflexiones sobre la Filosofía, sect. 18, después de confesar en general esa ventaja de la penetración anglicana en aquellas voces: Los ingleses por la profundidad del genio que es ordinaria en su nación, etc.; hablando en particular de los filósofos de espíritu original entre los modernos, sólo halla uno en Francia, que es Descartes; otro en Italia, que es Galileo, pero en Inglaterra reconoció hasta tres, Bacon, Hobbes y Boyle.

¿Qué diera el P. Rapin si hubiera alcanzado aquel asombro de los ingenios, aquel que con vuelo más que de águila se remontaba a las celestes esferas y con perspicacia más que de lince parece que penetraba hasta la profundidad de los abismos? Mucho más que todo esto significa el nombre del gran Newton. De los tres nombrados por el P. Rapin, no he visto a Hobbes, ni cosa alguna suya. Sé que es celebrado por su agudeza, pero también sé que es detestado por su impiedad: hombre que quiso quitar la deidad al Rey del Cielo, para constituir deidades los reyes de la tierra, no reconociendo otras leyes divinas o humanas que el mero arbitrio de los príncipes.

Bacon y Boyle fueron filósofos originales y profundos; más profundo y más original que los dos, Newton. A Bacon, descubriendo la naturaleza el atrio de su magnífico palacio, puso a su vista las puertas por donde se podía entrar a los cuartos interiores, y él dio noticia al mundo de uno y otro en sus dos célebres obras: *Novum organum scientiarum*, y *De Augmentis scientiarum*. A Boyle entregó la llave de una de las principales puertas por donde entró al salón de la Anatomía de los cuerpos inanimados. A Newton dio una antorcha de vivísima luz, con que pudo registrar amplísimos espacios de aquel grande edificio, en quienes todos los filósofos anteriores nada habían visto, sino tinieblas.

Otros sujetos muy insignes pudiera nombrar de Inglaterra, pero tales, que tengan sus equivalentes otras naciones. Fuera de que mi instituto no es sacar al teatro cualesquiera hombres grandes, si sólo aquellos pocos

*Qui ob facta ingentia possunt*

*Vere homines et semi-dei, heroesque vocari.*

Palingen. in Crapic.

Sin embargo de lo dicho, la razón alegada antes de la mayor aplicación de la nación inglesa al cultivo de las letras, siempre subsiste para hacer dudar si a ella, más que alguna particular disposición nativa, debe los gigantes de extraordinaria estatura que he señalado. A que se puede añadir, para mantener la misma duda, que el genio inglés más intrépido y resuelto que el de otras naciones, contribuye mucho al crédito y esplendor de sus ingenios. Es cierto que de dos ingenios iguales, pero uno muy tímido, otro animoso, resplandecerá más el segundo, no sólo en la conversación, en que la audacia es la mayor ventaja de todas para el lucimiento, pero aun en los escritos, en los cuales el tímido, aunque en muchos asuntos sea capaz de levantarse sobre el modo común de pensar o discurrir de los demás hombres, varios riesgos que medita en fiar a la pluma ideas particulares, se la hacen contener dentro de unos límites tan angostos que, tal vez, el que pudiera aspirar a la gloria de autor original, por sus miedos queda metido entre la innumerable turba de los vulgares escritores; al contrario, el animoso que no recela dar las velas al viento, aunque prevea los peligros del golfo, logra, dando a luz los pensamientos que le sugiere su genio elevado, ser conocido y estimado de los hombres de inteligencia por lo que es. Así se puede decir que en las empresas científicas, como en las militares, el valor concurre con el entendimiento a hacer los héroes, o por lo menos a que sean conocidos por tales los que realmente lo son.

Pero ve V. md. nada que de esta última reflexión mía resulta un argumento de paridad a favor de la común opinión que a diferentes naciones



reparte desiguales ingenios. Si los ingleses son más animosos que los naturales de otros reinos, luego el valor es mayor o menor en diferentes climas, lo cual, sin duda, proviene de la diversidad de los temperamentos. Ahora, pues, según la sentencia más corriente, que no admite desigualdad entitativa en las almas, también de la diversidad de los temperamentos proviene la desigualdad de los ingenios: en diversas naciones hay diversos temperamentos (lo cual no sólo se colige de la desigualdad en el valor, más también en varias propiedades geniales, que no se puede negar nacen del temperamento, pues una nación es más activa, otra más perezosa; una más ardiente, otra más moderada; una más abierta como la francesa, otra más circunspecta como la española; una más sencilla como la flamenca, otra más cauta como la italiana, etc.). Luego también hay en naciones diferentes ingenios desiguales.

Si he de decir la verdad, no me ocurre solución tan expedita a este argumento, que no admita réplicas sobre réplicas; y como esto me haría alargar mucho, tengo por más oportuno eludir su fuerza, balanceándole con otro argumento en contra, tomado de la experiencia. Yo vivo desde mi adolescencia en una República (la de mi Religión), donde sin cesar se está tomando con bastante exactitud la medida a los talentos de sus individuos, para confiarles los empleos literarios o excluirlos de ellos. Y aun después de conferidos, dan frecuente materia a los coloquios familiares las noticias de los que desempeñan mejor su obligación, y descubren más o menos talento en los ejercicios de su profesión, de modo que por grados se está ajustando cada día el valor de la habilidad intelectual de cada uno. En sesenta y un años, o algo más, que ha que vivo en esta República, he visto concurrir en ella innumerables sujetos de todas las provincias de nuestra monarquía, de modo que pude tantear bastantísimamente la igualdad o desigualdad de los naturales de ella en el asunto de la cuestión; pero protesto, que aunque este objeto me llamó el pensamiento varias veces, nunca reconocí alguna ventaja de unas a otras, sin embargo que en los naturales de estas provincias se nota comúnmente bastante diversidad de genios. Luego no hay consecuencia de esta a la desigualdad de ingenios.

He razonado lo que, sin orden preconcebido antes, sucesivamente me fue ocurrido por una y otra parte. Y ahora se me representa que oigo a V. md. preguntar: ¿en qué quedamos? A que respondo, que no me atrevo a dar la sentencia, pero me conformaré con lo que V. md. resuelva, o con lo que resolviere su tertulia, si en alguna sesión suya se volviese a tocar el mismo punto.

Si acaso V. md. hiciese el reparo de que no hago particular mención de la nación española sobre el asunto de ésta, a que parece debía conducirme el afecto debido a la nación, le satisfago remitiéndole al Discurso XIV del IV tomo del Teatro Crítico, donde me extendí sobre esta materia, de modo que nada tengo, que añadir a lo que allí he escrito. Nuestro Señor guarde a V. md., etc.»

Nota sobre la carta antecedente

«La que he dicho en ella que, en igualdad de entendimientos, los animosos son más capaces de producir escritos ingeniosos y brillantes que

los tímidos, pide una advertencia muy importante. La máxima tomada en general es verdadera, porque el tímido, no atreviéndose a salir del camino carretero, ¿qué ha de decir sino lo que antes dijeron otros muchos? Podrá tener algunos pensamientos altos, nobles, exquisitos, pero en su entendimiento quedarán escondidos y negados a la pública luz desde que nacen, o, por mejor decir, condenados a no nacer, pues nunca salen del seno materno, donde no lograron otro ser que aquel que les dio la concepción. El animoso, no dudando llevar el concepto al parto, porque no le aterran los peligros a que le expone, con un pensamiento singular y sublime ilustra a un mismo tiempo su pluma y la materia en que la emplea.

Pero lo primero se ha de considerar que esta animosidad nunca se debe extender a más que las ciencias puramente naturales, y aún en éstas, es menester gran comprensión para demarcar con exactitud los límites, porque tal vez una novedad filosófica trae en sí envuelta una monstruosidad teológica, o, diciéndolo de otro modo, lo que en la ciencia natural parece un nuevo feliz parto, respecto de lo sobrenatural, no es más que un triste lamentable aborto. La misma Inglaterra, cuyos ingenios he celebrado en la carta, de dos siglos a esta parte, nos ha mostrado con hartos ejemplos a cuán horribles precipicios están expuestas las plumas nimiamente intrépidas.»

#### De los filósofos materialistas

«Muy señor mío: Dígame V. S. que habiendo leído la Gaceta de Madrid de 28 de marzo del presente año de 52, y en ella el edicto del señor arzobispo de París contra las Conclusiones que en la Sorbona defendió el día 18 de Febrero del mismo año el bachiller Juan Martín de Prada, entre muchas cualificaciones con que declara la perniciosidad de algunas de dichas Conclusiones, notó la de favorables a la impiedad de los filósofos materialistas. Notó, dice V. S. esta calificación porque, habiendo leído muchos Catálogos de proposiciones condenadas, ya por los soberanos pontífices, ya por los Santos Tribunales de Roma y de España, en ninguno halló otra semejante, lo que le excitó un vivo deseo de saber qué significa la expresión de Filósofos materialistas, o qué nueva casta de filósofos es esta, haciéndome a este fin la honra de servirse de mí para su explicación, lo que ejecutaré lo menos mal que me sea posible.

La casta de los filósofos materialistas no es nueva, antes muy antigua, sin que esa antigüedad sirva para calificación de su nobleza, siendo la más ruin de todas, ya porque pretende envilecer el alma racional, degradándola de su espiritualidad, ya porque conduce derechamente al ateísmo. Digo que es muy antigua, pues Aristóteles atribuye la opinión del materialismo del alma a alguno de los filósofos que le precedieron, como a Demócrito, Leucipo y parte de los pitagóricos. Pero no sé con qué justicia incluye entre ellos a su maestro Platón, imputándole la sentencia de que el alma se compone de los cuatro elementos, para lo cual le cita en el Timeo, pues yo puedo asegurar que ni en el Timeo ni en otro alguno de los libros de Platón vi vestigio de este sentir, antes, por lo común, habla muy dignamente del alma, reconociendo

en ella cierta especial participación de la naturaleza divina.

La opinión que Aristóteles atribuye a Platón es reconocida comúnmente en Galeno, pues lo mismo es constituir el alma en la Harmonía de las cuatro primeras cualidades, como la constituía Galeno, que componerla de los cuatro elementos.

Mas si entre los antiguos hubo uno u otro filósofo que afirmase la corporeidad del alma, parece que entre los modernos creció considerablemente el número de los sectarios de este delirio, a quienes se da el nombre de materialistas, pues no admiten sustancia alguna que no sea material o corpórea. Yo ningún autor he visto de los que sostienen tan pernicioso dogma, y ojalá ninguno aparezca por acá jamás. Pero sí varios autores extranjeros amargamente se quejan de que esa impía doctrina tiene bastante séquito, por lo menos en Inglaterra. Tomás Hobbes, ingenio muy celebrado en aquella nación, todos asienten que en sus libros la procuró establecer. Juan Locke, a quien algunos hacen príncipe de los metafísicos de estos últimos tiempos, parece debe agregársele, aunque acaso no se explicó muy claramente. ¿Pero qué quiere decir el que no repugnan algunos grados de inteligencia en una piedra? Para este desbarro le vi citado en buenos autores.

El edicto del arzobispo de París suficientemente da a entender que el partido de los materialistas es algo numeroso; pero mucho más claramente lo expresa el del obispo de Montalván, a que dieron ocasión también las Conclusiones del Bachiller Prada o Prades (este segundo, pienso que es su verdadero apellido), y se lee en nuestra Gaceta de Madrid de 18 de Abril. Nótese estas palabras suyas: Hasta aquí, el infierno había vertido su veneno, por decirlo así, gota a gota. El día de hoy ya son raudales de errores y de impiedad, que tiran nada menos que a sumergir la Fe, la Religión, las Virtudes, la Iglesia, la Subordinación, las Leyes y la Razón. En los siglos pasados se veían nacer sectas que impugnaban algunos dogmas, pero respetaban cierto número de otros. Estaba reservado para el nuestro el ver a la impiedad formar un sistema que los derribe todos de una vez, que executase todos los vicios y que por abrirse un camino más ancho y más tranquilo, aparte de nosotros el temor de los tormentos eternos, no dando otro término al hombre que el sepulcro; que no pudiendo resistir a la evidencia la confesión de la existencia de Dios, no le representa sino como un ser insensible a las injurias que le hace el hombre..., que bajando al hombre a la condición de los brutos, no le atribuye más que un alma material y le reduce a la vergonzosa necesidad de buscar siempre lo que más lisonjea su amor propio, que confundiendo todos los estados y todas las clases, trata la subordinación de derecho bárbaro, la obediencia de debilidad y el principado de tiranía.

Esta es la filosofía del materialismo universal (que ese nombre veo dan algunos modernos a esta especie de diabólica secta) y que, como dije arriba, derechamente conduce al ateísmo, o, por mejor decir, en sí mismo le envuelve, pues aunque la voz ateísta o ateo significa hombre que niega a Dios la existencia, equivalencia suya es negarle la providencia, y para el efecto de inducir los hombres a vivir como brutos, igual o poco menor fuerza tiene lo uno que lo otro, pues quitado enteramente el temor de la deidad respecto del castigo, ¿qué freno queda al hombre para retraerle de aquellos delitos que puede o espera ocultar a los demás hombres? Esto, y

nada más, soñaba el ateísmo de Epicuro, el cual dejaba a los idólatras contemporáneos en el respeto de sus mentidas deidades, y a las deidades en la posesión de sus templos y sus cultos; mas ni el respeto, ni el culto, por el motivo del bien que podían esperar de su favor, o el mal que podían temer de su enojo, si sólo del homenaje que era justo rendir a la excelencia superior de su divina naturaleza.

Puede ser que la confesión de la existencia de la Deidad fuese en Epicuro y sea en los modernos que con él niegan la Providencia una simulación hipócrita, a fin de cortar o minorar, ya el odio, ya la pena que merece la impiedad de su doctrina. En los antiguos gentiles consta que era muy común la tolerancia de cualquier dogma, aunque fuese perjudicial a las costumbres, como no contradijese el culto exterior que tributaban a los ídolos. Así no inquietaban a los pitagóricos, aunque abiertamente trataban de fabulosas las penas infernales, como nos refiere Ovidio, poniendo en la boca del mismo Pitágoras este decisivo fallo:

«O genus attonitum gelidae formidine

mortis,

Quid Styga, quid tenebras et nomina vana timetis,

Materiem vatum, falsique pericula mundi?»

Al poeta Lucrecio tampoco le hicieron causa los romanos, aunque descubiertamente escribió la mortalidad del alma. A Plinio el mayor, no sólo le pasaron lo mismo, mas le miraron como personaje digno de la pública estimación. Entrambos fueron epicuristas y los materialistas de estos tiempos no son otra cosa. De ese dogma procede, como secuela suya, toda la abominable doctrina que el señor obispo de Montalván expone en su edicto. Suponiendo el alma material, se sigue que es mortal. Si es mortal, no hay para ella más vida que la presente: luego tampoco, extinguida ésta, la amenaza algún castigo por obrar mal o le incita algún premio para obrar bien. Y ve aquí suelto el freno a todas las pasiones: porque ¿qué pueden temer de un Dios (en caso que le admitan), que no tiene jurisdicción alguna sobre ellos, en llegando una muerte que los reduce al estado de la nada? Del temor de un castigo temporal (sobre considerarse éste leve caso) los libra la experiencia de tantos facinerosos felices. Conque en caso que reconozcan la existencia de Dios se hacen la cuenta de que es (como dice aquel prelado) un Dios insensible, a quien ni los obsequios obligan, ni las injurias enojan. Este es todo el sistema de los materialistas modernos.

Lo que añade Mons. de Montalván que los filósofos materialistas condenan todo principado por tiránico, puede ser consecuencia o conjetura deducida de otras doctrinas suyas, no siendo verisímil que ellos lo publiquen ni de palabra ni por escrito, porque nadie ignora que no hay príncipe alguno que en sus Estados sufra tal herejía. Tomás Hobbes fue materialista, pero lejos de anular el derecho de los príncipes, le amplificaba sin límite alguno, pretendiendo que le tenían para ser obedecidos en cuanto los inspirase su capricho, sin respeto a ley o razón alguna. Esto era consiguiente a su desatinado sistema de que no hay de hombres a hombres otro derecho alguno que el que da la superioridad de la fuerza; y así, muy contra la máxima de suponer tiranos a todos los legítimos príncipes, cualificaba legítimos príncipes a todos los tiranos.

Pero ve aquí V. S. que siendo un hecho constante que hay tales filósofos materialistas en el mundo, parece, por otra parte, difícil asentir, no sólo al hecho, más aún a la posibilidad. Si se dijese de los Hotentotes de la África, de los salvajes de la Canadá, o de los bárbaros de la Siberia, que algunos entre ellos, y aun todos, no levantando el pensamiento a otros objetos que a los que les presentan directamente los sentidos, imaginan que no hay en el mundo otros entes que los que perciben por ellos, no sería muy arduo dar asenso a la noticia. Pero que en las naciones europeas, acaso las más cultas, haya quienes excluyan del universo toda sustancia inmaterial, y en la que es pura y meramente corpórea contemplen capacidad para sentir, pensar, discurrir, cómo siente, piensa y discurre la que llamamos alma racional, parece increíble. Aumenta la dificultad el que la opinión del materialismo universal se supone, no, sólo en gente ignorante y ruda, más aún en filósofos de acreditada agudeza, cuales fueron los dos ingleses Hobbes y Locke. ¿Cómo éstos pudieron llegar a concebir que una sustancia, que es solitariamente materia, entiende y discurre? Mas ni aun prevé, oye, huele, etc. A la materia déjesele su extensión, su divisibilidad, su impenetrabilidad, su movilidad, su blandura o dureza, su crasicie o tenuidad, etc. Pero todo género de conocimiento, percepción o sensación, ¿quién no ve que es extrañísimo a la idea que tenemos de la materia? Diré a V. S. cómo se allana esta dificultad.

Las opiniones más extravagantes caben en dos especies de entendimientos colocados en extremos muy distantes: en los muy torpes y en los nimiamente agudos. En los primeros, porque no perciben los argumentos que demuestran la falsedad de ellas; en los segundos, porque siendo las facultades absolutamente invencibles, temerariamente presumen superarlas. La razón humana, considerada en diferentes individuos, tiene los tres estados de la fruta: en unos es verde, en otros madura, en otros pasada. O no se llame esta última pasada, sino propasada; la de enmedio está en el temple debido: la primera no llega a esa raya, y la tercera, no acertando a fijarse en ella, se arroja adonde el salto es precipicio. Esto se verifica principalmente en los heresiarcas. Fueron principiantes en los estudios, como los demás que se aplican a las letras. Eran entonces fruta verde. Llegaron a imponerse en la doctrina sana: fruta madura. Quisieron pasar adelante: fruta pasada. En estas dos extremidades opuestas fructifican las semillas de los errores.

Otra dificultad ocurre en orden a los filósofos materialistas, que también pide explicación. Vaya que hayan llegado algunos hombres a dar asenso a una opinión tan monstruosa, porque finalmente no hay delirio de que no sea capaz la imperfección del humano entendimiento. ¿Pero qué motivo pueden tener para proferirlo hacia afuera? De los dos edictos de los señores Arzobispo de París y Obispo de Montalván se colige que son muchos los que han dado a conocer que están en tan erróneo dictamen. Creo que no en todos interviene el mismo motivo, sino diverso en distintos sujetos. En algunos procederá de una intemperancia genial que los impele a hablar todo lo que piensan: gente en quien hay un camino tan resbaladizo de la imaginación a la lengua, que al más leve descuido se precipitan por él las especies. En otros, la ambición de adquirir con opiniones extravagantes la fama de ingeniosos, como que el pensar al revés de los

demás hombres, pende de discurrir más altamente que todos ellos. Otros, llevando su ambición por muy diferente rumbo, pensarán en extender su opinión, de modo que, llegando a hacer un gran número de sectarios, formen con ellos una conspiración o liga, dirigida a fabricarse una alta fortuna, como se cuenta del caballero Borri que intentaba con la expansión de sus errores hacerse dueño del Estado de Milán.

Pero hablando especialmente del error del materialismo universal, u otro cualquiera que envuelva o conduzca derechamente al Ateísmo, en los que procuran extenderle juzga que interviene comúnmente otro motivo más oculto, o, digámoslo así, misterioso. Y para explicarle, supongo que no hay hombre alguno, que (a no estar enteramente loco o fatuo) dé asenso irme a alguno de esos impíos dogmas que sueltan la rienda a todas las pasiones humanas, verbigracia, el que afirma que nuestra alma es mortal (consecuencia forzosa del materialismo universal); el que niega la existencia de la providencia; el que sólo destina al pecado grave una pena temporal, a que se puede añadir el que extingue enteramente la libertad, poniendo las acciones humanas como efectos inevitables de una necesidad fatal, y el que niega a esas mismas acciones toda moralidad que las constituye buenas o malas; digo que ninguno, no siendo demente o insensato, dará asenso firme y resuelto a alguno de esos errores. Podrá dudar, podrá opinar, podrá titubear, pero asentir con firmeza es imposible, porque mil consideraciones obvias le estorban el paso para llegar a ese término. Nunca podrá borrar enteramente los vestigios de la doctrina en que le han educado; y esos vestigios, estampados en la memoria, creo habrán de conturbarle, ya que no sean capaces de detenerle. La mayor y mejor parte del género humano, que ve contra sí, no puede menos de ocasionarle muchos recelos, mayormente viendo entre esa multitud algunos a quienes reconoce dotados de un buen entendimiento. El riesgo de errar en una materia de la suprema importancia que no puede dejar de presentársele muchas veces, le inducirá, a cada paso, a más y más cavilaciones, que, encontrándose unas con otras, no le permitirán firmar el pie en cosa alguna. Últimamente, y sobre todo, aquella comparación espantosa de lo que va a ganar si acierta, con lo que aventura, si yerra; esto es, en lo primero, el lograr por pocos años aquellos míseros y harto inciertos deleites a que le inclinan sus pasiones; y, en lo segundo, el padecer horribles tormentos por todos los siglos de los siglos. Esta espantosa comparación, digo, que equivale a la más rigurosa demostración matemática, para persuadir la fuga del precipicio a cualquiera a quien se presenta, ¿permitirá a su discurso algún reposo? Parece que no puede ser.

Pues con todo pretenden estos voluntarios ciegos hallar contra sus inevitables inquietudes un remedio que puedo llamar o narcótico o soporífero, porque el beneficio que esperan de él, es el que los adormezca, de modo que la amenaza del daño no perturbe su sosiego. ¿Y qué remedio es éste? Extender, si es posible, por todo el mundo su error, porque presienten que cuando llegue el caso de tener a la multitud de su parte, fácilmente convendrán en que no es error, sino verdad, aquello en que concuerda la multitud, siéndole entonces muy natural la reflexión de que los argumentos que a tanto mundo persuadieron, v. gr., la no existencia de Dios, no pueden dejar de ser bien fuertes, aunque antes estuviese poco satisfecho de su eficacia.

Este es el motivo oculto que yo discurro en esta gente perdida, que no oculta su impiedad. Y es verisímil que él mismo indujese a sus peregrinaciones antiapostólicas al famoso atea Lucilio Vanini, que por tal fue quemado en Tolosa de Francia el año de 1609, después de vagar por Italia, Alemania, Holanda, Flandes, Inglaterra y parte de la Francia, a fin de hacer muchos prosélitos de su impiedad. Aunque juzgo poco verisímil lo que él declaró a los jueces, de que a un mismo tiempo habían salido de Nápoles con él otros once, y esparciéndose por varias tierras con el mismo designio. Si ello hubiese sido así, con toda propiedad se podrían llamar aquellos doce el Apostolado de Satanás. He ejecutado lo que V. S. se sirvió de ordenarme, y estoy pronto a obedecer con igual puntualidad otro cualquier precepto de V. S. a quien guarde nuestro Señor, etc.»

Danse algunos documentos importantes a un eclesiástico

«Muy señor mío: Recibo con una muy particular complacencia la noticia que V. md. me comunica, de haber logrado, por el favor del Rey, la posesión de ese rico Arcedianato, de que le doy la norabuena, y al mismo tiempo las gracias, de que me haya considerado, por mi afecto a su persona, merecedor del gozo que me ocasiona un tan agradable aviso. Mas por lo mismo que miro este favor, no como efecto de su urbanidad, sino de su benevolencia, me contemplo obligado a corresponderle, no con meras expresiones de cortesanía, sino con algún servicio de tal cual importancia. Mas ¿qué servicio puede V. md. esperar de mí? Aquel único que no excede el limitadísimo poder de la inválida senectud; aquel que si algunas veces se estima como útil, muchas se huye como tedioso.

Yo no dejo de temer que en esta inclinación que tenemos los ancianos a dar consejos, se mezcle algo de ambición. Acaso cuando ya ninguna otra cosa podemos esperar del mundo, por esta vía solicitamos su respeto. Acaso miramos como un género de obediencia aquella docilidad con que otros se rinden a nuestras persuasiones para lisonjearnos, como que tenemos en ella un imaginario dominio. Desdicha es de la humanidad, que aun colocada en el umbral de la muerte, halla algo que anime su esperanza debajo de la Luna. Lo que se ve a cada paso, es que procuramos desengañar a otros sin desengañarnos a nosotros mismos. Lo peor es que, en algunos, el hábito de inculcar frecuentemente en sus conversaciones las más austeras máximas de la moralidad, en vez de provenir del santo deseo de inspirar a otros una depurada virtud, viene a ser efecto de aquella tétrica y desapacible, que de ordinario domina la vejez. ¿Y qué sé yo si la impotencia de gozar ya los caducos bienes de la tierra, excita en algunos viejos un ívido desabrimiento contra los que aún se hallan en estado de disfrutarlos?

Yo pudiera alegar a mi favor, para ponerme fuera de la atribución de estos viciosos motivos, que estando en edad bastantemente robusta, tomé el arriesgado empleo de dar consejos y desengaños, y esto, no a uno u otro particular sólo, sino a todo el orbe de la tierra. Pero valga o no este alegato, yo, íntimamente asegurado de mi buena intención, haré en esta carta lo que hice en otras muchas, y, verisímilmente, con más fruto que en algunas de ellas, de lo que me esperanza la buena índole de V. md. Como

quiera, atienda V. md. como eclesiástico mozo los consejos de un eclesiástico viejo, que esto no le gusta ejecutar después lo que más sea de su gusto.

V. md. hasta ahora ha vivido sin sistema, y ya es menester formar alguno. Los jóvenes son comúnmente en su modo de obrar, conducidos por una imaginación vaga, sin secuela de unas acciones a otras y aún algo más adelante de la juventud suele suceder esto a los que no habiendo fijado su fortuna, ponen la mira a formarse algún establecimiento cómodo, porque, ya la variedad de las ocurrencias, ya la perplejidad en la elección de los medios para arribar al fin que se han propuesto, traen el alma errante de unos pensamientos a otros, y a la inconexión de los pensamientos es consiguiente que sean también inconexas las operaciones. No se sigue rumbo alguno, o sólo se sigue aquel que de un momento a otro determina la variedad del viento.

Si V. md. hasta ahora, como es natural, se halló en ese estado de fluctuación, ahora ya es otra cosa. Es menester determinar orden en el modo de vivir. ¿Pero adónde voy yo con este preámbulo? ¿A proponerle a V. md. una prolija serie de documentos, comprensiva de todas las obligaciones de su estado? No, señor. No es mi ánimo ese. A un punto particular he de ceñirme; al más propio de la situación presente de V. md., al que a los principios más ocupa el pensamiento de los que acaban de recibir algún rico beneficio eclesiástico, y aun a los que se lisonjean con las próximas esperanzas de conseguirle, acaso desde los primeros pasos de la pretensión. ¿Qué hemos de hacer de esta renta? ¿Cómo se ha de emplear? Es lo primero que ocurre. Y apenas puede ocurrir otro asunto digno de mayor consideración; porque su importancia es respectiva a una y otra vida, la temporal y la eterna, y es infinito lo que se aventura en una deliberación errada.

Tres objetos se presentan desde luego a la elección, dos extremos y un medio: de los dos extremos uno es la avaricia, otro la prodigalidad o gasto superfluo. A la avaricia es preciso que V. md. desde ahora atienda con el más vigilante cuidado a cerrarle todas las puertas y ventanas del alma porque si una vez se entra en ella, no saldrá jamás. Esta es una dolencia que resiste toda cura. No porque los doctores de la medicina espiritual no perciban remedios para ella, como para las demás pasiones viciosas. Pero sucede en la avaricia lo que en algunas de las enfermedades corporales. Para todas se hallan recetas en los libros médicos, y algunas recomendables como muy eficaces. Pero llegando a la experiencia, se ve que hay enfermedades que se burlan de los más aplaudidos remedios, cuya eficacia preconizan los autores y falsifican los efectos. Por lo que dijo el sincero Sydenham: *Aegroti curantur in libris et moriuntur in lectis*.

Esto propio experimentamos en el vicio de la avaricia. Contémplesse un avariento lleno de oro en la última senectud, o, lo que viene a ser lo mismo, en los umbrales del sepulcro. Añádase que no tiene herederos forzosos. ¿Quién no se persuadirá a que representándole a ese hombre, ya que él no se lo represente a sí mismo, que una muy pequeña porción del dinero que tiene amontonado en sus cofres, basta para sustentarle con mucho regalo lo poco que le resta de vida; que todo lo demás es superfluo; que en vez de ser alivio, es peso que le carga el cuidado, sin producirle alguna utilidad esa fatiga; que para la vida temporal que ya se está



acabando, de nada sirve guardarlo, y para la eterna, que muy presto empezará y no se acabará jamás, puede aprovechar infinitamente, bien expendido; que no puede faltar a su palabra quien le prometió; que repartido a pobres le reproducirá ciento por uno, y entre los pobres puede y aun debe contar, si los tiene, parientes necesitados; que de ese modo pone su rico caudal en cobro, libre de toda contingencia de latrocinio, para hallarle muy luego con creces, que exceden todo guarismo en el Cielo? ¿Quién no se persuadirá, vuelvo a decir, a que tales representaciones, que no admiten repuesta, han de convencer a este hombre; que estas verdades, aplicadas al alma, han de curarles su espiritual dolencia? El remedio, mirado en la teórica, parece infalible.

Pero en la práctica, ¡oh Santo Dios! Apenas en todo un siglo, habiendo tantos avarientos, se ven dos enfermos curados con él. Sé de algunos ejemplares que ponen horror. Llega la última enfermedad, la cual va creciendo poco a poco, aprietan los dolores, se temen las resultas, avisa el médico del peligro. Pero, entretanto, haeret lateri lethalis arundo. Siempre, entretanto, lo que da más ejercicio al cuidado es el guardado tesoro. Llega a verse desahuciado. Ni aun ese terrible fallo es poderoso a arrancarle del corazón la fatal espina. Más piensa en sus doblones, que en sus pecados. Aun estando tan cerca de dar la cuenta de éstos, más cuenta tiene de aquellos. Se confiesa, sin embargo; recibe el Viático y aun la Extrema-Unción; pero todo con una distracción grande del entendimiento hacia su recogido caudal. Ni las más patéticas exhortaciones pueden desencadenar su voluntad de aquel objeto, que lo fue de su amor toda la vida. Aun en las últimas angustias se lleva éste una gran parte de los suspiros.

Así muere un avariento. ¿Qué será de él? Poco lo dudo y mucho lo temo. Mayormente cuando es ciertísimo que la excesiva ansia de adquirir y conservar, rara o ninguna vez deja de traer consigo, algunos graves perjuicios del prójimo, que sólo por medio de la restitución se pueden reparar y nunca se reparan. ¿Quién hay que conversando bastantemente el mundo, no sepa algunos casos atroces de moribundos obstinados en no restituir, aun conociendo la obligación? Esto en los usureros es cosa de cada día. Por eso nuestro célebre Quevedo, que estampó muchas excelentes moralidades, aderezadas con el condimento de graciosísimos chistes, pinta a Plutón reprendiendo muy severamente a un ministro suyo, porque después de haber conseguido con sus sugerencias que un hombre hiciese algunos hurtos, asistió continuamente a su lado para impedir que restituyese, dando en la reprensión de uno a todos los demás ministros infernales, la magistral advertencia de que en logrando que un hombre haga el robo, es superflua toda nueva tentación para que restituya, y así, no perdiendo el tiempo en tan inútil negociación, fuesen a emplear su habilidad en otra parte.

Aunque es sentencia común que todas las pasiones ciegan, acaso bastaría decir que acortan, debilitan más o menos la vista, reservando la perfecta ceguera para la avaricia. Por lo menos, la turbación de la vista que ocasionan las demás, comúnmente se minora algo con el tiempo; lo que la avaricia causa va creciendo cada día, hasta caer el avariento en la proximidad de la muerte en una oscuridad total semejante a las de lañas tinieblas egipcias que la escritura dice se podían palpar, ¿no es

palpable la ceguera de aquél que tanto más desea, cuanto menos puede vivir?, ¿no es aún más palpable la de aquél, que puesto en la última extremidad se resuelve a ser eternamente infeliz, por un bien que no puede ya gozar? Pues aún otra ceguera más palpable descubro en tal cual avaro. Ya se han visto algunos que a la hora de la muerte se cerraron en callar a todo el mundo adonde tenían escondido su tesoro. ¿Y esto por qué? Discurro que imaginaban que no pasando a otro poseedor, aún quedaba en alguna manera debajo de su dominio. No es la mayor corrupción de la potencia visiva aquella que quita ver los objetos reales, sino la que hace ver los que no tienen realidad alguna. En las tinieblas egipcias en que el sagrado texto del Éxodo dice que no se velan unos a otros, ni aun cada uno a su propio hermano: *nemo vidit fratrem suum*; en el libro de la Sabiduría se lee que veían espectros y fantasmas que no tenían existencia a realidad alguna, como explica S. Buenaventura y Dionisio Cartujano. Esta segunda era, por ser una ceguera positiva, mayor que la primera que sólo era privativa. Y tal es la de aquellos avarientos que en la ocultación eterna de su tesoro ven en sí mismos los restos de un dominio también eterno, como que la imposibilidad de que otro le posea los mantienen, en algún modo, en la posesión que gozaron hasta entonces.

Acaso V. md. al leer todo lo que sobre este punto llevo escrito, contempla superfluamente empleado el tiempo que he gastado en representarle los peligros de un vicio a que su genio no descubre la más leve propensión, antes bien, su proceder y modo de vivir hasta ahora, ha manifestado no poca al extremo opuesto. Pero ni yo me fío en esa experiencia, ni V. md. se debe fiar, porque hay otra experiencia harto común que debe inducir en los dos una gran desconfianza de la particular de V. md. Son infinitos los ejemplares de sujetos que mientras tenían pocos reales, los expendían con desordenada perfección, y logrando después algún caudal considerable, se iban con tanto tiento en el gasto, mayor y mayor cada día, al paso que el caudal iba creciendo, que al fin pararon en una sórdida avaricia los que antes eran notados del vicio de la prodigalidad. V. md. hasta ahora tenía muy cortos emolumentos, los cuales derramaba hasta carecer, a veces, de lo necesario. Ahora ya los goza muy considerables. ¿Qué sabemos lo que será ahora? ¿Qué dificultad hay en que V. md. sea uno de aquellos muchos de que acabo de hablar?

No negaré a V. md. que lo que en este asunto persuade la experiencia, se representa arduo a la razón. Porque, ¿cómo es posible que quien fácilmente derrama aquello que pueda hacerle falta, halle dificultad en desprenderse de lo que le sobra? Pero un ilustre ejemplo para la física, me servirá para allanar la arduidad de esta paradoja moral.

Nadie ignora que siendo iguales en todas las demás circunstancias dos imanes, aquel atraería más el hierro, que fuere de mayor magnitud. De modo, que el que pese ocho libras tendrá doblada fuerza atractiva que el de cuatro, y el de cuatro que el de dos. Y el gran Newton que en todos los cuerpos halló cierta especie de virtud magnética recíproca de unos a otros, en todos encontró verificada constantemente la regla de que la atracción es proporcionada a su magnitud. El grande atrae mucho; cuanto mayor, más. El pequeño atrae poco; cuanto menor, menos.

Pues ahora, señor mío, el oro es el imán del corazón humano. Él es su conocido atractivo. Luego es natural que se experimente en él respecto del

corazón humano, lo que en el imán respecto del hierro, que mucho oro le atraiga fuertemente y poco oro débilmente: por consiguiente, que el corazón se desprenda o desprenda de sí con facilidad el poco oro, y halle gran dificultad en desprenderle cuando le aprisiona una cantidad considerable.

Crea V. md. que ésta más es identidad que similitud, y en lo mismo que en la comparación representa de expresión metafórica, incluye una delicada pero realísima filosofía. ¿Cuál es ésta?, que naturalmente, siendo iguales en todo el resto, lo grande en cada género nos aprisiona más que lo pequeño. Con mucho mayor deleite miramos un gran templo que una pequeña iglesia, aunque construida según las mismas reglas y con la misma especie de materiales; una dilatada huerta, que un breve huertecillo; un espacioso río, que un pobre arroyo. Y no es menester buscar para esto otra razón, sino que tenemos hecho de este modo el corazón y el ánimo.

Ya es tiempo de pasar al otro extremo vicioso, diametralmente opuesto al de la avaricia, el de la Prodigalidad, hacia el cual contemplo a V. md. más peligroso, ya por la mayor propensión de índole hacia esta parte, ya porque a los ojos de muchos (y es verisímil que V. md. sea uno de ellos) es frecuente esconderse este vicio debajo de la especiosa apariencia de virtud. Suele llamarse generosidad, bizarría, hombría de bien, honradez, magnanimidad, y nada de esto es ni puede ser. Sería (quiero decirlo así) el Hirco-Cervo de la moralidad, juntarse en una misma acción las dos opuestas esencias del vicio y la virtud, aun más diversa una de otra que la cervina y la caprina. La virtud es oro, y el vicio nunca puede llegar a ser ni aun oropel. ¿Qué digo oropel? Ni estaño, plomo o hierro: le haría una gran merced quien le llamase escoria de la vida humana, siendo sólo la fétida podredumbre de la naturaleza racional.

Y reduciéndome de estas generalidades a lo que tiene de particular el vicio de que empecé a hablar, mostraré a V. md. que el de la prodigalidad, en vez de incluir algo de honradez, tiene mucho de ruindad y vileza. Atienda V. md. La riqueza o abundancia de bienes temporales es una dádiva de Dios, un favor que nos hace el dueño soberano de todo. Dígame V. md. Si un príncipe, si un gran señor, sin otro impulso más que el de una pura benevolencia, le regalase a V. md. con una alhaja reputada en el mundo como preciosa, y V. md. desdeñosamente la arrojase en la calle, o sin otro motivo más que el de un nuevo antojo se deshiciese de ella, dándola al primero que se pusiese a su vista, ¿qué nombre darían los hombres y V. md. mismo a este modo de proceder? ¿No confesaría que ésta era una desatención grosera, respecto del príncipe a quien debía aquel favor, una ingratitud villana, un procedimiento torpe, indigno de todo hombre bien nacido? Pues, señor mío, ¿qué otra cosa hace el que habiendo recibido riquezas de mano de Dios, las expende, las derrama, las disipa, por un mero capricho y sin motivo alguno justo? ¿No es ésta una desatención desdeñosa, un claro, o por lo menos tácito desprecio del beneficio que le hizo su dueño soberano? ¿Y ésta se llama honradez? ¿Ésta es bizarría? ¿Ésta es generosidad? Raro es el diccionario de los hombres, cuando en él se destinan las voces a tan extraños significados.

Pero señor mío, aún nos falta en la materia lo más desabrido, aunque también para la persona a quien escribo lo más importante del desengaño. El ruin proceder con Dios, de que he hablado, se verifica en todos los

ricos, de cualquier estado o condición que sean, si no usan racional y honestamente de la riqueza. ¡Qué será si contraemos el asunto a los eclesiásticos!

Yo no pienso proponer a V. md. las opiniones más rígidas o austeras que hay sobre gasto ilícito de los eclesiásticos, si sólo una doctrina en que es preciso convengan todos los teólogos, o en que ya están convencidos, a excepción de uno u otro particular, que por lo mismo de ser uno u otro particular, o poquísimos contra muchísimos, ninguna seguridad pueden dar a quien sinceramente desea salvarse.

Convienen todos los teólogos, en que los eclesiásticos, de las rentas que perciben de sus beneficios, todo lo que sobra de su decente o congrua sustentación, deben expenderlo en beneficio de los pobres u otros usos píos. Norabuena que esa obligación no sea de justicia, sino de caridad y religión; por consiguiente, no cumpliendo con ella, no quede obligado a la restitución. Pero si esa obligación es grave, como todos sientan que lo es, de modo que peca mortalmente el eclesiástico, que además de sacar de su beneficio lo que es menester para su congrua sustentación, expende alguna cantidad notable en usos profanos, del mismo modo le puede llevar el diablo por faltar a esta obligación de caridad, que si ella fuere de justicia.

La dificultad está en señalar los límites de la congrua sustentación, o la cantidad de réditos necesaria para ella. Dícese que esto se ha de regular atendiendo a varias circunstancias, como a la costumbre de la región, a la cantidad de la renta, a la calidad y grado de la persona. Y sobre esto se añade que la congrua sustentación tiene su latitud, de modo, que aun en identidad de las tres circunstancias expresadas, sin salir de la esfera de lo lícito, caben en ella, como en el valor de las cosas precio-estimables los tres grados de ínfima, media y suprema.

Pero veo que todo esto es muy vago y deja la materia en una indeterminación suma; de modo, que como en ninguna de las cuatro cosas expresadas se puede señalar punto fijo, un eclesiástico, de genio gastador, añadiendo algo, aunque poco en cada una de ellas, tendrá en el cúmulo de esas adiciones, cuanto ha menester para vivir con la mayor esplendidez. V. gr. añada una octava parte en cada una: esas cuatro octavas partes juntas ya, dejan a su despótico arbitrio la mitad más de lo que pide la congrua sustentación, puesta en sus justos límites. La partida sola de la costumbre, deja una amplitud grande que cada uno podrá adaptar a su genio como quisiere; pues en la multitud, v. gr. de mil eclesiásticos, habrá algunos que en igualdad de renta gasten una tercera o cuarta parte, o acaso mitad más que otros.

Ya se ve que esta materia no es capaz de calcularse con exactitud matemática, pero creo admite alguna regla prudencial que acorte mucho aquel espacioso campo, en que puede dilatarse cuanto quiera cada individuo, o, por lo menos, pasar mucho del término justo, sin que alguna objeción pueda convencerle de que excede de él. Yo me aventuro a proponer a V. md. la regla que se sigue, algo esperanzado de que ha de lograr la aprobación de las personas de buen juicio a quienes se comunique. Todo eclesiástico debe hacer alguna rebaja sensible en su gasto, de aquel que comúnmente hace con su persona un lego de renta igual a la suya.

No me parece que esta regla pueda improbarse por capítulo alguno.

Quién podrá negar que los eclesiásticos están obligados a ser más modestos en todo su porte que los legos, v. gr. en el vestido, en la mesa, en los adornos de casa, en todos los demás muebles, etc. Esto pide la humildad cristiana que debe resplandecer más en los ministros de la Iglesia que en los individuos del siglo. Esto pide también la calidad de los beneficios que gozan; porque ¿quién no ve que es mucho más disonante emplear en superfluidades los bienes de la Iglesia que los profanos? Y, finalmente, la obligación de la limosna, que nadie niega ser mayor, que proceda de este o aquel principio en los eclesiásticos que en los legos, los precisa, por consecuencia forzosa, a estrecharse más en los gastos de la persona.

La rebaja de que hablo, debe ser bastante sensible. Lo uno, porque no siéndolo, no podemos asegurarnos de que hay rebaja. Lo otro, porque si es casi imperceptible, se debe reputar como si no fuera, según el axioma de los juristas: *Parum pro nihilo reputatur*.

La regla establecida no puede tacharse de muy estrecha. Las mismas razones con que acabo de probar que es razonable, convencen que no es rígida. Tampoco la juzgo laxa, aun no rebajando más de lo preciso, para dejar algo desiguales uno y otro gasto. Aunque si alguno la tuviere por tal, no opondré a su opinión otra cosa, sino que la mucha estrechez en la reforma de costumbres suelen hacer inútil la buena intención de los reformadores, siendo sumamente arduo traer de golpe los hombres del extremo de la relajación al de una apurada austeridad.

Acaso me propondrá V. md. la objeción de que como no se puede tomar la medida a la costumbre en orden al gasto de los eclesiásticos, por la gran discrepancia que hay en esta materia de unos a otros, la cual me movió a condenar como impracticable la regla de la costumbre, tampoco se podrá poner la mira para hacer la rebaja que propongo, en la costumbre de los legos, porque también en estos, entre los de una misma esfera, hay en cuanto a gastar una notable diferencia de unos a otros. Pero respondo que esa diferencia es mucho menor en los legos que en los eclesiásticos. Cotéjense dentro de un mismo reino los caballeros que tienen, por ejemplo, dos mil ducados de renta, con los eclesiásticos que gozan otro tanto. Entre aquellos, uno u otro, raro se hallará notado, o de muy disipador o de muy mezquino. Pero entre éstos son muchos los que se ponen ya en uno ya en otro extremo; unos que se dan a la pompa, a la magnificencia, al excesivo regalo; otros, por el contrario, a quienes la ansia de atesorar estrecha nimiamente en el gasto. Yo, por lo menos, así lo he observado. Y no es difícil descubrir el principio de donde viene esta desigualdad.

Pero si los eclesiásticos deben moderarse más en sus gastos personales que los legos de igual renta, ¿qué diremos de aquellos que no sólo afectan igualar la pompa de éstos, ms excederla? ¿De aquellos que hacen vanidad de tener mejores caballos, más opíparas mesas, más preciosos muebles, más brillantes habitaciones, vestir más ricos paños, etcétera? ¿Qué es esto sino hacer vanidad de lo que les había de causar confusión? Así lo sentía el grande Agustino, cuando decía que se avergonzaría de usar algo rica vestidura. *Fateor enim vobis, de pretiosa veste erubesco*. Uso de la autoridad de San Agustín, porque no fue de los más significados censores, antes seguía aquel medio correspondiente a su soberana prudencia, diciendo de él su historiador Posidio, que su vestido, su calzado, su lecho, ni eran vistosos, ni tampoco muy viles: *vec nitida*

nimum, nec abjeta plurimum, porque juzgaba que ni uno ni otro extremo era decente a su estado de Obispo.

El mismo Posidio añade que en la mesa usaba de cucharas de plata, pero todas las demás partes de lo que se llama vajilla eran, o de mármol, o de madera. Debía ser entonces muy raro el vidrio en la África.

¿Qué diría hoy el Santo si viese eclesiásticos muy inferiores al orden episcopal, ostentar en sus lechos ricas colchas, preciosas colgaduras, mucho encaje en las almohadas, mucha sutil holanda en sábanas y camisas, y a proporción todo lo demás, sin que se avergüencen de ello, antes haciendo vanidad? ¿No es cosa insufrible ver a un párroco o a otro eclesiástico, también muy inferior al orden episcopal, sacar jactanciosamente la caja de oro en un corrillo para dar tabaco y la muestra de oro para ver qué hora es? ¡Oh, cuánto celebraría yo que en tales casos se hallase presente un varón de celo apostólico, para representar al desvanecido eclesiástico, que en el tabaco contemplase que había de ser polvo, como él, algún día, y por el reloj se acordase de aquella hora en que le harían cargo de haber expendido en aquellas preciosidades lo que debiera emplear en socorrer a los pobres!

Con harto dolor lo digo. En una de las provincias más míseras de España, donde hay infinitos pobres, no por ser holgazanes los naturales, sino porque el trabajo de sus manos está tan pensionado que no alcanza a ganarles el precioso sustento, el lujo de los eclesiásticos tengo entendido es mayor que en otras provincias más opulentas, o menos necesitadas. ¡Qué pompa! ¡Qué adorno! ¡Qué magnificencia! ¡Qué abundancia de todo! Pero el mayor desorden es el de los convites. Digo que es común, si no en toda la provincia, en algunas partes de ella, el que los párrocos, no sólo instituyen suntuosísimos banquetes para gran número de convidados el día del santo de su nombre y del santo patrono de su iglesia, más que cada uno de estos convites dura tres días, y que el número de los platos es el que bastaría para la mesa de un embajador, en la función de celebrar el cumpleaños de su príncipe.

¿Con qué modalidad se puede salvar esto? Recurren a que es costumbre. Vano recurso, porque para que la costumbre justifique una acción, es menester, dicen los canonistas, que tenga aquella racionabilidad que exige la imposición de una ley, que es, por lo menos, racionabilidad negativa; esto es, que ya que no se vea razón positiva que la autorice, tampoco se encuentre razón positiva que la condene. No una razón sola, dos muy poderosas, reprueban esta costumbre: una es la sobriedad, templanza y moderación debida al estado eclesiástico; otra, que no se pueda extender en superfluidades lo que excede en congrua satisfacción.

Aun cuando esos excesos no sean contra el derecho natural o divino (para mí es probabilísimo que lo son, mayormente en los párrocos), no por eso costumbre alguna basta a justificarlos. Sin esa oposición al derecho divino puede una costumbre ser de tal naturaleza, que nunca pueda perder la cualidad de corruptela, ni, por consiguiente, la mancha de ilícita. Y aunque no todos los autores explican de un modo qué es lo que constituye una costumbre en esta cualidad, siempre me pareció la mejor explicación por más clara y más comprensiva, la de los que dicen que siempre que algún acto es tan disonante a la razón, que por más que se haya generalizado su uso, nunca pierde esa disonancia, se debe cualificar de corruptela. Pues,

aun cuando la costumbre de esos ostentosos convitones se hubiese extendido a reinos enteros, y durase por espacio de algunos siglos, ¿cómo podría jamás dejar de ser gravemente disonante a la razón el que los bienes eclesiásticos se expendiesen en ellos?

Añado que ni podrán esos párrocos alegar costumbre tan generalmente introducida que pueda disculpar tales excesos. ¿Por ventura no hay en la misma provincia algunos que lo condenan o por lo menos no los practican? Me atrevo a asegurar que los que son verdaderamente doctos, raro o ninguno caerá en ellos. Digo de los que son verdaderamente doctos, y no se me dé a esta expresión algún sentido odioso. Yo supongo que todos los que ejercen las funciones de párrocos están dotados de toda la doctrina necesaria para instruir a sus parroquianos y administrarles los Santos Sacramentos. Pero, al mismo tiempo, supongo que no serán muchos los que estén versados en los principios del Derecho Natural, Divino y Canónico, por donde se debe decidir la presente cuestión. Estos son los que llamo verdaderamente doctos y los que, aunque sea muy corto el número, reclamando con la práctica contraria contra la costumbre introducida, la dejan totalmente inválida y sin fuerza para autorizar a aquel depravado uso.

Aun cuando no tuvieran contra él más que el ejemplo de los señores obispos, bastaría para abrirles los ojos y hacerles ver que la costumbre que alegan, está totalmente desautorizada. Es cierto que el orden episcopal, como de verdaderos príncipes de la Iglesia, admite mucho mayor ensanche en los gastos domésticos que el de los eclesiásticos inferiores. Con todo, rarísimo obispo se hallará, acaso ninguno, que en los gastos domésticos expendá cantidad igual a aquella que comúnmente emplean en ellos los legos que perciben iguales rentas. Y si hay alguno que lo haga, no pienso haya teólogo que le absuelva de pecado grave.

Acaso alguno para los convites, me querrá alegar por los obispos el ejemplo del grande arzobispo de Milán, San Ambrosio, de quien Paulino, escritor de su vida dice que tenía varias veces por convidado a su mesa al conde Argobastes, famoso caudillo del imperio romano en aquel tiempo, y Sulpicio Severo que no pocas veces hacía este cortejo a los Cónsules y Prefectos de la provincia; lo que no es creíble hiciese, sin que la esplendidez de la mesa correspondiese al carácter de tan altos señores.

Pero respondo lo primero, oponiendo al ejemplo de San Ambrosio el de San Agustín, San Basilio y San Juan Crisóstomo, nada inferiores, ni en doctrina, ni en piedad, al Santo Arzobispo de Milán; de los cuales consta por varios autores que usaban una estrecha frugalidad en sus mesas. Opongo también el ejemplo de San Martín Turonense, de quien refiere Sulpicio Severo que alegando el Prefecto Crescencio la cortesana práctica de San Ambrosio para que le recibiese por huésped en su monasterio, no quiso convenir en ello aquel insigne prelado.

Respondo lo segundo, que San Ambrosio se halló sin duda en circunstancias en que conoció convenir al servicio de Dios y bien de la Iglesia el cortejo que hizo a aquellos magnates. Esto lo persuade eficazmente, no sólo su alta santidad, más también el particular carácter de su espíritu, muy superior a todos aquellos respetos humanos que inclinan a complacer y obsequiar a los poderosos del mundo, como se vio en el valor heroico con que al emperador Teodosio estorbó la entrada de la Iglesia por la mortandad ejecutada en Tesalónica, y en la generosa

intrepidez de dar en rostro con su inicuo proceder a Máximo, poseedor de una gran parte del imperio romano, separándose de su comunión y de la de los obispos que comunicaban con él.

Coincide con la práctica de San Ambrosio la del santo arzobispo hamburgués Wano, de quien dice el cardenal Baronio, que haciendo algunos presentes a los ferocísimos reyes del Norte, los halló propicios cuanto quiso a favor de su iglesia.

En vano querrán pretextar algunos eclesiásticos los regalos y convites que hacen a los señores, con el ejemplo de estos dos Santos Obispos, si no se hallan en las circunstancias que ellos, y mucho menos si no obran con el espíritu y fin con que ellos obraron. La regla comunísima que siguieron casi todos los santos prelados y pastores que tuvo la Iglesia, es la contraria, esto es, expender únicamente en los pobres todo lo que sobra de su razonable sustento, dejando a los ricos que gocen de los bienes que Dios les dio, pues tienen bastantísimo con ellos.

Con cuya ocasión me parece conveniente advertir aquí, que se engañan torpemente no pocas veces los eclesiásticos, que con sus bizarrías piensan lograr la gracia de los poderosos del siglo. Son muchas las ocasiones en que, por ese medio, lejos de conseguir su estimación, incurren en su desprecio. Son recibidos sus obsequios con muy buena cara, y correspondidos con encarecidos ofrecimientos de sus buenos oficios para cuanto dependa de su poder. Pero entretanto los obsequiados, si son algo advertidos, no dejan de considerar si el obsequiante excede en el cortejo de lo que permite su estado, si la mira que tiene en él es algún interés personal y, por tanto, incapaz de justificar la acción; si aquellas muestras de generosidad, para poder atribuirse a buen fin, están acompañadas de las demás virtudes propias de un eclesiástico; si bizarrea sólo por el fin de ganar la reputación de caballeroso; lo que será una soberana simpleza, si pretende ese crédito a expensas de caudal ajeno, v. gr. del de una comunidad fiada a su gobierno, pues nadie ignora que los bienes ajenos los más ruines son los más pródigos, y hay quienes no sacando jamás un cuarto de la faltriquera para dar a un pobre, a puñados sacan los doblones del arca común para que sirvan a sus antojos.

Lo que yo por lo común he visto es que los que mandan el mundo, mucho mayor y más sólido aprecio hacen de un sacerdote recogido, humilde, modesto, que de su poco o mucho caudal corta lo que buenamente puede para socorrer a necesitados, sin pensar en lo que el mundo neciamente apellida bizarrías, y en todo lo demás cumple exactamente con sus obligaciones, que de estos eclesiásticos espléndidos, magníficos, ostentosos y que, si se ofrece la ocasión, mucho más atienden a la humilde súplica de aquél para favorecerle o para favorecer algún tercero por quien pide, que a las repetidas recomendaciones de esotros.

Divinamente a este intento San Jerónimo, escribiendo a Nepociano: Debes evitar (le dice), los convites de los seculares y principalmente de aquellos que están hinchados con los honores que gozan. Es cosa torpe que delante de las puertas de un sacerdote de Cristo estén de guardia los lictores de los cónsules y el gobernador de la provincia coma con más regalo en tu casa que en su palacio. Si tomas para esto el pretexto de suplicarle por algunos miserables, créeme, que antes preferirá para este efecto a un sacerdote modesto, que a un eclesiástico rico, y más respeto



tributará a la virtud de aquél que a lo opulencia de éste.

Esto no es disuadirnos todo género de obsequio hacia los poderosos. Se les ha de prestar, siempre que la falta de él justamente se pueda reputar incivilidad. Ni hemos de buscar las ocasiones de cortejarlos, ni huirlas cuando las ocasiones nos buscan a nosotros. Aquellos a quienes, o el esplendor de la cuna, o la autoridad del puesto, constituyó en grado superior al común de los hombres, son acreedores al respeto de éstos. De Dios, a quien deben la altura en que se hallan, desciende originariamente esa obligación. Pero ese respeto se ha de contener dentro de aquellos límites, en que ni perjudique a la dignidad del sacerdocio, ni al cumplimiento de alguna otra deuda aneja a ese estado. En el trato político tanto debe huir el eclesiástico de indecoroso abatimiento, como del orgullo arrogante. Ni tímido, ni tímido ha de mostrar su genio. Pide su porte gravedad, pero alejada de todo resabio de presunción.

Mas vuelvo a las expensas, que siendo el principal o único asunto que me he propuesto en esta carta, insensiblemente empezaba ya a desviarme de él. Y volviendo a él, digo que habiendo representado a V. md. la indispensable deuda de huir los dos extremos viciosos, la sórdida avaricia y la inconsiderada profusión, visto está que ha de caminar por el medio colocado entre uno y otro. Pero no olvide V. md. esta advertencia consiguiente a lo que dije arriba, que el que es medio para un caballero lego, no lo es para un caballero eclesiástico. De diverso modo ha de tomar éste que aquel la medida para ponerse en el medio o para decirlo con más exactitud, no una sola, sino dos medidas ha de tomar, la una para arreglar sus gastos personales, la otra para tantear sus expensas con los pobres. Y son tan diversas una de otra, que en la primera es virtud acercarse a las estrecheces de la miseria y en la segunda tocar los confines de la prodigalidad.

Yo aseguro a V. md. que siguiendo este camino, no sólo logrará los agrados del cielo, más también las estimaciones del mundo. No está la virtud tan desvalida entre los hombres como comúnmente se dice. No son muchos los que la practican. Pero se compensa esto ventajosamente con que todos la veneran. El más relajado, el más abandonado a los desórdenes del apetito, le rinde este apreciable tributo. El mismo ídolo Dagon se postra delante del Arca del Testamento. Quiero decir: esos mismos, que reciben las adoraciones de los mortales, adoran a los que sólo adoran a Dios. Hace el mundo lo que se dice de algunas mujeres; no ama a quien le ama sino a quien le desprecia. La reverencia, que se da a la virtud, es culto del corazón. La que se presta a la pompa mundana es homenaje que rinden los ojos las manos, la lengua; en una palabra, no el alma sino el cuerpo. Es, sin comparación, mayor el número de hipócritas en los devotos de los hombres que los que representan serlo, respecto a Dios. Entre estos hay bastantes de aquellos; casi toda la devoción es hipocresía.

No digo yo esto por excitar a V. md. el amor a la perfección digna de su estado con el fin de lograr la estimación mundana. (Ya no sería ese un amor muy limpio.) Sí sólo por apartar de sus ojos un vano espectro, un fantasma, que aterrando a no pocos eclesiásticos, los aparta de la senda que debieran seguir. Éste es la aprensión de que los desestimen si no tienen aquel porte espléndido, que ven en otros poseedores de no mayor renta que la suya.

Ese temor es justo, y la desestimación será razonable, si se estrechan en el porte sólo con el fin de atesorar. Pero si cercenan de los gastos personales por tener más que expender en los pobres, por eso mismo serán estimadísimos; y tanto más cuanto más se estrechen.

Sin embargo, que hacia esta parte me parece justo poner una limitación; esto es, que la estrechez no sea tal que cercene de la decencia precisa del vestido.

En un punto hay dos extremos que evitar: la gala y la inmundicia; el torpe desaseo y el aseo demasiado; un traje rústico y un hábito rico. Uno y otro da en rostro a los que lo miran, y uno y otro es ajeno de la gravedad modesta, propia de un eclesiástico. El primer defecto hace su trato tedioso; el segundo funda hacia la costumbre un nada favorable concepto. Y aún subiendo éste a cierto grado, que luego expresaré, puede granjearle, en vez de una común estimación, un desprecio universal. Atienda V. md. a lo que voy a decir, y con ello concluyo. ¿Quiere V. md. saber cuál es el animal más ridículo y contentible que hay en el mundo? Yo se lo diré. Un eclesiástico petimetre. Dios le libre a V. md. de caer en tal oprobio, y le guarde muchos años. Oviedo, etcétera.»

A cierto amigo que le reprendió porque no daba a luz muchas cartas laudatorias que suponía haber recibido.

«Muy señor mío: La reconvención que V. md. me hace en la suya, que acabo de recibir, me ha sido hecha por otros muchos en diferentes tiempos, ya de palabra, ya por escrito. Supone V. md. que desde que empecé a mostrarme al público en cualidad de escritor, habría recibido sucesivamente tantas cartas gratulatorias o laudatorias de mis obras que podría formarse de ellas un justo volumen, igual, por lo menos, en el cuerpo a cualquiera de los que produje hasta ahora, y, sobre esta suposición, extraña que no haya dado a luz estas cartas, o incorporadas en un tomo, o disgregadas en algunos de los impresos, como hicieron otros muchos autores.

Es así, señor mío, que las cartas que he recibido sobre el asunto expresado fueron tantas que podrían llenar, no sólo un justo volumen, más aún tres o cuatro. Pero dígame V. md. por vida suya, ¿qué utilidad resultaría al público de la lectura de tales cartas? ¿qué interés tiene éste en que estos o aquéllos aprueben mis tareas? Dirá V. md. como apasionado mío, que soy interesado yo mismo, o es interesada mi gloria, en que se vea que son muchos los que me aplauden, mayormente si estos están bastante autorizados para hacer juicio sobre los asuntos de mis escritos. Pero esto, en buen romance, sería pretender una gloria verdadera por medio de una vanagloria, porque, bien mirado, ¿qué más tiene de jactancia reprehensible el alabarme yo a mí mismo, que ostentar por medio de la imprenta las alabanzas que me dan otros?

No ignoro que otros autores de sobresaliente mérito y conocida modestia lo hicieron. Pero debo discurrir que los movieron algunas particulares razones que en mí no militan. ¿Qué sé yo si a ello fueron impelidos por algún irresistible precepto? ¿qué sé yo si por docilidad de

genio se dejaron vencer de importunos ruegos de algunos amigos suyos?

El célebre marqués de Santa Cruz que sacrificó su vida a su celo en la infeliz batalla de Orán, entre muchas ilustres virtudes de que era adornado este nobilísimo caballero poseía en grado superior la de la modestia, de modo que no se le oyó jamás una palabra en que expresiese algún concepto de su mérito, mas ni oyó con agrado alabanza alguna que le tributasen en su presencia; antes discretamente repelía el elogio, procurando persuadir eficazmente que era muy propasado. Este caballero dio a luz no pocas cartas gratulatorias en que algunos distinguidos personajes recomendaban como utilísimas sus nunca bastante alabadas Reflexiones militares. ¿Quién sin temeridad podrá juzgar de un hombre tan modesto, que esto fue efecto del amor propio o de alguna especie de vanagloria? Lo que yo creo y debe creer todo el mundo es que, o fue obligado a ello de sus amigos, no pudiendo su afectuoso corazón negarles esta complacencia, o impelido de la persuasión de sujetos, por su altura tan respetables que le pareció deber mirar la persuasión como mandato, o del celoso amor de su patria, a quien quería inclinar al estudio útil de sus escritos, mostrándole la estimación que de ellas hacían los extranjeros, o, lo que es más cierto, intervinieron todos tres motivos juntos. Yo sólo tuve el de la sugestión de los amigos, pero no me pareció deber hacerme éste mucha fuerza, no interesándose en la publicación de dichas cartas la utilidad pública, que yo no podía esperar de la lectura de unos escritos que sólo contenían mis aplausos, los cuales, por otra parte, cuando yo había ya empezado a experimentar las iras de la envidia, temía encendiese más la de algunos émulos que tuviesen los elogios por verdaderos que por falsos.

Esto segundo es lo más común. Por lo menos los que saben señalar el precio justo a las cosas, comprenden muy bien que los aplausos que se rinden a un escritor en cartas dirigidas al mismo, valen mucho menos de lo que suenan. ¡Cuántas de estas dicta la adulación a pesar del dictamen opuesto! Sin que obste a ello el que no se descubra interés que lo frecuente; ¿porque quién puede asegurar que no interviene algún recóndito? Ni es menester que haya interés sensible. Hay quienes son aduladores por genio y no tienen en adular otro fin que satisfacer la propia inclinación. Lo peor es que si yo imprimiese las cartas, los más mirarían los elogios en sus autores no más que como lisonja, y en mí el imprimirlas condenarían como jactancia. Y esto es cuanto sobre este asunto tengo que responder a V. md. cuya vida guarde Dios, etc.»

## El estudio no da entendimiento

«Muy señor mío: Veo lo que V. md. me dice, con bastante desconsuelo, de que empieza a perder las esperanzas que le habían dado, de que el sobrino puesto en el estudio de la Filosofía, con el ejercicio de la disputa y con el comercio de la gente racional que hay en la ciudad adonde se le ha transferido, se le mejorase el discurso que hasta ahora se manifestaba algo torpe, lo que se atribuía a falta de cultivo, siendo poco o ninguno el que podía obtener, ni con el estudio de la Gramática, ni con el trato de la gente que hay en su pueblo que apenas es algo más que

aldea. Pero concluida ya la Lógica y entrado en la Metafísica, habiéndole traído V. md. a su casa, para gozar de alguna diversión en las próximas fiestas de Navidad, nada halla en su entendimiento más de lo que antes era, pues ni ve que en los asuntos que se ofrecen a la conversación discierna mejor los objetos, ni forme más acertados dictámenes, ni perciba con más claridad lo que oye, o pruebe mejor lo que piensa, o responda mejor a lo que se le opone.

Insinúa V. md. que ha extrañado esto como cosa no pensada. Pero yo estoy muy lejos de extrañarla, aunque he oído mil veces esa cantilena, de que el estudio, acompañado del ejercicio de disputas sobre las cuestiones lógicas y metafísicas que se agitan en los cursos de Artes, afilan, utilizan o adelgazan los entendimientos, de modo que parece adquieren un nuevo ser. No, señor mío. El estudio, los libros, los maestros, no hacen ingenioso al que no lo era. Entendimiento sólo Dios le da. Como es el único agente que cría las almas, es el único que les reparte en determinado grado la actividad de las potencias. Lo que dijo Cristo, que nadie, por más que cavile sobre ello, puede añadir un codo más a su estatura corpórea, se verifica también de la estatura intelectual. Yo toda mi vida he conversado con gente destinada a las letras. A muchos que alcancé principiantes, traté también largamente cuando ya tenían muchos años de estudios. Y nada más penetración o agudeza percibí en ellos en el segundo estado que en el primero.

Así, señor mío, que, por sí solas, las noticias que se adquieren con el estudio, hacen en el entendimiento lo que los tapices o pinturas, que decoran el aspecto sin mejorar el edificio, o lo que los anillos con que se engalana una dama, que dan lucimiento a la mano, sin blanquear más la tez o articular mejor su organización.

Mas diré a V. md. Conocí y traté por espacio de tres años a un profesor de teología escolástica y moral, muy aplicado al estudio, pero con tan ninguna utilidad suya, que aún le dañaba su mucha aplicación, porque cuanto más estudiaba, menos sabía. Es hecho ciertísimo, aunque a V. md. parezca increíble, y aunque solo lo observé en un sujeto, no dudo suceda lo mismo a otros en quienes se junte el mucho estudio con una limitada comprensión, sin que sea muy oculto el principio de donde esto pende. V. md. habrá notado, o por lo menos oído, que digieren o actúan mal el alimento aquellos sujetos que comen más cantidad que la que es proporcionada a la actividad de su estómago. Lo mismo, pues, que a los estómagos débiles con el exceso de los manjares, sucede a las débiles o cortas capacidades con la multitud de especies intelectuales que son el alimento de las almas. Pueden digerir algunas pocas, pero siendo muchas, de su imperfecta cocción resulta una masa confusa, rudis indigestaque moles, en que no aparece idea bien distinta de objeto alguno.

Esto acaece aún cuando la multitud de especies pertenece a una misma facultad. Es preciso que la confusión sea mayor, cuando tocan a facultades distintas. Así, los genios muy limitados, si llegan a enterarse de su estrechez, lo que pocas veces sucede, no deben extender su estudio más que a una sola, se entiende a aquella a que fueron destinados desde la adolescencia o la que más halaga su inclinación; porque sobre el inconveniente de la confusión que ocasiona el amontonar en la mente variedad de especies heterogéneas, hay el riesgo de que queriendo agregar

a la facultad que fue el primer objeto de su aplicación, las noticias de otra diversa, suceda al que lo emprende lo que se refiere del Vizcaíno que trasladado de su tierra a Castilla, olvidó la lengua vizcaína y no aprendió la castellana.

De lo que llevo dicho que el estudio no añade algunos grados de perspicacia al entendimiento, o algún incremento de actividad, fuera de aquella determinada medida que en su producción le dio el autor de la Naturaleza, no se infiere que los entendimientos o almas de los hombres sean en su intrínseca o entitativa perfección individual, desiguales. Algunos filósofos lo sintieron así, pero sin fundamento bastante, siendo ciertamente insuficiente el que pensaron hallar en la mucha desigualdad con que explican su facultad intelectual distintos hombres. Es, sin duda, que en la vista intelectual se representan tan diversos tales hombres de tales, como en la corpórea las águilas de los topos. Mas para esto no es menester suponer desigualdad intrínseca en las almas, sí solo diversidad en la organización o temperie de los cuerpos.

La prueba concluyente de esta verdad es la diferencia que un mismo hombre de un día a otro, y aun tal vez de una hora a otra, experimenta en el ejercicio de la facultad intelectual. El que ayer se hallaba torpe para discurrir, hoy discurre con expedición. El que ayer encontraba los objetos circundados de nieblas, hoy los tiene patentes a sus ojos. El alma, el entendimiento de este hombre, intrínsecamente los mismos son, sin la más leve variedad, hoy que ayer; sólo puede haber intervenido alguna inmutación, o en la temperie de los humores, o en la organización insensible de las partes. Digo de la organización insensible, porque la sensible no se altera con esa facilidad de un día para otro, ni acaso la diversidad que hay en orden a ella en distintos hombres, los desiguala en el uso de las facultades mentales. Así, aun cuando, la textura, tamaño, color y temperatura de las partes internas correspondiese al de las externas, siempre sería vanísima la pretendida ciencia de los fisonomistas. La falencia de las señales que se toman de las facciones del rostro y extremidades de los miembros, para colegir de ellas las buenas o malas cualidades del ánimo, es visible a cada paso. Y el mismo juicio se debe hacer de cualesquiera observaciones sobre la disposición de las entrañas. Por lo menos, los profesores de la ciencia anatómica hasta ahora nada nos han dicho de que los que tienen conformado de tal o tal modo el corazón, el hígado, el bazo, la sangre más o menos disuelta, las fibras más o menos elásticas, de mayor o menor amplitud los vasos, etc., sean más o menos ingeniosos.

Sólo podrá acaso hacer alguna excepción en esta materia, el mayor o menor volumen del cerebro. La razón es, por qué convienen los anatómicos en que, como ya noto en otra parte, es mayor el cerebro del hombre que el de todos los demás animales, aun comprendiendo aquellos cuya magnitud excede mucho la de nuestro cuerpo, pues llegan a decir, que pesa tanto un cerebro humano, como los de dos bueyes. Mas para que esto probase algo, sería menester mostrarnos juntamente, por medio de las observaciones anatómicas, que dentro de la misma especie humana los hombres más ingeniosos tienen mayor cerebro que los rudos, lo que no pienso se haya averiguado. Lo que ciertamente está averiguado es que los niños, dentro del claustro materno, tienen mucho mayor cerebro, como también mayor

cabeza, a proporción de la magnitud del todo, que los adultos, y, tanto mayor, cuanto más cercanos al tiempo de la generación. Sin embargo, aquel es un estado de perfecta fatuidad actual.

En cuanto a la magnitud de la cabeza, Aristóteles, en el libro de Fisonomía, atribuye mejor juicio a los que la tienen grande; pero en el de los Problemas, Sect. 30, al contrario, a los de cabeza pequeña. Y en las Memorias de Trevoux del año de 53 se refiere, que en el de 1627 en la Escuela de la Facultad Médica de París se defendió la tesis filosófica, de que los de cabeza pequeña son prudentísimos. Acaso el que propuso esta tesis no tuvo otro motivo que haber hallado la misma en los Problemas de Aristóteles. Lo que yo juzgo es, que cualquiera que se meta a decidir algo en esta materia, no hará más que hablar a tientas, o lo único que ha de decidir, es que nada se puede decidir.

Pero volviendo al asunto del sobrino de V. md. del cual fue resbalando insensiblemente la pluma hacia puntos de una erudición filosófica que podría excusarse en esta carta; aunque pienso que V. md. no la despreciará, como quien por lo mucho que me favorece, da alguna estimación a las más inútiles producciones de mi pluma, digo que no sé por qué se muestra tan condolido de que ese muchacho no descubra algunos grados de agudeza, cuando supongo que nunca puso la mira a lograr en él un sujeto distinguido en la república literaria, sí solo a que él logre alguna razonable conveniencia por el camino del estado eclesiástico, y para eso no ha menester mucha ciencia. Sin ella podrá ser cura, podrá ser prebendado, podrá ser obispo. Mas digo, sin ella podrá ser un buen cura, un muy estimable eclesiástico y un excelente obispo. Todo esto podrá ser un medianito canonista o teólogo moral, adornado de buenas costumbres, intención recta, prudente conducta.

Mas si V. md. por su buen gusto, y por el amor que tiene a su sobrino, no sólo le desea una buena conveniencia, más también el aplauso de sabio, la realidad de este mérito pide un entendimiento sobresaliente, un ingenio penetrante, y ya llevo dicho arriba que éste sólo Dios le da, no el estudio, la aplicación, los libros o los maestros. Dije la realidad del mérito de sabio, que la opinión de tal, sin mucho entendimiento se puede conseguir, porque hay en esta materia un quid pro quo, cuya receta sé yo y se la comunicaré a V. md. Compónese dicha receta de los ingredientes que se siguen. Lo primero, una feliz memoria en que se puedan almacenar muchas noticias literarias. Lo segundo, una constante aplicación a recoger multitud de éstas. Lo tercero, una abundante verbosidad. Y, finalmente, una buena dosis de audacia o satisfacción de sí mismo, de modo que suceda lo que sucediere, no se corte ni acobarde jamás, que sea en actos públicos, ni en conversaciones privadas. Yo he observado la eficacia de esta receta en algunos sujetos, que con el uso de ella pasaron entre la multitud por hombres muy ingeniosos y doctos, sin tener más que una inteligencia superficialísima de lo mismo que con mucho afán habían mandado a la memoria. Si el sobrino de V. md. pudiese acomodarse a practicar la misma, logrará V. md. en él cuanto desea. Nuestro Señor le conserve y conserve también a V. md. muchos años, etcétera.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

